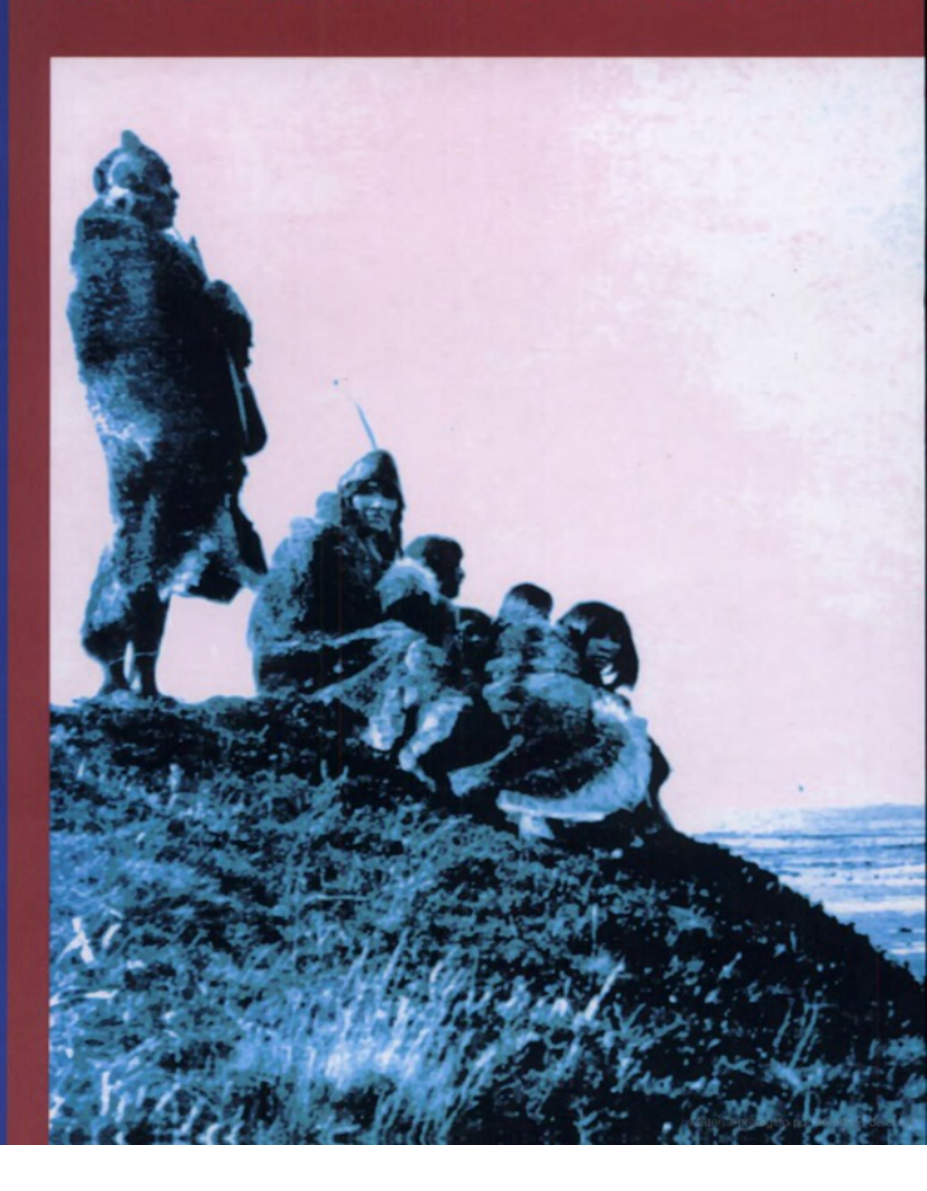
FRANCISCO COLOANE

El Guanaco Blanco



El exterminio de los aborígenes del extremo austral, el dramático y violento mestizaje, la codicia insaciable de los dueños de la tierra, la cacería humana, las pasiones desatadas en un escenario inmenso y casi virgen, son los elementos de "El Guanaco Blanco".
Coloane muestra su pluma de gran narrador y su relato recuerda a Jack London y Herman Melville.
Descubre la vida de los más remotos hombres en los paisajes duros y fríos del fin del mundo.

Francisco Coloane

El Guanaco Blanco

1980

En busca de unas brazadas de pasto de guarda para los caballos de los alojados, fue como Esther, la mujer del Pelado, tropezó con la muchacha indígena al pie de la parva, amarrada con alambres y pesos de fierro para que no se la llevara el viento.

Río Grande en aquella época no era más que una aldehuela recostada en la margen norte de la desembocadura del río que nace en Chile y va a dar al Atlántico con un caudal que aumentan los arroyos tributarios de los cañadones de la región pampeana de Argentina.

La casa del Pelado Riera era la única que daba alojamiento y comida al amo y al caballo por un solo precio, según anunciaba un letrero pintado de azarcón verde bajo su alero sobre el dintel de la cantina. Especie de frontera donde se encontraban hombres de mar y de tierra. Cazadores de focas, balleneros, unos, buscadores de oro, campañistas, capataces y ovejeros de las estancias, otros. Cuál más, cuál menos, ostentaba u ocultaba una historia errante, según sus conveniencias. El capitán Wallis, por ejemplo, que traía ovejas de las islas Malvinas o Falkland para los ganaderos que se instalaron en la costa argentina, había navegado en sus mocedades por las márgenes de la India, extrañándose al escuchar que el indio fueguino llamara "guanaco blanco" a las ovejas que su goleta *Fair Rosamonde* transportaba para las estancias Primera, Segunda y Tercera Argentina. Había conocido el famoso tigre de Bengala, pero del tigre blanco de las llanuras al pie de los Himalayas, que se comía a la gente en las hambrunas, sospechaba que era mas leyenda que realidad, tal los rastros del "abominable hombre de las nieves" del Everest. Siempre hay leyendas en los más altos picachos del planeta y, como gotas perdidas, transitan nubes, ventisqueros, hijos de luz de sombra y agua, que se deslizan subterránea o superficialmente por las venas de la tierra. Atraviesan océanos y la realidad o la fantasía devuelven sus ecos y reflejos como espejismos de las imágenes del paso del hombre en su aventura humana o divina.

La cruda realidad fueguina había puesto a los pies de

Esther y de su parva de pasto de vega a aquella muchacha de la raza selk'nam u ona, "hombre del norte" como los llamaban otros aborígenes del sur del Onashaga, que así nombraban los yámanas del Cabo de Hornos al canal Beagle, o "Paso de los Onas".

Primero, la confundió con un chulengo, guanaco de poca edad, que recibe el rebencazo mal dado en la cabeza por el cazador y va a morir en cualquier parte; pero luego descubrió un mocasín indígena, con la suela rellena de pasto coirón, desgarrada y sanguinolenta por el borde de la capa de piel de guanaco. La suave respiración de la muchacha subía y bajaba a través de la fina lana blanca y dorada en la parte del pecho. Cautelosamente se agacho Esther; mas la joven india se puso en pie de un salto, asustada de su presencia. Sonaba con Siáskel, el monstruo de la leyenda ona que comía mujeres y adornaba su cinturón con el pubis de sus víctimas.

Hubiera huido despavorida si Esther no la retiene de una muñeca, llamando a su marido. El Pelado acudió amarrándose los pantalones aun, pues era de madrugada. Entre marido y mujer la sostuvieron para que no se cayera de nuevo, ya que el pie izquierdo volvió a sangrar.

En esos instantes llegaba Arturo Stewart, capataz de la Tercera Argentina, quien conducía del cabestro a la famosa yegua alazana de George Sterling, su colega de la Segunda, que se había quedado enredado en los quilombos. Ambos habían nacido en las Malvinas o Falkland, y trayendo piños de ovejas en la *Fair Rosamunde* de la Compañía de las Falkland, que vendía el ganado, se habían quedado definitivamente, arreándolas, hasta llegar a capataces. "Los malvineros", los apodaban en Río Grande.

- ¡Una bala del cuarenta y cuatro le ha atravesado el calcáneo! - diagnosticó Stewart presumiendo de médico.

Había tomado fama de medicastro neómano a raíz de que hiciera una exitosa operación con una pluma de caiquén, el gran ganso salvaje, al chilote Oyarzún, ovejero del puesto Cerro Redondo, en la fronteriza estancia chilena de San Sebastián. Solitario en su rancho había encontrado a Oyarzún agonizante, sin poder orinar, debido a una purgación que le habían contagiado en un quilombo de Río Grande. Se le ocurrió mondar una pluma remera de caiquén macho, e introduciéndosela en el miembro había logrado hacerlo orinar.

-¡Ahora que puedo mear creo en Dios! -exclamó el chilote Oyarzún, luego que el improvisado médico malvinero le quitó la improvisada sonda.

En cambio, la bala que había atravesado el calcáneo de la muchacha ona era de carabina Winchester o Marlin, francesa, que eran las que utilizaban los cazadores de indios. El orificio del proyectil pasaba de parte a parte en el talón a la altura de la concavidad donde empieza la planta del pie. Arenas de las playas de Río Grande se habían mezclado a la sangre y al pasto coirón de la suela desgarrada. La muchacha se había desangrado al correr más de quince kilómetros que hay entre Cabo Domingo y la desembocadura. La matanza de indios tuvo lugar en los faldeos de ese peñón de piedra rojiza, que se eleva a setenta y cinco metros sobre el nivel del mar, desplazando bajo su cantil rodales de grandes piedras donde se encaraman las focas. En su media lengua-ona- castellana la muchacha trató de explicar la tragedia de su tribu exterminada: :

-Koliote hacer mucho bum bum... morir Anikin, Gemntana mujer de Anikin... niñitos... mujeres... Con Telé... Con Helesh... Co Tish...

-¿Y tú cómo te llamas?

-Men Nar- replicó.

El Pelado frunció el ceño. Conocía bastantes palabras onas en su trato de comprador de pieles de los indios, trocándoselas por licores y otras mercancías de su boliche. Había oído llamar "nar" al grueso vino tinto argentino marca "Toro". Como tenía una cabeza de toro en la etiqueta, los indios tal vez lo llamaban sangre de toro.., en fin, hasta ahí no más llegaban sus conocimientos lingüísticos. Intervino Stewart, quien conocía el diccionario con treinta mil voces indígenas que había editado en Londres el misionero Thomas Bridges, traducidas a un buen inglés.

-Men quiere decir sombra y nar es simplemente sangre- explicó. Esther y el Pelado se miraron sorprendidos... ¿Sombra de sangre?

-¿Por qué no? -prosiguió el capataz-: Las madres onas estiran los párpados de sus hijos recién nacidos para que resistan el resplandor de la nieve cuando los llevan en su cuna de varillas a la espalda. Entonces tienen como cuatro ojos para mirar los accidentes entre los hielos, y así suelen ponerles nombres por algunas características,

rasgo o época en que nacieron...

-De veras -interrumpió Esther acercándose al rostro oliváceo y pálido por el desangre de la muchacha-: parece que tuviera unas ojeras como sombras de sangre.

-A veces se las pintan con jugo de calafate -comentó el Pelado, refiriéndose a la dulce baya del espino fueguino

-No hay que comer calafate, porque entonces no se sale de esta isla -agregó Esther.

Stewart se inclinó sobre los ojos de la muchacha. Eran negros, profundos, con un brillo de aguas emboscadas. Los pómulos salientes parecían estirar aquellos párpados como dos sombras de sangre, y la chasquilla recortada en la frente daba a la nariz potente y a los labios gruesos una vitalidad juvenil, poderosa y bella, a pesar del desangre. Después de interrogarla, llegó a la conclusión de que Con Telé quería decir "hombre de verano" y Con Helesh "hombre de invierno" .

Eran sus dos pretendientes para casarse después del kloketen, la ceremonia con que los adolescentes ingresan a la vida adulta de su tribu. Precisamente en busca de carne de foca y de cormoranes, ave ritual en las ceremonias, habían bajado a las playas de cabo Domingo para cazarlos. Del cuello y del esófago de un cormorán, Kuanip, el máximo héroe ona que había muerto a Siáskel en el combate entre los hielos, fabricó un instrumento musical con el cual se alejó por los bosques despechado del amor de Okelta. Allí, solitario, entonó una canción, que aún repetían los altos robles de hoja caediza, cuando quedaban como fantasmales esqueletos en los largos inviernos fueguinos.

Por gestos, medias palabras y ademanes, llegaron a la conclusión de que Co Tish significaba "brazos cortos", Gemntana, "dormilona", etc.

La tribu de Anikin trabajaba en la estancia de puerto Harberton,
en la orilla norte del Onashaga o canal Beagle. Predio ganadero con que el gobierno argentino había recompensado los esfuerzos del reverendo Thomas Bridges para catequizar a los indios e incorporarlos a la civilización. Su apellido Bridges no tenía otro origen que el de haber sido encontrado como expósito abandonado bajo los puentes del Támesis. Origen tan humilde lo llevó con fe y abnegación a la religión protestante y cumplió hasta el final de su vida con los principios de la iglesia anglicana en

ese confín del mundo austral. Sus hijos Lucas, Despard y Tomás y sus dos hijas, heredaron la estancia de Harberton, y si no continuaron como religiosos, lo hicieron como ganaderos, dando refugio y trabajo a los indios onas.

El castellano en vez del inglés, se había implantado en la estancia, ya que era el idioma oficial de la enseñanza escolar en Argentina y Chile.

La tribu de Anikin se empleaba en esos trabajos de ganadería; pero cuando llegaba la época del kloketen, su atavismo nómade se inquietaba y partía al norte para las ceremonias religiosas de su raza, arriesgándose al exterminio que los ganaderos, tanto de Chile como de Argentina, habían implantado con la recomendación de *The Daily News.*

El mestizaje de sangres de "koliotes", extranjeros, ya había dado sus frutos. Chelaite, de madre ona y padre noruego, narraba a su manera las causas y efectos de este exterminio masivo del pueblo ona: "Entonces los indios eran mansos, la flecha no tenía tanto alcance como la carabina. Mas para la pampa mataron más, los cazadores de indios. Ellos mataban porque les pagaban una libra esterlina por cada cabeza, y a la mujer le cortaban los senos para que vieran que fue mujer y entonces pagaban un poco más por ella: me parece... una libra y media o algo así... Decían que producían los chicos y que los chicos cuando fueran hombres iban a ser ladrones por necesidad, porque ellos tenían hambre; con la flecha a ellos les costaba, muy difícil matar guanacos, no como la carabina hoy en día. Es fácil matar, y después que carecían de guanacos. Se ausentaban los guanacos con el movimiento de la gente, lejos se iban... "

Arturo Stewart apretaba los dientes como un caballo tascando el freno cuando oía estos relatos. Conocía la persecución de una veintena de indios que trataron de robar ovejas en la estancia San Sebastián de la Sociedad Explotadora de la Tierra del Fuego, en Chile. Cruzaron la frontera hacia Argentina por las serranías de la cordillera Carmen Sylva, donde él era capataz de la Sección del mismo nombre, de treinta mil ovejas. San Sebastián tenía doscientas mil. Los indios trataron de robar algunas para sus familias medio muertas de hambre.

Ellos, los selk'nam u onas, habían vivido miles de años en el Onaisin, que así llamaban a su gran isla de

cuarenta y ocho mil kilómetros cuadrados. Perseguidos a bala por robar cinco guanacos blancos.

Conocía una carta de Mauricio Braun, el genio comercial que organizó la Sociedad Exploradora, la que absorbió a otras estancias pequeñas. Una carta que explicaba los lamentables hechos, con cierto humanismo. En realidad, Braun no quería esas matanzas de ladrones de ovejas. Incluso se entendió con los sacerdotes salesianos para que se los llevaran a la isla Dawson, en el Estrecho de Magallanes, donde tenían una misión. El diario *El Magallanes* daba cuenta de un hecho insólito: entre los indios ladrones apresados y conducidos a la cárcel de Punta Arenas, la ciudad chilena en la margen norte del Estrecho, figuraban nombres como Darwin, Pasteur, Víctor Hugo, Humboldt y los de otros grandes sabios, poetas y científicos. Era un sarcasmo ver a Charles Darwin, el sabio del bergantín *Beagle* en su *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*, tomado preso por ladrón de ovejas en la Tierra del Fuego y rescatado por los salesianos de don Bosco en su misión de la isla Dawson.

Stewart conocía además otras cartas, una de ellas la había leído en la misión del reverendo Sterling, en la isla Keppell. Estaba entre los recortes de periódicos y revistas archivados por el reverendo. Era famosa, la del capitán Amherst, de Norteamérica, donde preguntaba sobre los resultados que habría dado el envío de frazadas y ropas contaminadas con viruela para los indios pieles rojas. Al contraer la viruela, los exterminaban sin ruido de balas. Silenciosamente los hacían desaparecer a través del contagio con la grave enfermedad por las vestimentas con que los "protegían". La carta había sido publicada por una revista médica norteamericana. Aquí en la Tierra del Fuego también se empleaban el arsénico y la estricnina, con el propósito de salvar corderos en la parición de los ataques de las gaviotas salteadoras y los caranchos que les sacaban los ojos y se los devoraban. Para ello se envenenaba la carne de una oveja muerta, o bien de una ballena varada en las playas del Cabo San Martín o de Cabo Domingo, en Argentina; o en Bahía Inútil y Spring Hill, en Chile. Si los indios onas habían bajado jubilosos creyendo que sus "jon" les traían con sus cantos religiosos la ballena y habían comido de esa carne... bueno, mala suerte, no era un crimen, sino el triste fin de los ladrones de ovejas.

En bahía Felipe, la mortandad de familias enteras, junto al cadáver de una ballena azul, semejaba con sus costillas al aire una macabra escena de Caronte, cuya barca esperaba la marea para emprender el cruce del Estrecho.

Cerrando los ojos, Men Nar recordaba que "Ocen, la ballena, se casó con Schiuno, el viento, y tuvieron por hijo a Schiunoctau, el picaflor". Así lo cantaban los "jon", chamanes de las tribus.

-Lolololo... hoiyoiyoiyoi... yei yei yei yei -repetían al final, los mismos tarareos de la canción prolongada y monótona, pero vigorosa, que resonaba compitiendo con el oleaje, donde podría aparecer la respiración del cetáceo esparciendo picaflores a los rayos solares sobre la espejeante superficie. Céip, el chincol, y Sáica, la loica de pecho colorado, tampoco dejaban de aparecer en estos cantos rituales, con que los "jon" invocaban a las ballenas para un festín. Sólo que aquel banquete de Bahía Felipe había sido condimentado con arsénico o estricnina para matar gaviotas salteadoras por los ganaderos. Los aborígenes, en su salvajismo, aún no habían alcanzado la cortesía de los primitivos monarcas británicos, que durante un banquete, todos los comensales rechazaban un plato de comida cuando lo "rechazaba" el rey o la reina. Tampoco conocían el "eclipse de Dios" de que habla Martín Buber o ese "silencio del infinito" que aterraba a Pascal... O la oración de los Fang del África: "Nzame (Dios) está arriba / el hombre abajo; / Dios es Dios, el hombre es el hombre; / cada cual a lo suyo, cada cual en su casa".

Los selk'nam u onas lo llamaban Timaukel, "el que está en el cielo"; pero la creación del hombre fue obra de las manos de Quenós, que bajó al Onaisin por su mandato. "Él es eterno, todopoderoso, pero vive más allá de las estrellas".

Garibaldi Honte, otro ona bautizado, había estado hasta los nueve años en su tribu, criado por su abuela, porque su madre convivía con otro. Contaba su historia así:

"Mi abuela hacía viajes con la familia al norte de la isla. Después volvíamos a Harberton, a la estancia del misionero Bridges, donde crecí ahí, en esa estancia. Después murió el marido de mi madre y ella se puso a vivir con un chileno... un tal Barrientos, que trabajaba en un aserradero del canal Beagle. Ahí tomé el sistema de los europeos creyendo que iba a ser civilizado como ellos. Los onas en su época, solitarios en esta isla, no tenían otro contacto con otra gente; vivían mucho más felices que yo hoy día con toda la civilización que hay, porque no tenían inconvenientes; decían voy para tal parte y se iban; si querían comer un guanaco, comían; si querían un pájaro, un pájaro comían, no tenían que andar con rodeos, yo me sentía feliz en aquel tiempo con un quillango de guanaco sobre el cuerpo con la lana por fuera no por dentro, más limpio que abrigado, más fuerte para el frío, no vestido de lana como hoy con lana de guanaco blanco; vivían mucho más tiempo así, sanos, robustos, fuertes, felices; no me gusta la civilización porque hay muchos inconvenientes, uno nunca es dueño de su techo, de su casa, porque compro la tierra al Estado que dice que es del Estado, porque la tierra siendo de los onas no tienen por qué venderla a los onas: antes no existía esa barbaridad, sin embargo la venden, ¿alguno es dueño de su propiedad siendo civilizado? Ona era dueño de su arco, sus flechas, sus tamangos, su quillango, de todo lo que había en el aire en el campo, la orilla del mar; cruzaba cualquier lado, nadie le decía nada de dónde viene para dónde va, qué va a hacer así que eso era más lindo que cuando vino el alambrado, el indio extrañó mucho porque tenía que cruzarlo; después vinieron los rebaños de guanacos blancos con carneros, ahí los empezaron a correr los dueños de los guanacos blancos porque decían le robaban sus guanacos blancos; cuando ellos corrían matando guanacos de lomo grande; como un caballo casi era, corría más que caballo el guanaco saltando como aire los alambres de seis tiras; un animal tiene que haber

agarrado indio ona para no morir de hambre, como ellos no conocían de un principio, no sabían que ésos tenían dueño, entonces creían que los demás animales no tenían dueño, ¿cómo comer uno habiendo solo tantos miles de guanacos blancos?, decían entonces y agarraban para comer guanacos blancos por falta de los colorados grandes, no para hacer negocios, y empezaron a matar onas. Los indios en aquel tiempo no eran malos, porque a los náufragos los cuidaban; si encontraban un náufrago herido, lo agarraban, lo llevaban al campamento indio, si no podía caminar lo cargaban al hombro; hay una historia de un inglés, Kirke, uno de los primeros náufragos, se lo llevaron al campamento lejísimo, lo tuvieron ahí hasta que se mejoró del pie quemado; bueno, después este hombre se quedó, ya no quiso salir más del grupo indígena que lo había salvado, quedó ahí con los indios, se hizo indio verdadero con una melena larga, una chiva grande, vestido con quillango; después se casó con mujer ona, tuvo varios hijos, eso demuestra que no era gente que no recibía mal otras generaciones, sino que el blanco fue el malo, el europeo, porque así se habla del europeo; éste ha sido malo en su tierra, han sido malos entre ellos; vienen hacer malos aquí porque de lo que dicen las historias antes que ser civilizados con la civilización de ahora tenían otra civilización anteriormente, peleando entre ellos por tierras, animales, comidas; hacían grandes matanzas entre ellos, ahora las vienen hacer aquí por cualquier cosa; una época los indios los mandaban a la isla Dawson, ahí monseñor Fagnano tenía una misión, sueltos en la isla, pero no podían salir de ahí, era una misión de salesianos, concesión que tenía monseñor Fagnano, Capitán Bueno lo llamaban, porque no mataba indios; los defendía enseñándoles trabajos; monseñor Fagnano vino de capellán con Ramón Lista, viendo cómo por error de Lista mataron veintiocho onas con sus arcos detrás de las matas negras capellán Fagnano parlamentó con los indios; desde entonces se puso al lado de ellos; Lista dijo después que indios eran mejores hombres del mundo; fue una equivocación matarlos; pero ya estaba hecho, nadie resucita a los muertos. Durante veinte años esa isla concedida a monseñor Fagnano por el gobierno de Chile para que los indios aprendan civilización; bueno, ahí llevaron a tres mil indios, ¿qué hicieron con los indios?, ¿los hicieron salchichas o qué?, porque en veinte

años no pueden haber terminado una cantidad así de indios por enfermedades o alguna cosa así; cuando entregaron la isla Dawson después de veintiún años, trajeron otra vez unos pocos indios acá, pero onas no vinieron más que dos o tres mujeres; porque a la isla Dawson llegaban también alacalufes de los canales en sus canoas; hombres no vino ninguno; de los onas más que la Raquela, la Paula, la Petronila, fueron las únicas que volvieron acá después, la única que salió de acá fue la Petronila que se casó con Leguizamón, se fueron a Viamonte, ahí se separaron porque Leguizamón quería tener hijos y la Petronila no podía tenerlos: entonces tuvo que buscar otra mujer, la abandonó, la Petronila después murió en la zona del lago Fagnano, la Petronila estando ahí con otro paisano, así es el cuento, totalmente es un cuento, la misión acá se instaló bien entre Río Grande y Río Chico, cerca donde está ahora la Sección Miranda, de la estancia Segunda Argentina; ya llegaba la terminación de la destrucción de los onas; algunos se salvaron en esa misión de La Candelaria, adentro de Cabo Domingo; cosas de Nuestro Señor; lo mismo los yaganes, los alacalufes, y los onas primero tenían que terminarse porque tenían la tierra de los guanacos; ¡cuántos años corriendo guanacos solamente! Estaba prohibido cazarlos en la Montaña al otro lado del lago Fagnano, que se llamaba entonces Kahincuen; triste, es triste, a mí muchas veces cuando estoy pensando me acuerdo de mi antigua gente; me da pena, mi corazón late de pena, pensar cuando ando por ahí por el campo después de haber aquí tanta gente hoy día que no haya ninguna; ninguno, uno piensa; cuando voy por ahí a caballo a veces llego a lugares donde han hecho sus vidas; me da pena pensar, me acuerdo de fulana, fulano, zutano; medio parientes, familia de mis padres, que yo también he vivido con ellos, que al último tenía que quedar yo solo, solo, eso es triste ¿no?; si la voluntad de Dios es así, ¿para qué esa voluntad? Los onas tenían Dios también, el que no se nombra, porque está más arriba de las estrellas, decían que en la isla blanca que está dentro del cielo; a donde iban a vivir los caspi de los antepasados; porque el que no se nombra era puro caspi, espíritu, el ona en la tierra sombra de eso nada más..."

En Hohopen, la montaña roja sagrada en la otra orilla del gran lago largo, era donde no se podía cazar guanacos. Allí, entre las tribus que aún quedaban, se contaban las fechorías de Red Pig, Chancho Colorado, un tal Mac Lelan, que en una temporada de caza de indios había ganado cuatrocientas doce libras esterlinas. Constaba en los libros de cuentas de la estancia, registrado con otro nombre del Debe y del Haber. Era el más famoso de los cazadores, sobre todo porque al sur de Río Grande, en los linderos de la Primera Argentina, había convidado a decenas de indios a comer ovejas asadas al palo con vino tinto comprado en el negocio del Pelado. Después de la borrachera los mató a todos a balazos. Por una oreja pagaban una libra esterlina, y dos, cuando llevaba de muestra, en sus alforjas de lona como "fruit of London", órganos más vitales que comprobaran efectivamente la muerte del indio, porque durante un tiempo aparecieron rondando los alambrados onas con una sola oreja, o desorejados, pero intactos para seguir robando ovejas. Su cuadrilla estaba formada por un tal Díaz, Kovacic, Niward y Sam Islop, famoso este último por sus aberraciones con cadáveres de mujeres asesinadas.

En cierta ocasión, Sam encontró a Mac Lelan vaciando una botella de gin; al preguntarle por qué tomaba tanto ese licor y no whisky, Chancho Colorado le respondió:

- Porque quiero comprobar quién es más fuerte: el espíritu o la materia...
- No seas chancho...
- Ni tú, necrófago...
- No entiendo eso.
- Los insectos que depositan sus huevos en los cadáveres .
- Acuérdate de dónde te viene el Red Pig...
- De mi bigote colorado...
- Recortado como tusa de caballo.
- O como cola de yegua barranquera...

- Todo puede suceder cuando un hombre está necesitado; pero todavía no me he planchado a una china fiambre.
- Es como si estuviera durmiendo de espaldas.
- Las mujeres no tienen espaldas...

-Así es...

- ¿Y el hombre?
- Una mierda…, unos matando indios por una libra esterlina, lo que se ganan otros con un cordero o el vellón de una oveja que sigue dando cuatro kilos de lana para ellos... Dos millones de ovejas de la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego, y en La Patagonia hasta la cordillera de Los Baguales, son dos millones de libras esterlinas al año. Es igual que recogerla con pala, y yo, nada más que cuatrocientas para tomar gin que me descuenta el contador en la pulpería... ¿Pulpería vendrá de pulpo...? Tú lo debes saber, tío Sam.

¿De dónde sacaste ese apellido Islop cuando otros te dicen Islet...? Eres una "isleta" de bostas de guanacos blancos, cascarria de ovejas que van dejando sus rastros por la gran Tierra del Fuego... eso no más eres, huevos de caiquén...

- ¡Cuidado, Red!
- ¿Cuidado de qué?
- De sobrepasarte... ¿Cuántas botellas llevas?
- Una y media...

Mac Lelan llenó su vaso y se lo pasó a Sam. Este bebió de un trago limpiando, el vaso primero, luego los bigotes entrecanos. Vestía chaquetón de cuero negro y gorra del mismo con orejeras para el viento. Era un

hombre alto, de cara cuadrada con nariz roma. Mac Lelan tenía una cabeza alargada, realmente de cerdo colorado, ojos azules, tiernos, que contrastaban con la frente estrecha y el pelo colorino, cerdoso, cortado a tijeretazos, como con el tijerón con que se tusa a los caballos. Ascuas oscuras había en uno. Chispas de fuego en otro. Al rato, Mac Lelan se derrumbó en la silla y cayó debajo de la mesa del comedor chico. Trató de ponerse en pie, pero se golpeó la cabeza bajo la cubierta de madera de roble de tres pulgadas de grueso. Gimió. Lloraba.

- ¡Ahí vienen, ahí vienen, ahí vienen...!
- ¿Quiénes?
- Los indios quieren matarme... defiéndeme, hermano Sam, Sam Islet... Tú eres un verdadero inglés, yo apenas escocés.,.

Se durmió con los ronquidos de un chancho. Así generalmente terminaban sus borracheras de gin. Sam Islop vació la botella. La imagen de un oscuro cuerpo de mujer de nalgas desnudas, tendida de bruces sobre matas de pasto coirón, surgió con la primera zambullida de su mente en la corriente del gin que ascendía sangre adentro. Miró de soslayo al borracho con sus hipíos bajo la mesa, y se alejó con otra imagen: la de Mac Lelan en aquella noche, en que ambos, borrachos, caminaban desde el comedor grande al chico y el cazador de indios se perdió. Volvió a buscarlo y lo encontró gateando en la casucha de las porquerizas. Tenía medio cuerpo metido dentro del chiquero donde dormía una chancha colorada, y tuvo que sacarlo a tirones de las piernas para que no cometiera un bestialismo más...

-¡Cada lechón en su teta es el modo de mamar! -le replicó con la versaina de Martín Fierro.

El hecho se supo, y de allí le venía a Mac Lelan el apodo de Chancho Colorado.

Sam Islop había llegado de Inglaterra y desembarcó en Montevideo, la capital de Uruguay, en la ribera norte del Río de la Plata. De allí pasó a las Malvinas o Falkland, donde permaneció un tiempo oteando sus horizontes. Luego embarcó hacia Punta Arenas, sobre el Estrecho de Magallanes; de allí partió con los primeros ganaderos que colonizaron la Tierra del Fuego chilena. Era un aventurero,

como la mayor parte, entre buenos y malos, de los que se descolgaban en esos tiempos desde los muelles de Londres. Nostalgias «urgentes por su lejano Támesis le hacían repetir: "¡rule Britannia, rule the waves, Britons never will be slaves!".

Pero él se quedó rodando como una piedra bolón sobre los pastizales desde China Creek, Bahía Inútil y San Sebastián, en las cercanías del Páramo.

Curiosa región. En remotos tiempos estuvo bajo los hielos, y en vez de un estrecho o de un canal como el de Beagle, un solevantamiento la dejó casi al mismo nivel del mar. En San Sebastián como en Bahía Inútil, que lleva este nombre a causa de una escollera submarina que impide la entrada en mareas bajas a barcos de calado y tienen que sortearla para fondear en Caleta Josefina, está la estancia de la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego. Allí, en una pequeña laguna, encima de una tembladera formada por plantas acuáticas adheridas a un islote, Sam Islop o Islet, a mediados de un noviembre, tropezó con un nido de cisne coscoroba con ocho huevos cubiertos de plumas y pastos secos. Mientras Islet permaneció en su isleta, la pareja de cisnes nadaba a cierta distancia, emitiendo el macho a intervalos el silbido característico de dos notas que lo distingue de inmediato del cisne de cuello negro. Sam Islop o Islet se retiró con prudencia y la hembra se acercó echándose sobre el nido. Para comer, había en abundancia huevos de caiquén, tan grandes como los de ganso. Los de ese cisne blanco nunca los había probado.

Sam miró en su derredor. Con la pleamar, Bahía Inútil resplandecía al sol de noviembre. En el solevantamiento submarino las olas reventaban floreciendo de espumas tornasoladas alternadas de remolinos verdes. Irisaciones y sombras que pasaban a los pastos, sobre todo al coirón, cuyo matojo mezclaba a su sepia invernal los tallos verdes acerados de la primavera tardía. Un poco de viento y los iris tornasolados de Bahía Inútil podrían entrar a Caleta Josefina, porque los pastizales daban la impresión de encontrarse bajo el nivel del mar. Una mariposa gris verdosa dio vueltas en su contorno. Sam intentó atraparla con la gorra de cuero. La atrapó, pero al levantar del pasto el cuero negro aparecieron dos ojos de lechuza reventados. Una extraña sensación lo embargó. ¿Era o no era una mariposa? Solo, en medio de ese universo, él era

un punto negro como su gorra sobre el coirón. Nunca pudo creer en Dios, aunque su madre anglicana insistía con su religión, allá en el barrio londinense de Queensway. ¿Para qué dividieron a Dios? Sólo el hombre podía dividirlo. El tortuoso paso del hombre por sus islas e islotes, reales o imaginarios. Sintió una soledad enternecida, nunca le había ocurrido desde que se viniera de las Malvinas. Un extraño aprieto en el corazón tal si alguien tratara de pulsarle esa víscera. Una vez tuvo que comerla por necesidad. Era el corazón de un cisne de cuello negro, y su carne tan oscura como su plumaje, pero del tamaño del puño de sus manos. Lo midió, sí, lo midió con su propio puño cerrado. ¡No! El corazón del cisne de cuello negro era más grande que el suyo. Su sabor era mejor que el pastoso de la pechuga. Sabor a barro y hierbas tenía ese corazón. Sintió una especie de regresión desconsoladora. Trató de alejar sus pensamientos y tragarse algunas lágrimas como las de Chancho Colorado. ¿Por qué Red Pig lloraba siempre que se emborrachaba después de una cacería de onas?

¿Por qué lloró aquel primer ona al que abofeteó para quitarle las grandes centollas que traía desde los corrales de pesca de piedra entre los arenales de Bahía Inútil? Endilgó los pasos hasta el mismo lugar. Había centollas; esas enormes, que salen de las profundidades cada vez que el macho corre detrás de la hembra a mediados de noviembre. Llegó a la extensa playa decorada de huesos de ballena y osamentas de focas y delfines, pájaros muertos y, de pronto, sobre una piedra un cormorán de las Malvinas, con su hermosa pechuga blanca y el largo cuello de azul acero resplandeciente, con desojados visos tornasoles... ¿Qué vino a hacer ese cormorán de las Malvinas a la Tierra del Fuego? ¿O de la Tierra del Fuego se pasó, a la inversa suya, a las Malvinas?

Recordó que Mac Lelan en su borrachera le había gritado "isleta de mierda". Retrocediendo se alejó para no espantar al cormorán que tantas veces había contemplado en las escolleras de las Falkland, mientras repetíase "Rule Britannia, rule the waves..."

Los temporales que ronzan continuamente en el vértice del Cabo de Hornos adquieren mayor intensidad a medida que van hacia el noreste sobre la Tierra del Fuego. Los rafagales con agujillas de hielo obligan a sotaventarse a las embarcaciones. Más al occidente del cabo, en el confín de la península Hardy, el monte rojo se prolonga agachándose en el mar como la cabeza de un rinoceronte que va a dar la embestida. Un picacho rocoso se levanta en la trompa cual un cuerno amenazante, y una de las dos rocas, a medias sumergidas, semeja otro cacho de la bestia cuyas fosas parecieran producir las tormentas y sus trombas marinas. Es el falso Cabo de Hornos, más temido por los navegantes, como todo lo engañoso, que el promontorio de 417 metros del verdadero, más al oriente.

Los antiguos capitanes de veleros se estimaban por las veces que habían doblado el Cabo de Hornos. Era lo mismo que una condecoración. Recopilaciones de los derroteros con experiencias de esos capitanes recomendaban que los meses de verano, y particularmente diciembre y enero, eran los mejores para pasar del Pacífico al Atlántico, aunque ese paso es tan corto y fácil que casi no hay necesidad de elegir época. Rodeado el cabo, la derrota más ventajosa para un buque que se dirige al Atlántico Norte es por el oriente de las islas Malvinas, cortando los paralelos 50 y 45 Sur por los 51 y 45 Oeste. Esta derrota contornea el límite occidental de la región de los témpanos, que aparecen también ocasionalmente en la latitud del cabo, y mucho más al norte a lo largo de la costa patagónica, en aguas atlánticas. Se los ha visto a corta distancia al sureste de las islas Idelfonso, al oriente de la isla de los Estados, al sur y al este de las Malvinas. El límite medio a que llegan estos hielos flotantes partiría de las islas Diego Ramírez pasando por el oriente de las islas Falkland, hasta los paralelos 47 y 40 en las longitudes de 50 y 35 Oeste. Las dimensiones de los témpanos son a veces colosales; se han observado algunos que medían de cincuenta a cien kilómetros de largo, con alturas superiores a cien metros.

Estos témpanos, llamados tabulares, son verdaderas islas de hielo dentro del mar. De cantiles a pique y superficies tan planas y lisas que sólo el viento, que en esas regiones suele alcanzar más de ciento cuarenta

kilómetros por hora, raspa un polvillo de nieve, "blizzard", que los envuelve como peligrosos fantasmas en su lento navegar, con un calado cinco a seis veces superior a la "isla blanca" que se ve dentro del mar.

Tan peligrosas como estas fantasmales islas errantes de hielo son, a la altura del Cabo de Hornos, las turbonadas de revolones y rachas de las montañas. Dentro de las ensenadas, ancones y canales que rodean montañas elevadas, se vuelven más activas. Descienden de las quebradas, gargantas y valles corriendo a lo largo de un canal produciendo gran ruido, mezcla del ramaje sacudido y de los silbidos del viento en las aristas de las rocas. A menudo, las acompaña una manga de agua o granizo tan espesa que oscurece el horizonte y la costa desaparece a la vista. En otras ocasiones levantan en la superficie trombas de espuma y agua pulverizada que corren vertiginosamente llevadas por el viento. El barómetro oscila como si una onda de presión pasara sobre la superficie de la cubeta. Pasa la racha y la calma que se había interrumpido se restablece rápidamente. Los buques cogidos por el través se inclinan al empuje, bornean, giran con fuertes estrepadas de las cadenas si están fondeados, rozándolas contra los fondos marinos, lo cual produce continuas alarmas y sobresaltos con sus garreos.

Estos rafagales locos, fantasmas ululantes, crepitantes, se encajonan a once millas al sureste de Cabo Domingo, entrando por la desembocadura de Río Grande, de media milla de ancho en la pleamar y mucho menos de la décima parte en la bajamar. De las riberas de cada lado, las restingas y escolleras, de guijarros o grandes rodados, dan a esas sinfonías procedentes del sur del Cabo de Hornos sus aberrantes ruidos, que iban a rascar el techo de zinc de la casa del Pelado Riera. Revoleadas sueltas golpeaban trancas, caballeriza, puertas y postigos, tratando de arrancar aquel letrero batiente que sonaba anunciando "Se da de comer por un solo precio al amo y al caballo". Luego sobrevenía la calma súbita y sólo se oían crujidos de los maderos recomponiéndose bajo su armazón de zinc como si fueran huesos astillados con las balaceras del viento o descoyuntados por los sacudones.

Una noche Esther despertó a su marido al percibir quejidos en la pieza contigua a la cocina, donde dormía

Men Nar, que se había quedado definitivamente guarecida, sirviéndoles en los quehaceres domésticos.

La calma era de cristal afuera, de oscuridad pétrea adentro. Marido y mujer bostezaron. Los gemidos de Men Nar se hicieron más agudos.

- Levántate a ver qué le pasa a la india.

- Le está llegando el encargo que traía de Cabo Domingo –replicó Esther, y agregó-: ¿No te lo dije?

- Anduviste jodiendo al gringo Sterling con el asunto... Hasta sospechaste de mí...

- Nunca se sabe lo que puede hacer un hombre...

- En tu marido debieras confiar, desde que se salvó del Gleneriff.

- Hay que ver cómo te diviertes con ese ojo de vidrio que te pusieron después del naufragio.

- Me lo puse yo mismo; por suerte había desecado un tiburón, para hacerle una perla de anillo a la mujer que me quisiera.

-Pero así, con un ojo, esa vez casi me acuchillaste.

-Porque te acercaste en puntillas por el lado de mi ojo de tiburón.

-En camisón a buscarte para acostarnos...

-Tenía la cuchilla entre las manos, y uno nunca sabe quién se le acerca por detrás... me asustaste. Un hombre asustado es peor que una mujer; entierra no más lo que tiene entre manos.

-Así fue como una madrugada acuchillaron al administrador de Caleta Josefina, a su mujer y al cocinero que estaban tomando desayuno.

- Los indios..., los indios se los madrugaron...

- Pamplinas..., como si no supiera que no te llamas Riera...

- Riera es mi apodo, tú lo sabes, y que me lo pusieron los de las estancias porque me reía cuando les contaba lo del ojo del tiburón...

- Los gemidos de la muchacha indígena impusieron silencio.Suspiraron.

- Levántate a verla.

- Acompáñame con tu farol de

bote.

En la pieza contigua, Men Nar se quejaba apoyada la espalda contra la pared y las piernas abiertas sobre los tres cueros de oveja de mullida lana a manera de colchón. El Pelado iluminó el lugar con un farol de bote a parafina. Luego, por entre las piernas, fue saliendo a luz la cabeza oscura tumefacta de una criatura que Esther palpó. Los quejidos de Men Nar se hicieron sordos. El Pelado acercó el farol a las manos de su mujer. La madre se revolvió en el camastro de cueros dándose un golpe de cabeza contra una tabla gruesa. Allí, en la arista del tinglado, apoyó la nuca y pujó. Semirrescostada, fue dando nacimiento a una niña que luego estaba berreando entre las manos de Esther. Cortaron y amarraron el cordón umbilical. La grieta de Hohopen, la Montaña Roja, donde nació Kuanip, en la orilla del lago Kahin-Cuen, donde los onas prohibían cazar guanacos, había dado una raíz de sombra y luz, retoño de la vida aparragada entre hielo y piedra, que se agarra con uña y cuña a otras vidas, como la de los robles fueguinos que trazan el límite de su mutua protección en el umbral antártico.

Ya repuesta con un jarro de café caliente, por la insistencia de Esther, la madre dio el pecho a su hija, sin miramientos, tal si se tratara de un cachorro de "visne", el perro indígena.

Las indias onas, cada vez que se les moría un recién nacido, buscaban una cría de ese perro domesticado, y lo amamantaban como a un hijo. Si no lo encontraban, se desgarraban los pechos con un cuchillo de concha, o con la mandíbula del pequeño delfín blanco que merodea en la desembocadura oriental del Estrecho de Magallanes, y que lo usaban de peine por sus agudos y marfileños dientes. La pingüina real que pone un solo huevo, cuando se lo devora la gaviota skúa, busca asimismo una piedra que tenga la forma de su huevo perdido y se echa a empollarla con terca esperanza. A menudo, la reemplaza el macho, tan alto como un niño, quien vacila con su mechón amarillo que lo distingue de las otras especies.

Tal vez, de la observación de estos hechos prodigiosos de la naturaleza, surgió el mito de Kuanip, el héroe máximo de los onas. La vida es muy difícil de conservar entre esos páramos antárticos, y los instintos para preservarla se desarrollaban con esa misma fuerza de la naturaleza.

El viento había vuelto a pasar raspando las ondas de zinc acanalado. De pronto, Men Nar lanzó un alarido:

- ¡Siáskel..., Siáskel! -gritó, apartando su pezón de la criatura.
- ¿Qué pasa..., te mordió? —díjole Esther, que llamó al Pelado como en aquella mañana en que acudió también Stewart.
- No entiendo lo que ha gritado Mena; llama a un tal Kiaskel, Cialkel o Siáskel...
- No entendí..., no entendí..., no entendí -profirió Men Nar.
- ¿Qué? -intervino el Pelado autoritario.

La india señaló con el índice los ojos de la niña. Éstos eran semejantes al agua que se aposenta sobre los charcos cuando el cielo aparece y desaparece preñado de lágrimas.

- Siáskel..., Siáskel... -volvió a repetir, mientras apartaba su mirada de la criatura, de pelambrera pajiza, después del lavado, como el pasto coirón que resucita tras los vendavales.
- ¿No será algún mister ese Siáskel, que le dejó el encargo después del baleo de cabo Domingo?
- Dicen que el gringo Johnson, de la Segunda, estuvo en eso... porque ya no mira de frente como antes..., se lleva con la cabeza gacha como buscando algo... Lo contó García el pulpero de la estancia.
- ¡Qué coincidencia!
- ¿Cuál?
- Llamarse Manano igual que la india, ese García.
- Así le dices tú, lo mismo que a

Men Nar le pusiste Mena.
Mañana puede llegar Sterling,
él sabe de indios tanto como el
otro malvinero.

La piedra agrietada continuó, sin embargo, alimentando al "visne"; mas apartaba siempre sus profundos ojos oscuros de esas pequeñas luces verdosas que seguían surgiendo cada día más brillantes bajo la pelambrera rubia.

A pesar del avance “civilizador”, el mundo de la realidad y de los sueños de Men Nar estaba cribado por esos rayos de luz y sombras que despiertan hasta el gusano que anida entre las hojas caedizas del roble antártico, sacudido por los ventarrones.

Timaukel, al ver al Onaisin tan solitario, envió a Quenós a la tierra de hielos para que la poblara.

Quenós llegó al Kahin-Cuen, el lago largo. Tomó dos puñados de barro, hizo un miembro masculino y un órgano femenino. Los dejó uno al lado del otro y se fue. Llegó la noche, al día siguiente, apareció el primer hombre. En la otra noche, al llegar el alba, apareció la primera mujer. Así fue poblándose el Onaisin. Así lo contaron Mimkiol Kaushel, Tenenesk, Anikin, en vísperas de celebrarse las ceremonias del Klóketen, para lo cual bajaron a cabo Domingo, en busca de carne de foca y de cormoranes, porque no había guanacos para celebrarlo.

Quenós repartió el mundo. La tierra de aquí para los selk`nam, onas, que quiere decir simplemente “hombre”. Pronto hubo mucha gente. En ese tiempo, la bóveda celeste estaba mucho más cerca de la tierra. Antes de subir de nuevo a ella, la hizo elevar a la altura que hoy tiene. Allí se encuentra Quenós en forma de una estrella, la más destacada.

Antes de ascender, cuando hacía tiempo Quenós andaba en el Onaisin, había tres antepasados que lo acompañaban a todas partes. Casi siempre estaban los cuatro juntos. Eran poderosos. Formaban parte de los "jon" y "hohuen" de aquella época. Los primeros tienen un poder por encima de los onas corrientes. Los segundos una facultad que los hace morar junto a Timaukel, que es puro "caspi", espíritu. Quenós no tenía mujer ni hijos. Uno de sus acompañantes era Tschenuke. Los nombres de los otros se han olvidado, pero cuando Quenós llegó a viejo, ya había muchos descendientes. Anciano estaba y procuró dormirse en un largo sueño: el sueño de la transformación, como las orugas que se encierran en un canutito, después vuelan convertidas en mariposas, con la primavera. O el del pasto bajo el cielo, que brota con hojas nuevas cuando los hielos se quiebran.

Varias veces intentó dormirse Quenós, al fin lo

consiguió. Estuvo tendido igual que un muerto. Los otros tres intentaron lo mismo. Se acostaron, no se movieron; estuvieron mucho tiempo así, les sobrevino un sueño profundo, pero no murieron. Se levantaron después. Estaban igual que antes. Aquello fue solamente un intento. Por ese motivo se marcharon Quenós y sus tres compañeros al norte. En el camino se fueron arrastrando estas cuatro personas torpes, achacosas por la edad. Se hablaban muy bajo, casi no conversaban, tan cansados y agotados como los enfermos de muerte. Llegó un momento en que se hicieron envolver por los demás en sus capas de cuero de guanacos y se echaron al suelo. Así estuvieron echados en el suelo esos cuatro hombres, sin moverse. Recibieron el mismo trato de un cadáver cuando se entierra. Después de algunos días volvieron a moverse. No habían muerto. Primero se movieron con mucha lentitud, luego más rápido. Empezaron a mover los labios con algunas palabras que apenas se oían, muy bajas, palabras que parecían salir de debajo de la tierra. Después de entre el pasto. Al fin se levantaron y se pusieron de pie. Entonces cada uno de ellos vio a los demás. Todos contemplaron atentamente a aquellos cuatro hombres. Cada uno de ellos había vuelto a la vida. Toda la gente los había llorado. Como a enterrados vivos. Ahora se alegraban. Los cuatro se sentían revivir, renovados después del largo sueño. Al fin habían conseguido en el norte lo que habían intentado en el sur del Onaisin.

Sucedió lo mismo con los demás antepasados. El que envejecía se envolvía en su capa de cuero de guanaco. Se echaba al suelo. Yacía sin moverse igual que si estuviera muerto. Ahí estaba varios días. No hablaba ni se movía. Al cabo de un tiempo volvía en sí. Al principio se movía poco, después más. Movía los labios, empezaba a hablar, hablar, hablar. Luego se levantaba lentamente, se ponía en pie. Se encontraba de nuevo remozado.

Cada cual iba a la choza de Quenós: "Despiértalos", le decían y Quenós los despertaba. En ese momento desaparecía el mal olor. Cada cual volvía a su familia. Cuando Quenós estaba en el norte del Onaisin también se había despertado a sí mismo, tan grande era su poder. El que era despertado por Quenós continuaba viviendo. Después envejecerá, se entregará al sueño profundo. Cuando no quiera levantarse más, se convertirá en un

cerro que llevará su forma; en caverna, en montaña, pájaro, roca, animal marino o terrestre, en viento también. Otros seguirán a Quenós a la bóveda celeste. El los guía. Es la estrella más grande que se divisa en su grupo, la que más se mueve. Otros se convirtieron también en estrellas, nubes, polvo luminoso, en "la isla blanca que está dentro del cielo'".

En tiempo de los "hóhuen", los antepasados, andaban por el mar el albatros, por la tierra la lechuza blanca y el búho pardo, el águila ratonera, el ganso salvaje y otras aves más. Muchos se convirtieron en esos pájaros. Otros en vientos y se fueron cada uno a su lugar. Otros en pulpos, medusas, pingüinos, ballenas, en delfín blanco chico, en el azul piedra grande, en la ballena asesina. Otros en cumbres tan lindas como "Oichalá", "Technol", "E, wan", "Silá" y algunas más.

Ellos se quedaron aquí en nuestra tierra. Así sucedió durante mucho, mucho tiempo... Resonaban en los oídos de Men Nar como si fueran las voces de la tierra, el mar y el viento. Sombras de las sangres de sus antepasados que subían y bajaban mientras daba de mamar a su recién nacida. Del remoto pasado, saltaba a su tragedia presente, ignorante de su remoto futuro, y el de esa criatura.

¡Qué hermoso era Tóin, alto vigoroso, con su gorro de piel de nutria y su capa de guanaco; nariz grande, labios grandes y siempre sus dos rayas blancas desde las fosas nasales hasta las orejas porque siempre estaba de buen humor! Men Nar recordaba que unas rayas coloradas significaban que iba de caza, negras, que estaba de mal humor. Recordaba que Tóin era un gran "jon", le explicó a los jóvenes que estaban bajo un gran roble deshojado, de esos que botan su fronda cuando llega el invierno. Cubierto estaba el árbol ese día hasta arriba con unas orugas de colores... ¿Las ven, las ven? Está envuelta en su capita como los "hohuen"; en el verano saldrá volando una mariposa puede que sea el "caspi" de un antepasado... ja, ja, ja... oía reír a Tóin, burlón. ¿Dónde estará Tóin? Cayó como otra sombra más densa cuando los koliotes le hicieron bum bum en cabo Domingo...

En su oído el silbido de una bala, de otra, otra..., brincó saltando piedras, las piedras también brincaban..., se le cayó la capa de cuero de guanaco al saltar asustada, se desató el cordón que la amarraba al cuello. Tóin quedó

atrás botado en el suelo. Corrió..., corrió hacia el faldeo por detrás del alto pasto de la vega. Sintió un crepitar en la oreja; pero no, en el pie... algo se trizó. El cuerpo desnudo cayó arrastrándose por entre las altas matas del pasto coirón. Luego la vega de Río Chico con ese pasto, ahora tenía que arrancar por los cañadones de Río Grande para la casa del Pelado... Montones de pasto traía en sacos puestos sobre su cabeza..., montones de pasto para la parva donde la había encontrado Esther... Allí, entre el pasto de cabo Domingo, la había aplastado el koliote como si fuera un visne. La dio vuelta enardecido; dos, tres veces la aplastó; la sangre del pie se mezclo a otra sangre...; al último la mordió en los labios y ella se puso a llorar con esos mordiscos. Así la dejó, yerta, con unas palabras: "You cost me much more than a whore from Río Grande!"

Las asiladas de la "Vieja Encaña" y de la "Cinchón Tres Vueltas" cobraban tres o más libras esterlinas según el trato y el rato.

La codicia implacable de la vida ganadera se acercaba a pasos agigantados a Río Grande, donde una compañía había instalado un frigorífico para faenar carne de capones y corderos que se exportaban en grandes barcos directamente a Londres, como las lanas a Bradford.

"A whore from Rio Grande..." Las extrañas palabras no habían quedado tintineando precisamente como libras esterlinas en los oídos de Men Nar, una vez que el violador puso pie en el estribo y siguió tras los rastros de sus compinches.

Red y Sam habían amarrado sus alforjas de loneta a las ancas y cuando aquel novato se quedó atrás, lo increparon:

- ¿Será capaz de...
- Lo que hace Sam, también puede hacerlo otro...
- The devil take you!

Lo dejaron solo. Le había correspondido disparar parapetado tras una roca que daba al faldeo vegoso, cerrando la retirada de la veintena de onas que ascendían con su cargamento de focas y cormoranes. Apuntó al cuerpo de la muchacha después de voltear a Tóin de un disparo; pero, al desprenderse la capa de guanaco, se confundió, y disparando al cuero, surgió algo entre bestia y hombre cuando el punto de mira de la Winchester se centró en el cuerpo desnudo de la muchacha. Se le nubló la ranura. Rastrilló dos, tres veces la carabina para no dar sospechas a sus secuaces. Era la primera cacería de indios en que participaba. Disparó a los pies para que tampoco se le escapara la presa que le despertó otros instintos. Total, había oído decir que por los campos se veían indios desorejados.

Pero el joven comienza jugando a los bandidos y termina en bandido. El cazador comienza cazando pájaros y termina cazando hombres.

Por entre las altas hierbas del pastizal, Men Nar atisbó tres caranchos que empezaron a planear entre la veintena de cadáveres. Se arrastró con el pie herido hasta dar con su capa de guanaco. Se envolvió en ella y se recostó cara al cielo, ensangrentada, rendida. Es cobarde el carancho, ataca sólo a los animales recién nacidos, enfermos o accidentados. En pocos segundos les saca los ojos, les come la lengua, su manjar predilecto, los labios hasta roerles cabeza y sesos. En la parición come las placentas y ataca a los corderos neonatos, aprovechando la incapacidad de defensa de las madres que a veces paren mellizos. Durante el parto ataca los genitales de las hembras, les arranca las tripas en largas serpentinas al

vuelo. Ave astuta, pérfida. Asalta a su víctima por detrás dando un picotón en sitio seguro. Huye luego y se coloca a unos metros de distancia, para volver al ataque en cuanto el débil se descuida. Así es su modo de matar para poder comer; parece que rehúye la carroña.

Men Nar observó el sinuoso planear de los caranchos de alas pardas, crestas rojizas, panza cenicienta. Impávida, siempre con su cara al cielo, sin comprenderlo que le había sucedido. Sólo el dolor del pie herido a bala y el de los genitales la mantenían atada a ese hilo de luz del cielo tenebroso. Lo demás le parecía indiferente. Las nubes, los pájaros, las sombras muertas, todo era lo mismo. Tomó al azar una brizna de coirón y se la llevó a los labios. Luego jugó con las manos contra el cielo con otras hierbas. Un moscardón gris verdoso de los pantanos vino a posarse en un manchón sanguinolento... Masticó su pasto seco como triscan los guanacos cuando apacientan en claros de pampa entre nubes y ramazones. Por cinco mil, diez mil años se remontaban los antepasados del Onaisin. Eran doce, quince mil, a la llegada de los cazadores. ¿Ahora cuántos serían? No se sabía cuántos quedaban. No se sabrá nunca cuántos y cómo desaparecieron. Era imposible seguir los rastros de los innumerables "guanacos blancos", ni aun para los rebaños del "cordero de Dios".

Un "polyborus plancus" descendió sobre esas sombras recostadas en el pasto coirón. Desde lejos caminó con cautelosas paradillas. Picoteó y dio un salto atrás. Graznó estridente, dando la noticia a sus compañeros. Otros bajaron. Tres rodearon un cadáver. Dándose valor en medio de tantos muertos se lanzaron al ataque al comprobar que ninguno se movía. Los ojos de fuegos entre los penachos rojos relampagueaban a veces mirando hacia donde partieron sus predecesores. No olfatearon a la muchacha. Hasta continuaba mirándolos como si fueran los ojos del pasto coirón. Luego, una bandada de veinte o más se fue juntando. Unos planeaban alto. Otros descendían para abrirse en picada. El cielo se llenó de alas pardas, cenicientas, rojizas. La tarde fueguina caía y daba paso a la noche. Un "visne" extraviado aulló de pronto por la orilla del mar. El único acompañante del miedo, de la indiferencia, del terror aplastante, de la meta de la muerte que no conocían ni aquel perro zorro domesticado que volvía a sus bosques ni aquella joven que entraba a la "'civilización" saltándose

los miles de años que ignoraban los cobardes caranchos o aquellos "cazadores " de hombres .

Todos los antepasados tenían su "caspi"; pero Siáskel era anti- "caspi". Tenía un hambre insaciable, vengativo, traidor, perverso, de crueldad incomparable. Encarnación de cuanta fuerza bruta, destructora, que haya producido el Onaisin. De gigantesca figura, ensombrecía al cielo y la tierra con su presencia. Los habitantes del Onaisin huían despavoridos cuando cielo y tierra se ponían como la boca de una caverna gigantesca al acercarse con sus grandes pasos que hacían temblar el suelo. Huían de pavor con sus mujeres, niños, "visnes" y guanacos. Las piernas de Siáskel eran más grandes y gruesas que un tronco de roble inmenso. Sus brazos, capaces de lanzar enormes peñascos a largas distancias. Su cabellera y barba, negras y desordenadas, se sacudían al viento cual matas de sargazos que arrastran piedras con sus raíces bajo el mar o se desflocaban en nubes horrendas en las alturas tempestuosas. Sus ojos relampagueaban con chispazos verdosos. Semejante a un volcán que revienta debajo de un ventisquero y arrasa con todo.

Este gigante tenía la costumbre de comer carne humana, de preferencia mujeres. Siempre había una ensartada al palo asándose frente a su hogar. Si encontraba infantes en su camino, los estrangulaba colgándolos a su cintura para sus asados más tiernos. Sus perros eran amaestrados para perseguir hombres hasta cansarlos. Por más hombres que se juntaban para dominarlo, los esfuerzos resultaban inútiles. Las flechas que le disparaban se rompían al chocar con la capa de cueros humanos con que se revestía. Los poderosos "jon" reconocían su incapacidad para atacarlo. El arte de los "jon" no tiene aplicación donde falta todo sentimiento humano.

Un día, este monstruo se llevó vivos a los hermanos Sasán. En lugar de asarlos, prefirió mantenerlos como ayudantes. Los obligó a sacarles las entrañas a sus víctimas para lavarlas. Se las daba de alimento. Los hermanos Sasán andaban siempre salpicados de sangre humana.

Entonces apareció Kuanip. Pensó precipitarse sobre el gigante para eliminarlo. Se convenció de que tal empresa tenía que fracasar fatalmente. La experiencia le advirtió que otros muchos, que en su desesperación

habían tratado de hacerlo, encontraron la muerte. Era más conveniente buscar el desenlace no con el terror y la muerte que empleaba Siáskel contra su pueblo, sino buscando con astucia una estratagema. Aún más que astucia, se necesitaba inteligencia, el máximo de inteligencia. Es la única que puede vencer a la astucia. Los animales, las fieras son astutas. El hombre posee la inteligencia. Se contiene, reflexiona profundamente, luego hace las cosas. Siáskel podía ser vencido sólo por un engaño muy bien preparado para salvar al pueblo del Onaisin. Kuanip se disfrazó de anciano menesteroso, pacífico, suplicante. Apoyado en un bastón, se presentó a la vivienda de Siáskel pidiéndole un poco de alimento. Al verlo, el gigante estalló en carcajadas. Se acercó al viejo y le tiró la barba burlonamente. Empezó a examinarlo por todas partes palpando sus carnes. Se rió del provecto tapándose las narices, dándole a entender que no le interesaba; con desprecio le indicó con una mano la parte trasera de su vivienda y con la otra mano le daba vueltas a la mujer ensartada en su asador para un buen almuerzo.

Kuanip se dirigió al lugar que le había señalado Siáskel. Allí encontró a los hermanos Sasán que lavaban las entrañas de la mujer en un arroyo. Se acercó a ayudarlos a pesar de la repugnancia. Por lo bajo les advirtió que disimularan y continuaran su indigno trabajo como de costumbre. Les pidió que se burlaran de él, tal lo había hecho su amo. Que se rieran de su decrepitud en el trabajo, con viva voz, para que Siáskel no sospechara. Así lo hicieron los hermanos Sasán. Mientras los niños gritaban con algarabía, Kuanip les decía al oído que iba a permanecer cerca del lugar. Que cuando escucharan en el bosque el grito de un loro tres veces seguidas, emprendieran la fuga hasta un cerro no muy distante. Que en la cumbre del cerro lo esperaran.

Siáskel largó una estruendosa carcajada divirtiéndose, porque sus ayudantes se burlaban del anciano. Sintió una gran satisfacción ya que se estaban incorporando a su mundo cruel, lo imitaban.

Kuanip se despidió de Siáskel agradecido de las atenciones recibidas, aunque no comió vísceras ni carne humanas, sino los hongos, hojas de "repollos del monte", que llevaba consigo. Siáskel se durmió después de haber devorado el cuerpo humano asado. Luego de la siesta, se levantó y salió en busca de nuevas presas para su

comida. Era su labor cotidiana. El loro cantó tres veces en el bosque. Extraño, otros loros no lo siguieron en su algarabía. Los hermanos Sasán emprendieron la fuga. Al regreso, Siáskel encontró su vivienda abandonada. Al monstruo se le subió la sangre a la cabeza. Su cara adquirió el color tumefacto de la carne fresca de sus víctimas. Bramó, pateó contra el suelo. Sus rugidos atravesaban el Onaisin. La tierra temblaba con sus patadas; pasada la ráfaga de la furia, se agachó a examinar el suelo. Buscaba los rastros de los hermanos Sasán. Por el chubasco caído un poco antes, las huellas se destacaban en el pasto. Tomó su enorme honda y emprendió la persecución.

Entre el cerro donde estaban Kuanip, los hermanos Sasán, y la vivienda de Siáskel, pasaba un ancho río. Kuanip, que conocía el terreno, se colocó cerca del invadeable río en un escondite. Los hermanos Sasán se acercan. Kuanip hizo que sus orillas se estrecharan. Los hermanos Sasán saltan sobre el río sin dificultad. Antes que se acercara Siáskel, con su poder "jon" Kuanip volvió a separar sus orillas. La corriente creció, el lecho se profundizó. Sin embargo, Siáskel cruza el río sin mayor esfuerzo. Era tan grande que el agua le llegaba hasta la cintura. Parado, le quedaban flotando los pubis de sus víctimas con que acostumbraba adornar sus cinturones. Los pellejos oscuros con pelos ensortijados por la corriente del río, semejante a lana de guanaco, recién lavada, parecían hojas de calafate con sus dulces y azulados frutos.

Kuanip ve frustrado su propósito. Se le ocurre otra táctica. Con su poder de "jon" hace que la otra orilla se vuelva pantanosa. Siáskel trata de cruzar la ancha superficie de fango. Se hunde cada vez más en el barro. Con dificultad saca sus grandes piernas del pantano. Los trancos del monstruoso gigante se hacen más pesados, lentos. Se cansa. Sus fuerzas merman fatigosamente. Reacciona. Todavía tiene vitalidad para salvar el obstáculo. Entonces Kuanip produce un gran frío. El pantano comienza a helarse. El gigante se va inmovilizando. Queda aprisionado definitivamente en el hielo desde la cintura para abajo. Los pubis de las víctimas paralizan su bailoteo.,. Ahora son oscuros puñales de barbas de Ocen, la ballena azul, que fijan punzantes sus carnes. Su traje de cueros de muertos, con

el agua y el hielo se resquebraja. Viéndose perdido, clama a grandes voces "¡Auxilio, quién me puede salvar!".

Kuanip, siempre disfrazado de anciano, sale de su escondite. Le ofrece socorrerlo en gratitud por la hospitalidad que le había brindado. Le ayudaría hasta donde le alcanzaran sus fuerzas.

Siáskel se queja. Grandes dolores lo acongojan. Kuanip le dice que le indique el lugar del dolor. Siáskel le señala su espalda. Kuanip le propone que se tienda de bruces sobre el hielo, con la parte superior del espinazo afuera. Así queda, vergonzosamente doblado por la mitad sobre el planchón. Podría habérsele ensartado con un palo como él asaba a las mujeres. "Voy a colocar sobre tu espalda un pie -dice Kuanip- para que se te pasen los dolores", Siáskel lo cree un viejo "jon", médico. Con una mano trata de mostrarle donde más le duele. En ese momento Kuanip se quita la capa raída. Se yergue con la soltura de sus magníficas fuerzas. Con el pie derecho le propina un violento golpe de talón sobre la espina dorsal quebrándole las vértebras. Siáskel, el monstruo que comía mujeres, yace por fin muerto. El Onaisin se ha liberado.

Los hermanos Sasán, que observaron el combate desde el cerro del loro, regresaron corriendo y antes de llegar dispararon dos hondazos con guijarros filudos que descuajaron los ojos del gigante moribundo. La agonía duró poco; pero el contenido líquido de los ojos se desparramó sobre el hielo, y siempre que llega la primavera, esas retinas sumergidas vuelven a aguaitar entre el pasto coirón.

De ahí provienen esas manchas verde grises que se observan en las superficies de las aguas estancadas. Poco después, de las cuencas vacías de los ojos de Siáskel, salió un moscardón que frecuenta los lugares donde hay carne descompuesta y excrementos: es el tábano que atormenta a los caminantes que pasan por esos lugares.

Hasta hoy el cadáver de Siáskel permanece en la misma posición en que lo mató Kuanip. Es la montaña que lleva su nombre. Su configuración da una idea del extraordinario tamaño de Siáskel. El río ahora se llama Mac Lenan. No lejos de él, puede verse todavía la vivienda de Siáskel en forma de una enorme quebrada. Las piedras sueltas que se encuentran a su alrededor son los huesos de las víctimas que él devoraba. No tenía

"caspi" el monstruo bestial. El espíritu de los vivos y el de los muertos siempre se comunican para producir el bien en contra del mal.

En su secreto mundo, cada vez que Men Nar se ponía junto a la ventana de la cocina del Pelado a darle de mamar a su niña, surgían a la luz de sus ojos grises verdosos los reflejos del pasto coirón sumergido bajo los hielos y que afloran cuando se trizan y hielan en la primavera. Sólo los pastos escucharon aquello de "me cuestas más que una puta de Río Grande..."

El cielo se tornó un gran ojo descuajado, ceniciento y opaco, para que Timáukel no viera lo que habían cometido los cazadores con la tribu de Anikin.

A los caranchos se agregaron aguiluchos curureros, más chicos, de cola rojiza, que acostumbran alimentarse del roedor de lustrosa piel negra que sale en la noche de sus curureras y en la tarde, algunas veces, de una a otra cueva debajo de los montículos de los matojos de coirón, huyendo de la lechuza de los pajonales o del peuquito.

Apartando sus ojos de los de la criatura hacia los coironales que se divisaban a la distancia o bien cerrándolos con ese parpadeo de la imaginación que lleva a los meandros internos, Men Nar recorría de nuevo sus pasos entre los rastros del guanaco blanco.

... Se amarró fuertemente la tira de cuero sobado que sostenía la capa de guanaco a sus espaldas. Echó furtivas miradas a los cadáveres carancheados por las aves de rapiña, después de la profanación de los cazadores, en dirección contraria a la que habían tomado al partir los dos primeros al galope y luego al trote de su violador, camino de la sección La Despedida. Corrió por detrás del rojizo mogote en dirección a la costa que llevaba al sur. De pronto, le pareció que el peñón de piedra roja a setenta y cinco metros de altura, bajo aquel cielo lúgubre, era Siáskel.

El mar era otra pampa labrada por la claridad confusa de la noche austral que se acercaba. Las suelas de los mocasines de cuero de guanaco empezaron a desgarrarse. Luego la orilla espumosa por el oleaje empezó a dársele vueltas. Giraba. Ella en el centro. Se desvaneció y cayó de bruces, rodando... hasta que despertó al pie de la parva con la presencia de la mujer del Pelado.

- ¡Koliote hacer mucho bum bum...! Morir todos... hombres, mujeres, niñitos -repetía la cantilena cada vez

que alguien inquiría. Luego se encerraba en un mutismo pétreo.

Ocurrió cuando Krén y Krá eran poderosos "jon"' y formaban parte de los "hohuen" de la época antigua. Krén había heredado el poder de su padre Kranac-Hátaij, que se transformó el día de su muerte en "el sol antiguo". Iluminó al mundo durante un tiempo demasiado largo. Era Krén un gran cazador de guanacos, bien formado, ágil, rápido como ninguno. Aventajaba a todos por su enorme resistencia a las fatigas durante largas marchas. Capaz de saltar sin demostrar que estaba haciendo un gran esfuerzo, de una ladera a otra, desde una ancha quebrada. Excelente persona, servicial, generoso, solícito, entretenido, siempre dispuesto a acudir en ayuda del débil. Era uno de los pocos que mantenía buenas relaciones con Kuanip, pues no hacía caso de las habladurías que circulaban en torno al extraño origen del que combatió con Siáskel y lo derrotó para siempre. Contrajo matrimonio con Krá, bella, atrayente, en su juventud.

Se volvió dominadora, absorbente, irritable, con el tiempo. Pretendía dominar a Krén y someterlo a sus caprichos. Partía a cazar guanacos por su cuenta, lo que correspondía solamente a los hombres. Se entrometía en otros hogares e intrigaba con las mujeres. Estas fueron desviadas por ella del camino recto señalado por Quenós. El matrimonio de Krén y Krá tuvo una sola hija, Tamtan, que siguió el ejemplo de la madre.

Krén padeció humillaciones pero como era bondadoso hacíase el desentendido; manteníase digno, evitando escenas desagradables. A veces estuvo a punto de estallar, iracundo. Su naturaleza de hombre fuerte y generoso lo hacía dominarse. Todo hombre grande y fuerte no domina a otros, sabe primero dominarse a sí mismo.

Krá un día reunió a las mujeres. Les habló largamente. Les dijo que no debía continuar la libertad en que vivían los hombres. Debía instaurarse un gobierno en que el mando correspondiera a las mujeres. Mantuvieron sus prédicas en absoluto secreto. Krá sabía que tal nuevo orden significaba cambiar el establecido por Quenós. Krá calculaba que su poder de "jon" femenino lograría convencer a todas las mujeres para su secreta causa. Así ocurrió. Tiempo más tarde, las mujeres se alejaron de sus

hogares en medio de las sombras de la noche para reunirse en un claro de las selvas donde levantaron un "jaind", gran toldo, con siete estacas y espacio para todas. Al despertar, los hombres se encontraron abandonados por sus mujeres. Su aflicción fue inmensa. Un hombre sin mujer no es nada, desaparece, porque es ella la que pare a los hombres. Se dieron cuenta de que las amaban inconmensurablemente. Algunos lloraron porque creyeron que les había ocurrido alguna desgracia. ¡Qué felices estaban con ellas y ahora no eran casi nada, nada...! Sólo hombres. Además se vieron apurados para poder atender la caza, el hogar, los niños, la crianza de los visnes, traer agua en baldes de cuero. Todo esto de una vez no podían hacerlo. Cada cual corría hacia su vecino, pero éste estaba tan atareado en los mismos problemas. Preguntábanse si alguno sabía algo de su mujer. La desesperación llegó al tormento. ¿Cómo podría existir un Onaisin solamente con hombres? Cuando se enteraron que la desaparición había acontecido en todos los hogares sospecharon de algo extraño. Decidieron organizarse y realizar en conjunto la busca de las desaparecidas. Llegaron así al claro selvático donde las mujeres habían levantado el gran "jaind" con sus cueros de guanaco bien cosidos con sus mismos tendones. Escucharon voces en su interior. Sorprendidos vieron salir del gran "jaind" espíritus fantasmagóricos de todas figuras, espantosas unas. Todas se presentaban desnudas, pintadas con rayas y círculos de diferentes colores. Llegaban a marear con sus extravagancias. En vez de rostros, grandes capirotes y máscaras que producían terror. Se destacaba uno muy alto con una máscara y un capuchón muy largo, puntiagudo, sobre la cabeza. Sobresalía por cierta espantable belleza. Finas plumas de aves de toda clase cubrían su cuerpo desnudo. Cantó como un "jon" poderoso, con una voz semejante al agua cuando gorgorea debajo de la tierra al salir por una piedra. Más que voz humana parecían quejidos de la naturaleza: "Soy la vertiente seca de Hohopen, Hohopen, la Montaña Roja... No puedo parir más hombres sino mujeres, sólo mujeres... Hohopen, Hohopen, soy la vertiente seca que parió a Kuanip, ja, ja, ja,... ja, ja, ja..." El canto gutural que venía de las profundidades terrestres se quebró en el aire con un graznido terrible como el de los cuervos de mar al roncar en los árboles churreteándolos para que no

florezcan y se queden de raíz a copa.

Por fin uno de los espíritus explicó a los hombres que en el "jaind" vivía Halpen, una mujer de cuerpo informe, tan grande como una ballena, que habitaba bajo la tierra alimentándose de carne humana, devorando a todos los que se le acercaran. Era sensual cual una fiera para hacer el amor. No se saciaba nunca. Agotaba la virilidad de todos los hombres que aprehendía y luego los devoraba. Eran constantes las cópulas y muertes de esa mujer como ballena azul, inermes, exhaustos, quedaban los que tenían relaciones con ella. Para saciar su hambre después de hacer el amor, la única manera de aplacarla era entregarle grandes cantidades de carne de guanaco. Sólo entonces dejaba de perseguir a los hombres. Mientras hablaba así aquel espíritu, se oyó en el "jaind" un espantoso ruido. La tierra empezó a temblar. Un fuego sulfuroso, hediondo, empezó a lanzar chispas fuera del gran toldo afirmado con siete troncos. Los hombres pensaron que Halpen había salido de su enorme morada subterránea para calmar sus apetitos. Era la fuerza demoníaca incontrolable, un eje de herejías subterráneas, como Siáskel lo era en la intemperie. Se les acercó entonces un espíritu masculino, Schoorte quien les dijo que era el marido de Halpen. La única manera de escapar de ser devorado por ella era obedecer ciegamente no sólo a su mujer, sino que a todas las mujeres. Aterrorizados se lo prometieron al marido de Halpen. Desde entonces comenzaron a cocinar, a cuidar de los niños, realizando todos los quehaceres domésticos. Parecían "visnes" domesticados por las mujeres que los amamantaban cuando se les morían sus hijos recién nacidos. Entonces ellas salieron a cazar, a cazar guanacos, se ejercitaron en el uso del arco y de la flecha, vivían y se divertían a costa del trabajo de los hombres. Fabricaron puntas de flechas parecidas a joyas de sus collares. En habilidad, engaño y astucia, las cazadoras habían superado la fuerza de los cazadores. El temor de los hombres ante lo que habían presenciado con sus propios ojos fue tan grande que se sometieron, resignados. Pero había dos entre ellos que no se convencieron de la realidad de cuanto habían visto. Lo que se oye se olvida, lo que se ve se recuerda, lo que uno sabe realmente se hace, díjoles Kuánip. Krén guardó silencio meditativo. Ambos empezaron a reunirse secretamente para reflexionar sobre el significado de lo

sucedido. A pesar de sus poderes de "jon", no fueron capaces de comprender cuanto había pasado. No lo sabían. Aquellas mujeres superaban a los hombres peligrosamente.

Al año siguiente, las mujeres volvieron a comunicarles la aparición de la mujer ballena, dirigiéndose al "jaind" para aplacar sus iras. Kuanip le dijo entonces a Krén que salieran a cazar guanacos separándose de los demás hombres sometidos. El tercer hombre vacilante y ambiguo, quedóse dándose vueltas sobre sí mismo sin saber ni oír ni querer ver. Kuanip quería comprender mejor desde lejos lo que podía ocurrir en ese nuevo colegio, "jaind".

Un día Krén regresaba a casa cansado con el peso de un enorme guanaco que se había echado sobre los hombros. Se acostó debajo de un arbusto de zarzaparrilla para descansar. Se quedó dormido. No duró mucho su sueño: despertó con voces de alegres muchachas que se bañaban en las aguas cristalinas de una laguna al pie de una vertiente del bosque. La laguna quedaba al frente y cerca de las zarzaparrillas cubiertas de follaje y de frutos rojizos. Krén ocultó su guanaco y su cuerpo en la sinuosidad del terreno. Desde allí empezó a observar y escuchar el parloteo de dos alegres muchachas por entre el pasto coirón cuyos altos penachos lo protegían. Las niñas salieron desnudas de la laguna, sentándose sobre el césped. Eran bellísimas. En sus cuerpos juveniles jugaban el sol y el follaje. Luego se hablaron en voz baja, atisbando a su alrededor. Una se levantó, la más hermosa, y empezó a pintarse el cuerpo con ayuda de su compañera de menor edad, que le palmoteaba el rostro, el cuello, la espalda con la pintura. De la cintura para arriba, quedó totalmente roja; pero los antebrazos, las manos, las piernas y los pies, blancos confinas franjas rojas. Una línea blanca bajaba desde el cuello por entre los senos hasta el pequeño pubis. Sombra en blanco. Un color rojo oscurecido en los hombros, en las rodillas. La pintura estaba mezclada con gordura de guanaco. Sobre esa grasa reluciente, la otra muchacha comenzó a colocarle plumas de pato tornasolado sobre las líneas blancas. Verdes plumas de loro con pintas rojas sobre las rayas rojas. Resplandecían los visajes de los hombros, de los pechos y de los brazos. Era un joven ser de plumas aquel fantástico y hermoso cuerpo de muchacha. Finalmente, una máscara alargó su bello rostro oculto. Terminada la preparación del extraño

atavío, la esbelta y graciosa joven dio algunos pasos torpes primero, con gestos y ademanes de niño de tiernos años. Luego bailó, se dio vueltas de manera que parecía pájaros del sol en la lluvia, choroyes y lorecillos en remolinos verdes y rojos, irisaciones de mujer y aves volanderas.

¿Qué significaba todo eso? Krén se enteró de que la muchacha preparaba el papel de Quetérnen, que había visto en el "jaind" del año anterior. Quetérnen fue presentado a los hombres como el hijo de Halpen y Schoorte. Quetérnen nació, glorioso, mientras las mujeres se encontraban reunidas. Su madre se enojó por ese motivo, devorando a todo ser humano que se le acercara. Las dos muchachas se encargaron de aclarar las dudas del engaño, porque con su parloteo se burlaban de los hombres ignorantes que tomaban en serio a los espíritus que sus propias mujeres representaban disfrazándose. Aquellos espíritus los habían inventado con artificios ellas mismas, con el propósito de embaucar a los hombres y someterlos a su dominio. Las dudas desaparecieron en Krén y no se hizo esperar su reacción. Se levantó lentamente del pasto e increpó a las muchachas con energía por la perfidia de sus actos. Las dos niñas contemplaron admiradas la figura del cazador, su carcaj con las flechas y el arco destacado nítido contra el ciclo azul. Ante las severas palabras, se apoderó de ellas un miedo terrible. Clamaron diciendo que no tenían más de doce y trece años y que las mayores las mandaban hacer eso, dirigidas por Krá. El juego del engaño quedó al descubierto. A los pies de Krén comenzaron a recogerse sobre sí mismas temblando, perdiendo sus figuras humanas hasta transformarse en dos "cooclol" de siluetas de color de paloma, el chorlo. Pequeñas aves de las lagunas y los arroyos que tiemblan tímidamente al acercarse un ser humano o escuchar la voz de un hombre desde que las reprendió Krén. Éste reveló el secreto a Kuanip. Deliberaron y llegaron a la conclusión de que debían dar un castigo ejemplar a tanto engaño para que no se volviera a perturbar el orden establecido por Quenós. Kuanip fue partidario de una acción violenta y enérgica para cortar de raíz el maleficio. Krén, de naturaleza siempre bondadosa, se resistió un tiempo a una tan rigurosa acción. Destacaron emisarios para que, escondidos en el bosque, fueran descubriendo las

maniobras engañosas de las mujeres. Ellos constataron que las maniobras eran dirigidas por Krá, la propia mujer de Krén. Esto irritó al tranquilo Krén. Su indignación llegó al colmo cuando las mujeres, en el segundo "klóketen", fingieron haber sido devoradas todas por la mujer-ballena, desapareciendo varios días del "jaind" para que regresaren pequeños grupos desde la selva. Iluminando sus abandonadas chozas dijeron que el buen Olín las había resucitado como resucitaba Quenós a los hombres. Olín era otro espíritu inventado por ellas mismas. Krén se encolerizó hasta el extremo de aceptar la proposición de Kuanip. Había que condenarlas con la pena de muerte para terminar de una vez con el dominio de las mujeres y sus engaños. Puesta la verdad al juicio de los demás, todos juraron proceder conforme a lo propuesto por Kuanip. Para no exponerse a un inconveniente, destacaron a Set cerca del "jaind", quien debía comunicarles con un silbido el momento oportuno para el asalto al gran toldo de las siete estacas. Preparada la acción, se acercaron de a poco rodeando el "jaind" para que no pudiera escapar ninguna mujer. Con estupor observaron el cercado de hombres que se estrechaba sobre el "jaind". Un pánico creció dentro de ellas y del encierro misterioso. Krá se mantuvo serena diciéndoles que no perdieran el ánimo, porque su poder de "jon" era suficiente para imponerse sobre los hombres. Salió del "jaind" disfrazada de Schoorte, amenazándolos con la crueldad de Halpen quien estaba furiosa, dispuesta a devorarlos a todos, hombres y mujeres, si no se sometían a su voluntad. La catástrofe se cernía sobre el Onaisin si los hombres no guardaban debida distancia del "jaind". Adentro se oían graznidos de cuervos de mar. Todo fue en vano, los hombres continuaron avanzando. Set silbó dando la señal del ataque. Se precipitaron los hombres armados de grandes piedras y troncos de árboles. Krén avanzó con un enorme tizón en sus brazos, cuyas llamas llenaron el espacio de humaredas. Nubes negras de humo ascendieron cual hongos venenosos del Onaisin. Se trabó la batalla campal entre ambos bandos. Las mujeres no sabían cómo habían descubierto su secreto. Echaron mano de cuanto objeto contundente estaba a su alcance, incluso de los grandes pilares de piedra que sostenían los siete palos del "jaind".

Luchaban disfrazadas de espíritus. Se entrelazaban

los cuerpos vigorosos de atléticos hombres con el de las mujeres convertidas en espíritus danzantes. Nunca nadie conoció algo semejante. Se intercambiaba la fortaleza física de unos con la debilidad hecha arte de lucha en otras. En el tumulto de la verdad contra el engaño y las mentiras traidoras, no se sabía quién era quién, y a veces los hombres parecían mujeres y a la inversa. Sus cuerpos se trenzaban y revolcaban en el césped. En medio de la lucha se perdió una máscara. Krén reconoció a Krá, su mujer, que encabezaba el combate. Se precipitó sobre ella dándole tizonazos. Al comienzo Krá resistió; pero luego vio que su marido era inmensamente superior en fuerza. Emprendió la fuga perseguida a tizonazos por Krén. Cada vez que le alcanzaba con un golpe de tizón, la tierra y el cielo temblaban en forma espantosa. Las estrellas empezaron a tremolar. Krá implora demencia. Krén furioso la castiga más. Krá huye al cielo. La tarde cae sobre el campo de batalla. La noche se acerca. El cuervo de mar sale graznando. El cormorán lanza un canto de triunfo que se confunde con el silbido de Set. Krén se eleva también persiguiendo a su mujer. Ambos quedan en las alturas donde a Krá sólo le resta un borde de la uña del pie o de la mano con que enseñaba la danza del engaño. Krén la sigue hasta el día de hoy. Krá desaparece totalmente algunos días. Luego muestra el borde luminoso de una mejilla hasta que su cara aparece completa. Si se observan sus mejillas con cuidado, se puede reconocer sin mayor esfuerzo todo lo ocurrido. Krén sigue siendo tan claro, brillante, luminoso, como cuando vivía en el Onaisin. El comportamiento de Krá, en cambio, es distinto. A veces se vuelve roja, exteriorizando la rabia que aún la domina cuando piensa en la supremacía de los hombres sobre las mujeres. Las manchas que se ven en su rostro provienen de los tizonazos que le propinó Krén. Pareciera que continuaran amándose y odiándose como cuando Krén perdió la paciencia en el Onaisin y Krá hizo perder la inocencia a las niñas de doce y trece años, que fueron las únicas que los hombres respetaron, salvándolas de la masacre. Si se le acerca su marido, se presenta flaca, débil, pierde volumen cual si implorara clemencia. Mas no hay que fiarse de ella, porque a medida que su marido se vuelve a alejar, comienza a crecer de nuevo, se hincha de vanidad, con la soberbia que tuvo en el Onaisin. Nunca terminan sus riñas, aunque lejanas entre la luz y la

sombra, la sombra y la luz que aparecen y se van de la mañana a la tarde y las noches. Sombra de sangre. Sangre de sombra. Muy peligrosa es si desaparece totalmente, lo que consigue tiñéndose con carbón. Lo hace con el propósito de volver a enamorar y engañar. Si ocurre eso, hay que consultar a los "jon" y pedirles que envíen a sus "huaiyuhuen".

El "huaiyuhuen" no se dirige, no tiene nada que ver con "el que vive más allá de las estrellas", según el "klóketen" restablecido por los hombres, tal cual ordenó Quenós, cuando Timaukel mandó poblar el Onaisin con los dos puñados de barro que él tomó con sus manos en la orilla del Kahincuen, el lago largo.

Esther insistió en bautizar a la niña en la misión que los salesianos habían instalado a medio camino entre Río Grande y el Río Chico. Las mujeres asiladas ya le habían puesto por su cuenta la "Mabel del Cabo". ¿De dónde había salido ese nombre? Se le había ocurrido a la Aída Panconini de la Cinchón Tres Vueltas, una flaca alta y rubia, en recuerdo de su hermosa pequeña que había fallecido de tuberculosis en la ciudad de Punta Arenas.

La misión de La Candelaria era una capilla con su torre cuadrada sobre la cual se destacaba al aire libre el campanil de cuatro postes y un yugo del que colgaba la campana que a veces hacía sonar el viento a pesar de su badajo amarrado a una viga. A su alrededor, galpones con los indios refugiados. El padre Zenone, de la orden salesiana, era llamado por los onas "Ko-kosch", que quería decir "cara cara", debido a que era calvo hasta la nuca. El sacerdote, un hombre de mediana edad, sonreía a su sobrenombre, porque comprendía que los indios nombraban a sus seres queridos por algún rasgo característico. Ellos no eran calvos. A la pequeña aldea en torno de la iglesia la llamaban "Keren-kam Kokosch", "la aldea de cara cara". La población la constituían dos o tres sacerdotes de paso a sus misiones evangelizadoras, algunas monjas, "Hijas de María Auxiliadora" que cuidaban de las indias ancianas, y onas refugiados, que a menudo volvían a sus errancias por los montes altos de la región occidental, donde se encontraban más seguros que en las praderas y páramos de la parte oriental. Los guanacos, zorros colorados, curaros, roedores de piel negra azulada, que cavaban sus cururreras entre las raíces de las matas de pasto coirón, de las cuales se alimentaban, cada cual huyendo de sus propios cazadores.

Zenone había reemplazado al padre Giaccomuzzi, trasladado a la iglesia de Ushuaia, extremo sur de la isla donde estaba la cárcel- presidio de Argentina.

En la ribera sur del gran río funcionaba el frigorífico para la exportación de capones y corderos congelados a Inglaterra. Un puente colgante daba paso a los arreos de las estancias.

Río Grande fue adquiriendo categoría no sólo de puerto sino de pueblo. Mister Scott, el embarcador de las

estancias, se instaló en un hermoso "bungalow" en la cercanía de la barraca de cueros y lanas, donde conservaban los fardos de ambos productos para su exportación. Tal el campanario de La Candelaria que se destacaba en plena pampa, en Río Grande, la gran barraca con sus lumbreras de vidrio en la cumbre de techo de zinc acanalado para secar pieles, semejaba una catedral de la religión del "oro blando" del "guanaco blanco".

Misioneros anglicanos, católicos romanos, intervenían en la salvación de aquellas almas, tanto autóctonas, como de los colonizadores que levantaban una bandera u otra, según las conveniencias de sus países limítrofes y de sus metrópolis europeas. La fraternidad local y el cosmopolitismo internacional entrecruzaban sangres y banderas.

El padre Giaccomuzzi había nacido en una región incorporada a Italia después de la Primera Guerra Europea. Era un hombre flaco, bajito, de voz melancólica, que no parecía estar muy contento con su traslado, en contraste con la alegre sonrisa del padre Zenone. Buscaba la soledad y la pobreza en su capilla. Por eso los indios lo llamaban Ompen, que significaba "hombre parco". Sin embargo, su aflicción parecía sobrevenir de lo que había visto hacer con los indios en las praderas que llevan a cabo Domingo, y en Ushuaia por " el puente de los suspiros", donde en las noches se escuchaban los quejidos de las indias violadas.

En ese hombre parco, de solitario corazón evangelizador, se anidaba una profunda piedad por el indígena y su fe en Dios no lograba atenuar los rastros criminales del hombre europeo a su paso por la Tierra del Fuego.

Siempre buscaba, al azar, alguna parábola reconfortante de su Biblia y, como los parámetros de un navegante, bajo su amparo, solfa repetirlo de San Juan: "En verdad les digo, el que no entra por la puerta del corral de las ovejas, sino que se mete por otro lado, es ladrón y bandido. Pero el que entra por la puerta es el pastor que cuida las ovejas. Las ovejas reconocen su voz. Llama por sus nombres a sus ovejas y las saca del corral. Y después de sacar todas sus ovejas, va caminando delante de ellas y las ovejas le siguen, porque reconocen su voz. Pero no siguen a un desconocido, por el contrario, huyen de él,

porque no conocen la voz de los desconocidos...".

Los pastos que alimentaban al guanaco indígena -pensaba Giaccomuzzi-, ocupados a sangre y fuego por los desconocidos dueños de aquel otro "guanaco blanco": "El buen pastor da su vida por las ovejas...", los estancieros quitaban la vida a los onas por las suyas... "pero el que trabaja solamente por la paga, cuando ve venir al lobo deja las ovejas y huye porque no es el pastor y porque las ovejas no son suyas".

"Homo homini lupus... "El hombre es un lobo para el hombre... Palabras de Plauto para indicar que el hombre causa a veces más daño a sus semejantes que las mismas fieras. "El peor animal para el hombre, es el hombre mismo", pensaban los ovejeros que llevaban sus arreos al frigorífico, llamando "judas" al capón amaestrado como señuelo que salía a encontrar al rebaño en los corrales para que lo siguieran por los bretes de encierro que conducían al matadero. Era el único carnero castrado, que permanecía gordo, blanco, de vivos ojos, por la paga de su vida conservada año tras año.

Así como en la mentalidad primitiva de Men Nar se guardaban tanto Timaukel, Quenós, Siáskel y Kuanip, con el desamparo y exterminio de su pueblo, de su tribu, en la evolucionada mente de "Ompen" se sacudían jirones del desgarramiento europeo con las guerras del imperio austro-húngaro. Lo mismo que ocurrió con los de la Compañía de Jesús en el siglo XVI, con la orden de los Salesianos en el siglo XIX, fundada por Juan Bosco, ayudado por el ministro liberal Cavour, el sacerdote Giaccomuzzi se amparaba en su fe, mas a veces flaqueaba ante la cruda realidad de los hombres. La obra evangelizadora se extendía ya en aquella época hasta los confines de la India, China, Australia, Congo Belga, Magallanes, Tierra del Fuego e Isla Dawson. Aumentaba de año en año porque su acción salvadora del indígena respondía con más abnegación a la necesidad de detener las fechorías cometidas por los colonizadores contra su propia especie.

En Río Grande, ya se habían instalado una Comisaría con sus gendarmes, una escuela pública de enseñanza primaria y un inspector de bosque que era esposo de la directora. Por qué el frigorífico instalado en los linderos de la estancia Primera Argentina pertenecía a una Compañía Anglo-Chilena y no a una Anglo- Argentina, era cuestión

de nombres transnacionales. Los accionistas de las sociedades ganaderas eran los mismos en Chile y en Argentina. Desde el minero rumano Julio Popper hasta el poblador austríaco de fiordos e islotes del canal Beagle, levantaban las banderas argentinas o chilenas, cada vez que pasaban barcos de esas nacionalidades para vender sus lanas, cueros y corderos. En última Esperanza, un colono alemán guardaba como reliquias sus tres banderas.

Por todas estas singularidades la mentalidad "primitiva" y el "pensamiento lógico" del padre "Cara Cara" se encontraron en aprietos cuando le pusieron junto a la pila de agua bendita a la criatura de ojos color de tierra y pasto fueguinos, cual si el propio coirón hubiera brotado para recibir el bautismo.

-¿Quién es la madre?

- Soy la madrina... -replicó Esther al sacerdote.

- ¿El padrino?

- Yo, Arturo Stewart -respondió el capataz de Carmen Sylva.

- ¿El padre?

- Yo, George Sterling -contestó el capataz de La Despedida.

- ¿Dónde está la madre?

- Quedó cuidando la casa -replicó el Pelado.

- Bien. . . -musitó el sacerdote-: ¿Qué nombre y apellido?

- Georgina Mabel Sterling...

- Ese Mabel no me suena a Santoral...

-No es muy santo; pero se lo puso el pueblo de Río Grande –acotó Arturo Stewart.

Unos de a caballo y otros de a pie, emprendieron el regreso de la Misión al puerto. El padre adoptivo de Georgina sacó de las alforjas de su montura una botella de "Caballo Blanco" para los acompañantes del bautizo, y otra de "Black and White" para el regalo del padrino. Ambos whiskies costaban en aquel tiempo cuatro y tres pesos cincuenta argentinos la botella de tres cuartos. Lo

mismo que un cuchillo matancero y descuerador marca "Eskiltuna", con vaina y chaira afiladora. Stewart ganaba ciento veinte pesos como capataz de la sección Carmen Sylva y Sterling ciento cincuenta en La Despedida más casa y buena comida, por lo que sus sueldos se acumulaban en la contaduría.

En la cercanía del pueblo, ya el "Caballo Blanco" estaba haciendo sus efectos sobre la yegua alazana del malvinero oriundo de la isla Keppell, donde su padre era misionero. Famosa era la "Molly", porque cada vez que Sterling se sobrepasaba en el whisky solía entrar en el salón de la Vieja Encaña montado en su yegua y pedía una ponchera para toda la concurrencia. Primero, probaban los belfos de "Molly", luego, convidaba a los invitados. Si los ratones empezaban a correr en el entretecho, el invitante sacaba su colt de caño largo, calibre veintidós, y disparaba unos tiros para diversión de los concurrentes y el recuerdo de sus rastros por los agujerillos de ojos de ratón.

Esta vez se oyeron los lejanos repiques del campanario de la misión de La Candelaria, traídos por el viento que extrañamente soplaba desde donde se alzaba el mogote rojizo de cabo Domingo. No eran los pasos nocturnos de Timaukel sobre los coironales, sino los del viento que azotaba el campanil lejano.

Oscurecía cuando padre y padrino de Georgina Sterling, cargando este último a su ahijada en brazos, entraron por la huella que llevaba a los quilombos. La vieja polaca que llamaban Cinchón Tres Vueltas los ovejeros, por la correa con que se cincha el cojinillo con sobrepuesto de cuero de carpincho en la montura de bastos, fue la primera en salir con su prominencia maternal al encuentro de la hija de su parroquiano. Luego la pasearon frente a las "chilenas" de la Vieja Encaña, y así, los pueblos de una y otra banda de los Andes, se unían en la fiesta de la consagración de una nueva vida. Stewart, siempre más responsable que su colega malvinero, fue a dejar a Georgina en brazos de la solitaria Men Nar, quien la recibió con la misma letanía con que respondía a los curiosos de la cantina del Pelado: No intendi..., no intendi..., koliote hacer mucho bum bum.

Gemntana significaba "dormilona", un pájaro que por lo general permanece dormitando en su nido; Anikin, "pájaro campana", la bandurria común, cuyo tañido de campana trizada se deja oír desde la alta draga abandonada por la estafa de unos buscadores de oro en río Rusphen, hasta los pastizales que bordean el río Chico en su desembocadura al pie de cabo Domingo.

-Me tintinea desde las espuelas hasta la cabeza este Anikin... - dijo Sterling, mientras ambos capataces iban al tranco de sus cabalgaduras después de la celebración del bautizo de Georgina.

-Es el "Blanco contra el Negro" que te golpea en la mollera - replicó Stewart, refiriéndose al whisky más abundante en Río Grande, donde un holandés, Van Acken, lo traía en barrilitos de galón, más barato que el embotellado, pero más grueso y fuerte.

-¿Quién habrá inventado este trago?

-El que olió los primeros pastos -comentó Stewart, y agregó-: se lo escuché al reverendo Sterling...

-¡El flamante abuelo de Georgina Sterling...! Suena bien, suenan bien Esterlina y Georgina...

-¡O Esther Lina...!

-No te rías del linaje de mi hija... Lleva desde ahora mi nombre y mi apellido:

-Y la Mabel del Cabo...

-Es un linaje más noble que el de un nieto de cazador de indios.

-¡Cuidado, "Príncipe de Gales"...! -replicó Stewart amenazante, tomando el rebenque por la lonja y dándole vuelta a la cacha, tal hacen los chulengueros desde el caballo para dar el rebencazo en la trompa de un guanaco.

No se les había pasado del todo la borrachera del bautizo seguida con vino y corderos asados al palo en el patio de la casa del Pelado y terminada donde la Cinchón Tres Vueltas.

-¿Por qué te enojas, Arturo?

-Por lo que dijiste: "Descendiente de cazador de indios".

-Ambos jugamos con las palabras; me gusta decir "hijo de estancieros y descendiente de cazadores de indios", porque así se dicen en la intimidad como si fueran títulos nobiliarios.

-¿No sabías entonces que mi abuelo es... ?

-¿Qué?

-Mi segundo apellido es Islet, cambiado por mi abuelo Islop, al venirse de Montevideo a las Malvinas

-No lo sabía, perdóname. . . Son tantas las historias que se cuentan entre marineros allá en nuestras islas. .. ¿Recuerdas el verso del capitán Ones?

-¿Ones u onas?

-En serio, hombre, su apellido Ones era de un auténtico yanqui norteamericano.

-Venga el verso

-"El alba del triste no tiene otro abrigo que el trago. / Los amigos se juntan en la taberna, y disputan, pelean, se disparan balazos./ Las balas los atraviesan, pero no los hieren".

-¡Así debieran ser las balas del capitán Ones para los onas!

-Hagamos las paces, Arthur porque si hubiera sabido eso, jamás te lo habría dicho. Tú sabes lo que somos desde la infancia, tú como, un hermano ayudándole a decir misa a mi padre en lugar mío... porque no soportaba ser monaguillo.

-El Capitán Ones, ahora recuerdo era un ballenero que cazaba en la Antártida. Anikin... Anikin... ¡qué milagro!... fue una conversación que escuché a bordo de la *Fair Rosamonde*, entre el reverendo Sterling y Gunnar Andersson, el sabio que acompañaba a Nordenskjöld en su *Viaje al Polo Sur*,

-Me acuerdo de Gunnar Andersson. Lo tuvimos en casa. Hablaba con mi padre de un viaje que hizo desde la estancia de los hermanos Bridges, en Puerto Harberton, del Canal Beagle, hasta el lago Fagnano. Dos o tres onas que trabajaban con los Bridges lo acompañaron en el viaje. Uno de ellos era Anikin; por eso me tintineaba su nombre. Este Andersson parece que fuera el mismo que dio el dato a un mandarín que gobernaba en China y que lo mandó llamar como geólogo. No estoy seguro de que sea el mismo, pero a lo mejor es un "Artic Tern", la golondrina de mar que vuela del Polo Norte al Polo Sur, y a la inversa... El sabio sueco voló a la Cueva de Chow Kou-tien...

-Fue el primero que olfateó lo que había debajo de una mina de cal, atravesando el Puente Marco Polo, cerca de Pekín.

-¿Cómo sabes tanto?

-¡Bah...! siempre que me iba desde mi rancho de ovejero hasta la isla Keppell para ayudar a tu reverendo padre, me quedaba a dormir en las noches de los sábados en su escritorio. Encendía a medianoche su lámpara a kerosene y me ponía a leer revistas que le llegaban de Europa. Allí encontré a Gunnar Andersson que como geólogo vio que los chinos cavaban sacando cal de las minas. "¡Aquí hay algo más que cal!", exclamó dando el primer dato para los futuros hallazgos. El "sinantropus pekinensis" fue devorado por el "pitecantropus erectus", porque a éste le gustaban sus sesos, que eran más inteligentes...

-No seas "sobrador"...

-¡De sabio, poeta y loco, todos tenemos un poco!

Los capataces se acomodaron en sus monturas charlando con ese tranco de los caballos que sospechan que sus amos son tan amigos como ellos en los largos viajes.

La media luna en creciente empezaba a ascender sobre los coironales cuando el sol parpadeaba aún entre las nubosidades del ocaso. Con el juego de las sombras y las luces, el parloteo de sus amos parecía enlazarse al paso cansino de los animales. Una vez más, se repetía sobre el cosmos del Onaisin el drama humano y divino de Krén y Krá. Algunos cuervos de mar pasaron graznando hacia sus nidales en los cantiles de cabo Domingo

-Voy a hacerte una confesión.

-¿De qué?

-No quise ayudar a decir misa en la misión de la isla Keppell, porque nunca he podido creer en Dios. Esa despiadada turba de las Malvinas me enseñó que lo que el hombre busca es comer, el taca taca y dinero para seguir comiendo más y mejor... Si mañana caigo en una rodada, por lo menos he dejado mi apellido a una mujer. Por eso me hice padre de Georgina sin haber tocado a Men Nar, aunque la mujer del Pelado no me lo creyera.

- ¿Y por qué no te creyó?

- Esa noche me había quedado hasta la madrugada con la bella Elena, donde la Vieja Encaña. Elena es el mejor cuero de guanaca blanca que hay por estos lados .

- ¿Y con el gusto de la guanaca?

-No seas grosero... No me gustan las suciedades, Elena habría sido "Mis Universo" si ese cafiche de Fernández, el rompehuelgas, no la hubiera llevado para los presidiarios de Ushuaia...

-Dicen que fue ella la que sirvió de espía para la fuga del famoso Radowisky...

-Conozco a Simón Radowisky tanto como la historia de Anikin y Gunnar Andersson. La tengo en un folleto en La Despedida... Si quieres, pasemos un rato a mi sección antes que tomes el vado de los cisnes de río Chico. Pero déjame contarte por qué la Esther sospechó que yo pudiera ser el padre de Georgina.

-Lo aseguran en Río Grande y por eso lo de la "Mabel del Cabo".

-¿Crees que participé en esa matanza de indios?

-Te devuelvo la mano, "estanciero y descendiente de guanacos blancos".

-Palabra que no, Arthur.

-Palabras que traen palabras, y que a veces terminan en sospechas y hechos.

-Volvía del quilombo al amanecer y me encontré con Men Nar encendiendo el fuego en la cocina del Pelado. Le pedí que me asara unos pejerreyes tan grandes que parecían robalos. Me los puso sobre las brasas que sacara en una lata del fogón. Alcancé a comer tres pejerreyes. Venía con hambre. El trago se me fue pasando un poco. Men Nar se sentó en la banca del Pelado, detrás de la cocina " Dover", bajo el caño. Yo me senté a su lado y le agarré una pierna. Me rechazó levantándose y gritando: "¡Koliote bandido... hacer mucho bum bum... matar todos, hombres y mujeres, niñitos". En esos mismos instantes apareció Esther, que estaba como un "pejerrey al aguaite" en el pasadizo.

"Déjeme tranquila a la india" . . . me dijo-: no confunda mi casa con un quilombo... ni con cabo Domingo... Lo creía más caballero, no como ese mister Johnson, cuando pasó su tía por la Segunda... " . Eso fue todo. Nunca toqué un pelo a Men Nar; pero para darle una lección a la cartuchona de la mujer del Pelado, le demostré que podría ser su padre sin serlo. No soy el primero que lo hace. El ejemplo lo ha dado Federico Lawrence, que se casó con Nelly Lawrence, quien llevó su apellido hasta la muerte.

Su segunda mujer también era india, y le dio tres hijos. Con la primera no tuvo. ¿Por qué el hijo del reverendo Sterling no podía darse el gusto de tener una hija? ¡No es de mi sangre, por eso soy doblemente su padre!

-Así es, y por eso quise ser su padrino. Ella nos une y si fallas tú, yo me encargaré de Georgina... Pero dime, ¿qué pasó entre tu tía y Johnson?

-Es un hecho verdadero: mi tía, una mujer de edad, se enfermó gravemente mientras el chofer Fernández, el mismo de la bella Elena, la conducía en su auto desde Porvenir a Río Grande. Por temor a que se le muriera en el camino, con un ataque doloroso al estómago, tal vez un cólico de esos que llaman "miserere", la dejó en casa de la estancia a cargo de Johnson, el segundo administrador. Éste, antes de acostarse, fue a visitarla por si necesitaba algo. "Mi tía, conocedora de la mala fama que tenía Johnson, le dijo que tuviera la bondad de retirarse, porque de lo contrario ella iba a armar un escándalo. Dicen que Johnson le contestó a Mrs. Sterling: "Señora, a su edad, usted ya no puede producir escándalos".

-Habría ido a ver si se le había pasado el dolor de estómago .

-El que tenía estómago para todo... era Johnson.

-Para él, "cualquier trapo con hoyo es poncho".

-En la *Fair Rosamonde* vi una vez al capitán Wallis cuidar a una joven yámana que vomitaba las entrañas de mareada. La india lo miraba como a un dios por lo que hacía por ella, hasta que después de limpiarle la boca con un lampazo, le dio un gran beso...

- ¿Y qué pasó con Radowisky?

-Mientras enciendo fuego para cebarnos unos mates, te voy a pasar un folleto -dijo Sterling, rebuscando en un cajón sobre el que había colocado su lámpara de kerosene.

Stewart hojeó, despreocupadamente, un librito con tapas de colores azules y rojos titulado ¡USHUAIA! ¡Tierra maldita! El título enmarcaba un conjunto de barracones de dos pisos y una fotografía de rostro flaco, de hombre joven, con quepi azul sin visera. Abajo, se leía: "Vista del presidio de Ushuaia. Está construido con la misma piedra que se saca de la cantera por los penados. La muralla del fondo es la nieve eterna. Alberto del Sar. Buenos Aires, Julio 10 de 1924. Talleres Gráficos de David Gurfinkel. Montevideo 421. U.T. 2564, Libertad".

El capataz de Carmen Sylva puso sus ojos en el primer párrafo subrayado por alguien:

"El día 1º de mayo, la policía había deshecho a balazos una manifestación de obreros en la plaza Larea, hoy Congreso, lado sur. Fue aquella una masacre espantosa. La Federación Obrera Regional Argentina había organizado esta manifestación como acto de protesta por los caídos de Chicago. Hablaba uno de los oradores cuando sonó un tiro de revólver disparado por un policía. Oyóse un toque de clarín e inmediatamente, sin que hubiera provocación de parte de los trabajadores, éstos fueron atacados a balazos por los agentes del escuadrón que los rodeaba. El desbande fue horrible. El jefe de policía, coronel Ramón Falcón, presenciaba el sangriento suceso desde una de las aceras de la avenida Mayo, al llegar a San José.

Serían las 2.30 de la tarde cuando se produjo la matanza. Minutos después, la Asistencia Pública levantaba de la calzada ocho obreros muertos y ciento cuarenta y seis heridos, todos ellos de bala de revólver. Entre los muertos figuraba un anciano. El sangriento suceso produjo terrible impresión entre los trabajadores. El Escuadrón de Seguridad persiguió sin dar cuartel a los indefensos fugitivos. Subieron con los caballos hasta los jardines de la Plaza de Mayo, de donde se levantaban después muchísimos heridos de bala y sable. La indignación popular fue enorme. La prensa condenó

enérgicamente a la policía. Cayó sobre la persona de su jefe, coronel Falcón, toda la responsabilidad de esa inútil masacre que enlutó a los hogares obreros. Seis meses después se produjo la tragedia del 14 de noviembre que costó la vida al jefe de policía, coronel Ramón Falcón, y a su secretario, Alberto Lartigau.

Simón Radowisky era, en 1909, un muchacho de 18 años. Oriundo de Rusia, había llegado a la Argentina en 1908, con uno de sus hermanos, Gregorio, yendo a Rosario de Santa Fe, donde trabajó en su oficio de mecánico. Al poco tiempo, vino a Buenos Aires, consiguiendo trabajo en el taller de Zamboni, situado en la calle Charcas al 1000. Era un desconocido en los centros de agitación, aun cuando había actuado en las huelgas en Rusia donde, en una revuelta (en 1905), recibió una bala disparada por un cosaco, la que le interesó el pulmón derecho. Después huyó a Alemania, de este país vino a la Argentina. En Rusia se hallaba afiliado a los socialdemócratas. Radowisky, en 1909, no militaba en las filas anarquistas y nadie sabía que, indignado por la masacre del 1° de Mayo, había resuelto vengar a los trabajadores".

-¿Y qué te pareció el anarquista?

-Aquí dice que no era anarquista.

-Todos los rusos lo son... ¿No conoces la Sección Rusfín?

-Es de la estancia Camerón.

-¿Sabes por qué le pusieron ese nombre?

-No.

-Por un ruso anarquista que trabajaba en la draga de la Compañía Francesa de Mantos Auríferos. Estaba en lo alto de la torre de la draga, cuando cayó, y en el aire, antes de dar contra el suelo gritó: "Rus...fin". Es todo lo que alcanzó a decir, entre la vida y la muerte: "Ruso, fin". Dicen que era anarquista, alborotaba a la gente que trabajaba en esas excavaciones auríferas, porque la Compañía, una sociedad organizada por franceses, se demoraba en el pago de salarios. La Compañía resultó ser de unos estafadores que trasladaron arenas auríferas de otra parte al río Rusphen, igual que las piezas de draga que llevaron en carretas tiradas por decenas de bueyes. Allí la armaron. Mostraron que sacaban arenas con oro, como las de Río del Oro que desemboca en el Estrecho de Magallanes por Bahía Felipe. Los accionistas de la Sociedad Anónima cayeron en la trampa. De Punta

Arenas se fugaron a París con la plata. Allí quedó la inmensa grúa-draga como monumento al ruso y una advertencia para los que invierten sus ahorros en arenas y no en ovejas con lana. Conocí a otro ruso en Puerto Stanley; instaló un taller mecánico después de recorrer el mundo, salvándose de una grande por Vladivostok.

-También lo conocí; buen amigo el ruso, tocaba la balalaika y cantaba canciones de su tierra.

-¿Cómo se llamaba? Era conocido entre la gente del puerto...; los marineros lo buscaban para que tocara... Lo veo con su instrumento rascando las cuerdas con una uñeta de concha de tortuga. Había navegado por la Oceanía.

-¡Alex Kotelnikov Romanov!-gritó Stewart, dándose un palmazo en la frente, y agregó-: Me divertí varias veces con él. Era un hombre alto, delgado, moreno, de ojos aceitunados. Después se fue a Punta Arenas, se casó con una chilena y se quedó allí con otro taller mecánico y de recauchaje.

-Así son las cosas; algunos no quieren saber de dónde han venido, y otros a dónde van a ir a parar.

-No sólo hay que tener presencia sino saberse sostener en la parada.

-Sobre todo, si a uno lo paran en seco. Tómate el primer mate amargo, Arthur.

-Thanks, George.

Los malvineros se pasaban la calabaza con yerba paraguaya de una mano a otra.

Stewart, mediano, medio rubio, de ojos grises, acerados, de gruesas manos y cortos brazos musculosos. Sterling, alto, con un parecido superior al de las fotografías del príncipe de Gales, que las asiladas de Río Grande recortaban de las revistas para adornar sus cuartos, famoso entre ellas por su "balanitis" exhibicionista.

-Si quieres, te llevas el folletín. A mí no me interesa la política. Mi padre contaba que en los barcos de la marina inglesa existe un reglamento en que se permite hablar sólo una hora al día de religión y de política. Media hora después del almuerzo y media después de comida. Especialmente en los viajes largos, y de exploración.

-Me lo llevaré.... aunque prefiero los de *Búfalo Bill*. Pero, dime, ¿qué supiste de Andersson y del indio Anikin?

-Que hicieron un viaje juntos desde Puerto Harberton hasta la montaña Hohopen. Andersson levantó el plano de

esa orilla del lago Fagnano. Era un geógrafo y geólogo.

-Te pregunto por qué me tocó conocerlo en un temporal que tuvimos en la *Fair Rosamonde* con el capitán Wallis. Yo era aprendiz de ovejería en el campo de los Mac Intosh. Les pidió que me dejaran acompañarlo en un viaje por las islas, mientras esperaba a su buque explorador Antártico. Después lo trituraron los témpanos en la Antártida. Andersson y sus compañeros se salvaron en botes. Se trasladaban de témpano en témpano. Así se libraron. Con la *Rosamonde* encallamos una noche de temporal al arribar a Puerto Stanley. Nos fuimos contra las piedras. Al otro día, volvió el sueco; era de Estocolmo. Andersson, acompañado del gerente de la *Sheep Farm*, de las Falkland, propietaria de la goleta, salvó sus ropas y sus apuntes. Todo lo observaba y lo fotografiaba y lo dibujaba. Aprendí algo de él; por lo menos a entretenerme con los bichos que encontrábamos a nuestro paso por los turbales, Recuerdo algunos nombres de pájaros todavía.

-¿Cuáles?

-La avutarda colorada o ganso de las Malvinas: *Chloephaga ruhidicipes*, la llamaba.

-Aquí hay también. Sus huevos son mejores que los de caiquén.

-No tienen diferencia con los de gallina. Yo los guardo en Carmen Sylva, en un barril con cal para el invierno.

-Se van al entrar el invierno

-Pero no de las Malvinas.

-O Falkland...

-Yes.

-A los flamencos les cuesta volar cuando las lagunas se hielan de repente. Voy a patinar a veces al vado de los cisnes, en río Chico y al verme, tratan de volar, pero las canillas se les resbalan en el hielo y los alcanzo. Los levanto en alto y los largo. Emprenden el vuelo uno tras otro. Me gusta verlos que se vayan aunque yo no puedo...

-Pásame otro mate, a mí me pasa lo mismo

-Allá va..., allá va..., el flamenco y la golondrina.

-Hacen menos daño que los caiquenes. Éstos acaban con el pasto de un potrero cuando se juntan por millares para volar. ¿Adonde irán? Los flamencos comen lo que encuentran en el fango del río. Vuelan en bandadas con la luna nueva. Los caiquenes, en cambio, en forma de triángulo, con los más viejos en la punta. ¿Adonde irán? -Tal vez al norte de Argentina, a Chile, o al Brasil...

-Al capitán Wallis le he oído decir que en la India hay un lugar que llaman el "paraíso de los flamencos", porque en cierta época del año se juntan allí por millares.

-Un poco exagerado; serán centenares. Wallis siempre cuenta fantasías de la India de invierno. Allí parece que siempre es verano.

-Bueno, así le contaba el capitán Wallis a Gunnar Andersson. Este sonreía por lo bajo y se hacía el sueco. Pero el reverendo Sterling cuenta que fue él quien sospechó que el hombre superior se comía al inferior en las cuevas de Chou Kou-tien, porque le gustaban sus sesos

-Sería más inteligente

-¿Quién?

-El de la cueva superior, porque allí hay dos cuevas

-No, resultó ser más evolucionado el cerebro de la cueva inferior.

-¿Cómo lo supieron? Cerebros de cavernarios... y discusiones de sabihondos.

-Por el hueso del cráneo, la calota que llaman. Allí las vueltas del cerebro habían dejado sus huellas. Eran superiores al más grande y derecho que se comió al más chico. Este se fue volando de rama en rama desde la India a la Cueva de Chou Kou-tien.

-Caín y Abel.

-Ariel y Calibán.

-Más o menos los mismos..

-Por suerte que no nos agarramos en el camino

-Había dado ya la vuelta a mi rebenque como si fuera quijada de caballo.

-Yo tanteaba mi Colt de caño largo con el codo.

-Bueno, ¿nos empinamos otro?

-Esta es una quijada de "Caballo Blanco" que la guardo para matar los gusanos.

Sterling se levantó a buscar la botella de whisky, la destapó y se la pasó a su amigo.

-Para contrarrestar la yerba paraguaya...

-Llévatela, te la regalo.

-¿Junto con Radowisky? -díjole Stewart, echándole el folleto en el bolsillo del chaquetón de cuero forrado con chiporrillo.

-Vas a tener luna para atravesar el vado de los cisnes.

-Voy a rumbear por detrás de las casas de la estancia. No quiero que me vean el jardinero ni el lechero

de la administración. Están siempre loreando desde temprano quién pasa para Río Grande, o viene de vuelta por el Río Chico

-¡Good bye!

-¡Cheerio...!

Arturo Stewart pasó el vado con los pies casi sobre la montura. El "Chico" era un buen alazán cariblanco de mediana alzada; bueno para nadar. Tranco firme en el lecho de pedragullo, y, si era necesario, enderezaba en línea recta, a nado. Por ese mismo lugar pasaba a veces Johnson en un viejo auto *Ford* de bigotes, sin caja de cambios, por sobre el hielo de invierno, a veces haciendo olitas resquebrajadas. Era el único vado del río. El otro, muy distante, estaba en la baja marea de cabo Domingo.

Una vez cruzado el río, que marcaba el límite de La Segunda con La Tercera Argentina, tomó el curso de la ribera norte al trote, cortando el camino por detrás de las casas de la estancia. Desde un lomaje vio aclarar y divisó la aldehuela como una bandada de techos pintados de azarcón rojo, paredes de amarillo crema, con los primeros resplandores de la aurora. Recordó a los flamencos, luego, siguió cortando campos, en diagonal, por las tranqueras de los alambrados. Las ovejas aún estaban sin la postura de los carneros esperando la llegada de abril, cuando se entrega uno por cada treinta hembras. En las lomas cubiertas con mata negra, romerillo y zarzaparrilla, se oían ya las notas musicales de los zorzales orillando los arroyos en los faldeos con esa mansedumbre que caracteriza las primeras estribaciones de Carmen Sylva. A veces anidan en el suelo en medio del pasto alto, igual que las loicas de pecho colorado que salen con sus relámpagos desde el gris plumaje del amanecer fueguino.

Llegado al campo veintitrés, cruzó la tranquera al veinticuatro y ya estaba en su jurisdicción. La estancia de noventa mil ovejas, tres mil caballares y dos mil vacunos estaba dividida en campos numerados de tres a cuatro mil ovejas de pastoreo cada uno. Los potros y las yeguas chúcaras se largaban en las serranías de la cordillera Carmen Sylva. Los demás predios en su mayoría estaban a cargo de los recorredores de campo de la estancia. Una ley tácita existía entre capataces, puesteros recorredores. Cada cual cuidaba lo suyo, lo que le correspondía, y se consideraba soplonaje meterse en las cosas de otro para

orejearle al administrador o al segundo. Así como al capón que se usa para entrar las ovejas al frigorífico lo apodan "judas", al que se mete en el campo ajeno para espiar lo llaman "orejero". El mismo nombre del perro que tiene la mala costumbre de morder las orejas de los corderos, a escondidas de su amo, para arrear el rebaño.

Se levantó una gran flor de calafate desde el lejano Atlántico, Stewart aflojó las riendas al sol naciente para dar tranco descansado al "Chico"- Este hacía paradillas para ramonear el coirón que brotaba entre las pequeñas margaritas fueguinas de rosados matices. Sacó el folleto que le había dado Sterling en La Despedida. Eran nada más que ocho hojas de papel amarillento que llevaba un número 1. Se trataba de un folletín parecido a las novelas por entrega de Búfalo Bill. En la contratapa se leía el contenido del número 2. "La muerte de Alarcón - Ushuaia de lejos - Ushuaia por dentro - Desfile de vecinos y carceleros
- Alarcón murió seco en un calabozo - El Presidio - Régimen - El turco Amado- Este cuaderno aparecerá el día 17 de julio - En venta en todos los quioscos y librerías de la República - Precio 20 cts.".

Mientras fumaba en la tarde en el comedor chico de la Sección Treinta, volvió a tomar el folleto.

Fermín, el cocinero, le servía comida en un cuarto estrecho con ventana al este y una puerta que se podía mantener cerrada o abierta hacia el comedor grande. Un cerro alto y combado, cubierto de matorrales de mata negra daba paso a una huella para arrear ovejas hacia los galpones de encierro y esquila de la estancia. Todo jinete o animal que pudiera atravesar esa cumbre del sureste lograba divisarse desde la ventana del pequeño comedor del capataz de la sección.

A veces ocurren hechos inesperados en el trabajo. Arturo Stewart mantenía esa visión precautoria hacia el comedor de peones y ovejeros con la puerta abierta, desde el incidente con Reyes, un ovejero que de madrugada agarró su rebenque por la lonja, del mismo modo que él lo hizo con Sterling, para darle con la gruesa cacha de madera forrada en cuero crudo en la cabeza. Habían tenido dos días de rodeos intensivos en el campo grande de aquel mismo cerro.

Los rodeos de ovejas se realizan con el capataz al centro y los ovejeros desplazándose en abanico hacia la

periferia. El trabajo más duro es el del ovejero y sus perros que tienen que trotar y galopar cerro arriba y cerro abajo, por el alambrado de seis tiras que limita el campo para cuatro mil ovejas en un área de siete mil hectáreas de pastos, bosquecillos y turbales. Quedan agotados el hombre y sus animales sacando las ovejas de los barrancos y conduciéndolas hacia el centro donde se aglomera el piño.

-¿Reyes, tome el alambre! -ordenó Stewart aquella mañana al distribuir a la gente, cuando partían al corral de tropillas.

-¿Qué te pasa, concha de tu madre? -exclamó Reyes dando vuelta el rebenque y afirmándolo con actitud amenazante sobre el cojinillo de su montura de bastos.

Stewart empalideció, quiso írsele con el caballo encima. Reyes también se puso pálido; era además un gran amansador de chúcaros, de contextura enjuta, alto y huesudo. Capataz y ovejero se midieron con las miradas. Reyes siempre había sido el más callado y respetuoso de los ovejeros. El mejor en los rodeos, por la limpieza con que dejaba la parte del campo que le correspondía. Pero esta vez, un brillo inusitado surgió de sus ojos enrojecidos por los vientos fueguinos. Era un hombre maduro ante la juventud y medianía de Stewart. Este comprendió al instante su inferioridad: otros cinco ovejeros habían detenido sus cabalgaduras en espera del desenlace del extraño conflicto. Jamás habían visto una reacción de un ovejero ante su capataz. ¿Qué le habría pasado a Reyes?

-Quédese en la Sección..., hoy usted no va a rodear ordenó Stewart con voz calmada, mientras apretaba el castañeteo de sus dientes.

Distribuyó a su gente y al decirle a José Barría, el más viejo, que tomara el alambre, éste le explicó:

-A mí me correspondía hoy, porque Reyes lo había agarrado ya dos veces... sin quejarse, porque le gustaba reemplazarme por mi vejez.

El abanico de ovejeros se turna diariamente desde el centro donde está el capataz que dirige el rodeo. Es una baraja de hombres organizados, no al azar.

Al día siguiente partió a las casas de la estancia, para dar cuenta al administrador Bucknell, un experto clasificador de lanas de Bradford que se había quedado hacía años en su palacio a un kilómetro de la estancia la Tercera Argentina, dirigiéndola al estilo laboral inglés.

-Reyes era el mejor campañista y amansador de potros que ha tenido la estancia y por su edad pasó a la ovejería Tiene veinte años de trabajo -le dijo el inglés al malvinero.

-Bien -le contestó Stewart- se va Reyes o me voy yo.

Bucknell quedó unos momentos indeciso. Desde el alero donde solía distribuir los trabajos a través del segundo administrador y los capataces de peones y ovejeros, miró la gran vega que parece otro mar verde que diera la vuelta al mundo desde la orilla atlántica. Parpadeó, recordando los tiempos lejanos en que venía de Inglaterra sólo a mirar los vellones extendidos por los velloneros sobre la mesa de clasificación de lana, por la fineza y rizado de sus hebras... *"Half; three quarter halt... quarter"*... pensó nostálgico.

-Vuelva a Carmen Sylva y dígale a Reyes que se presente para que el contador le dé las cuentas -profirió Bucknell y su cara se blanqueó más de lo que era.

De regreso a la Sección, Stewart ordenó a Fermín, el cocinero, que transmitiera a Reyes lo que había resuelto el administrador. El ovejero agarró los dos caballos particulares de su propiedad, soltó sus tres perros de trabajo de las cadenas que los amarraban a sus perreras. Por la comba del cerro se recortó la silueta del jinete cabestreando al caballo puchero, seguido de los perros como puntitos negros entre sus patas.

Los cúmulos flotantes sobre la cordillera Carmen Sylva semejaban un piño de corderos que el viento alto arreaba lentamente hacia el sureste de la costa.

Al cuarto día, Stewart vio de nuevo aparecer por la huella de la cuesta de bajada a un jinete, su caballo de tiro con los efectos personales y tres perros. Ya en la Huelga Grande, en Chile, y en la revuelta de Santa Cruz, en la Patagonia argentina, donde las autoridades habían comunicado oficialmente la muerte y ejecución de mil quinientos obreros por haberse rebelado contra sus patrones, ya que no les pagaban por la crisis de la lana al término de la primera guerra mundial, se había conseguido en los convenios colectivos que un trabajador en busca de ocupación tenía derecho a tres días de alojamiento y comida en las casas de una estancia o de una sección. Si era un ovejero, el convenio colectivo establecía que también lo tenían dos caballos de su pertenencia y dos perros ovejeros, ya que la calidad y

habilidad de éstos es la mejor recomendación para dar trabajo a un hombre que lo busca.

A la hora de servir las chuletas asadas de capón, la cazuela y los huesillos, Fermín advirtió por lo bajo a Stewart que tuviera cuidado, porque parecía que Reyes volvía con malas intenciones. El cocinero era un buen "orejero".

Aunque sus veinticinco no se comparaban con los cuarenta y cinco años del ovejero, el capataz había sufrido hondamente por su equivocación de haber mandado dos veces al mismo hombre a tomar el alambre en un rodeo. Sin embargo, mantuvo abierta la puerta del comedor chico al grande y durante tres días no se sacó el cuchillo descuerador de la cintura. Reyes partió de nuevo como había llegado, pero hacia el norte, por la ruta que llevaba al boliche del viejo Santiago Vrsalovic, en dirección a las playas del Páramo. No hubo despedida para el ovejero despedido.

Por eso, ahora, desconfiando a su vez de Fermín, un hombre bajo, viejo y gordo, parecido a un capón, se guardó el folleto de la *"¡Tierra Maldita!"*, cuya portada roja, azul y blanca podía atraer los ojos del cocinero sobre el rostro y los rastros del presidiario Radowisky, pues la gorra azul de dos puntas en nada se parecía al sombrero alón de Búfalo Bill, o a la majestuosa figura de "Sitting Bull", "Toro Sentado", jefe de los pieles rojas de Norteamérica. Estos folletines por entrega, *Las veintisiete maneras de amar de un joven paraguayo*, o las revistas de bataclanas *Medianoche*, eran la literatura que corría de mano en mano por la gente de las estancias. A veces, en un comedor chico de capataces y empleados, hombres sin mujeres por uno o dos años, sin vacaciones, que se acumulaban, decidían por votación democrática requisar todas las bataclanas desnudas, tal la revolución de Krén y Krá en el paso del matriarcado al patriarcado, y quemarlas, echándolas a los infiernos de las chimeneas hogareñas sin femineidad. Rito antiguo de algunos pueblos primitivos, donde las viudas se echan a las hogueras para seguir en el otro mundo los rastros del marido. Un hombre sin mujer es como la mitad de un hombre, "puente sin baranda". La otra mitad es sombra y no precisamente de sangre, sino de semillas perdidas.

Arturo Stewart se retiró a su casa, un rancho un poco más grande, con dos piezas de dormitorio, y una pequeña

huerta de coles y zanahorias que Fermín cultivaba con un peón de ayudante, más por entretención que por utilidad. En Carmen Sylva hasta la avena forrajera se cosechaba en verde, con el grano que no lograba madurar, hasta marzo, en que se la siega y conserva inmadura para forraje de los animales más finos.

Arturo Stewart leyó la trágica historia de Radowisky tal como la epopeya de *El último de los mohicanos*, escrita en correcto castellano en los fascículos que se editaban en Barcelona. Así también llegaban a Río Grande, desde Lisboa, las cebollas para el almacén de Raful y Roque.

Pero cual lombriz de tierra que come cada día un equivalente al peso de todo su cuerpo, poco a poco se puso a reflexionar sobre las cosas en que nunca había pensado allá en los turbales de su archipiélago natal. Mientras acompañó a Gunnar Andersson en sus andanzas de sabio, éste le había enseñado que existía un gusano de tierra que permanecía en su cápsula bajo el suelo helado durante el invierno y la cápsula se abría al llegar el deshielo. Lo mismo ocurría con la gramínea del pasto coirón: a través de millares de años había adquirido un metabolismo que le permitía sobrevivir bajo el hielo. Vivía bajo el planchón, aplastada, pero sus raíces se defendían y desarrollaban bajo la tierra helada. El aire, respirar a pulmón lleno, tanto planta y hombre lo necesitaban bajo una lápida de nieve o en un recinto carcelario de piedra y cal como el de Ushuaia.

Ignoraba lo sucedido aquel lejano primero de mayo en Chicago. La causa por la que Simón Radowisky permaneció quince años en los calabozos del presidio de Ushuaia. Retomó la lectura:

"El catorce de noviembre de mil novecientos nueve el coronel Ramón Falcón regresaba del cementerio de la Recoleta de Buenos Aires. Había asistido a los funerales del director de la Penitenciaría Nacional. Antonio Salivé, fallecido el día anterior. Iba en un coche de policía, con el escudo argentino, tirado por dos briosos caballos conducidos por Isidoro Ferrari, su cochero. Lo acompañaba su secretario Alberto Lartigau. Frente al número 445 de la avenida Quintana, desde la multitud que miraba en la acera, arrojaron una bomba que fue a caer dentro del coche, explotando con gran fuerza. La había lanzado desde cuatro metros de distancia Simón Radowisky, confundido entre los espectadores. Eran cinco minutos después del mediodía. La Asistencia Pública llega a los pocos minutos a recoger a los heridos El coronel Falcón fallece a las dos horas. Sus últimas palabras a un amigo que lo asiste son: 'Gajes del oficio'. Un automóvil

del ministro de Guerra y otro de la Compañía de Automóviles, manejado por el chofer Furrier, persiguen al hechor. Acosado, éste saca un revólver disparándose un balazo en el costado derecho. Cae al suelo herido y en segundos sus perseguidores se le echan encima. Es un joven de un metro ochenta, vestido de traje negro y sombrero del mismo color, de anchas alas. Lleva el cuello subido y corbata verde. Rubio, de ojos azules, nariz corta, boca mediana, tez blanca, musculoso. El gobernador del presidio de Ushuaia cuando lo recibió dijo que quería 'domarlo'. Cuando lo sacaron del calabozo, creyeron que se les iba a morir. Flaco, parecía un cadáver. 'Quiero secarlo'", repitió Palacios.

Como si fuera montado en un alazán cariblanco desde que saliera de la sección La Despedida, Stewart detuvo la lectura nocturna. Parecióle escuchar a un ciego que golpeara tranqueras. Era el caballo de guardia que se deja encerrado en la pesebrera para entrar la tropilla al día siguiente, de donde los ovejeros eligen los suyos. No le agradaba a la bestia el encierro, mientras sus compañeros pacían a la luz de la Vía Láctea, río de estrellas que en esa latitud de las serranías, Carmen Sylva, parece alcanzarse con las manos En las perreras, un cachorro gimió y la madre le contestó con un ronquido. Se oyó el gorgoreo de una campanilla de escarcha que cayó quebrándose. Una pareja de bandurrias, "el pájaro campana", había anidado de paso sobre la cúpula de la parva de pasto de guarda. El capataz, a la luz de la lamparilla de kerosene, sacó cuentas. Tenía más o menos la edad de Radowisky cuando dejó la casa paterna para ganarse la vida en el campo de los Mac Intosh, de no más de tres mil ovejas. Menos de las que cuidaba un ovejero en Carmen Sylva. Había muerto su tía Josefina quien recibía la visita del capitán de corbeta que comandaba los almacenes de la maestranza naval. De tuberculosis, dejando dos pequeñas niñas cuyo padre no las había reconocido porque era casado, y su mujer atendía los estudios de sus hijos en Londres. Su madre, Olivia, tuvo que afrontar sola el pequeño boliche de cigarrillos, tabaco y algún licor vendido en la galena que daba al patio. Stewart dio un soplido al tubo de la lámpara protegiendo el borde con el cuenco de la mano; el vidrio emitió un sonido como la sirena de un barco lejano. Así terminó su vida, respirando sin pulmones, la tía Josefina, después de haber escuchado sus risas cada vez que la visitaba el capitán de corbeta de

puerto Stanley.

El caballo guardiero que tenía que entrar la tropilla al amanecer seguía piafando con sus patadas nocturnas contra las trancas de la pesebrera.

Stewart era enemigo de las tristezas tanto como de las alegrías vocingleras y chistosas de Sterling. Con el naufragio de la *Fair Rosamonde* supo lo que era una tempestad mar afuera en las Falkland. Recordaba a Gunnar Andersson cuando subió alarmado a cubierta a preguntarle al capitán Wallis sobre el tiempo. Los hombres de mar no acostumbran a decir la verdad del peligro o del miedo que sienten, sobre todo si es capitán de una goleta de sólo dos mástiles hecha de madera liviana. Son tan buenas para temporales en alta mar; pero no para resistir las piedras costeras, y esto fue lo que ocurrió la noche que se dirigían de la isla Keppell a puerto Stanley. De golpe la pescó la tempestad. Cuando el sueco preguntó a Wallis, éste meneó la cabeza dubitativo, pero advirtiendo el peligro que luego llegó. Entre las rocas, se le abrió una vía de agua con los bandazos. Tuvieron que abandonarla con lo que llevaban puesto. Daba pena ver la hermosa goleta encallada. Las algas kelper, cuyas hojas alcanzan a centenares de metros, habían entrado por los costados rotos y serpenteaban entre las cuadernas. El administrador de la Compañía Ganadera de las islas Falkland le dijo a Andersson que no se lamentara, porque la goleta podía repararse El sueco le contestó que en sus exploraciones por el Ártico nunca había visto olas tan grandes. A continuación, el administrador le contó que un capitán roquero, al escapular el Cabo de Hornos en dirección a las islas Diego Ramírez, había encontrado una goleta de tres palos encaramada en un peñón a cuarenta metros sobre el nivel del mar. Goletas y grandes veleros de cuatro palos como el *Dreadnaught*, se hallaban perdidos en esas regiones. Andersson recogió sus frascos de bichos y líquenes para partir a Stanley. Por la playa hacia los muelles, el administrador de la Compañía trataba de entretenerlo con otros naufragios. Uno de ellos lo recordaba con todo su patetismo Stewart, ya que por primera vez tuvo noticias del comportamiento de los navegantes europeos con los indígenas de los archipiélagos fueguinos. Había ocurrido por los años mil quinientos noventa y ocho al noventa y nueve. Comerciantes de Holanda y otros países llamados "bajos",

proyectaron el envío de algunos barcos para realizar en el Mar del Sur un crucero contra los españoles, instigados por informes de marinos que habían navegado con los corsarios Drake y Cavendish. Un ex cantinero de Rotterdam, Oliverio van Noort, tuvo la gloria y la miseria de ser el cuarto circunnavegante del globo terráqueo. Era nativo de Utrecht y en la flor de la edad, tenía pasión por la fama y la gloria. Para ello, los holandeses tenían sus propias "Leyes del Viaje". Entre éstas, se aplicaron al surcar el Estrecho de Magallanes, las que sufrieron por su ignorancia los indígenas que vivían en sus costas. Hicieron algunos gestos de admiración o sorpresa que el colérico "almirante" Van Noort interpretó por señales de desafío. Hizo desembarcar a un grupo de mosqueteros y atrapó a los fueguinos en una gruta entre colinas. Los indios defendieron la entrada hasta el último hombre. Finalmente, cuando los cadáveres se desparramaban en torno de la caverna, los holandeses encontraron la explicación del heroísmo indígena. No era un tesoro fabuloso de plata u oro el que defendían, sino a un grupo de sus mujeres con sus hijos que gritaron aterrorizados. Los hombres de Van Noort mataron a la mayoría de las mujeres, que apretaban a sus niños contra sus pechos, y seleccionaron a cuatro niños y dos niñas que se llevaron a bordo.

> El salvajismo cometido por el equivocado almirante contra los nativos de la caverna, debe haberles golpeado por dentro a uno de sus capitanes de la flota. Oliverio van Noort perdió un ancla en el Estrecho. Estos veleros llevaban siempre en la cala, atrincada al pie del palo del trinquete, un ancla de gran cepo llamada de "respeto". El almirante ordenó a uno de sus capitanes que le trasbordara el ancla a su nave comodora. El capitán, por su seguridad y la de su tripulación, se negó a cumplir la orden. Van Noort convocó a un tribunal y éste condenó al marino rebelde a ser desembarcado en la orilla norte del Estrecho, pasada la isla Dawson, donde termina el continente, cerca del cabo Froward. Ninguna bitácora ha registrado cuál fue su destino.

Arturo Stewart despertó sobresaltado por una pesadilla en que anchas y largas algas kelpers lo envolvían tratando de llevárselo por entre las cuadernas de la *Fair Rosamonde*. Pero era una rosa de un mundo extraño, el de los sueños, con un mascarón de proa con el rostro de su madre, Olivia, de cabellera castaña partida en

dos trenzas que enlazaban las brazadas de su proa, navegando, absurdamente entre grandes piedras de basalto, cuarzos y granitos, que caracterizan a la Falkland del Oeste, la cual protege de los huracanes a su hermana separada por un canal al Este.

Un largo silbido pareció traer al día con tres tirones, el característico chiflido de los ovejeros cuando llaman a sus perros. Dos cortos en señal de partida. Fermín les había dicho que había visto la lámpara encendida después de medianoche en casa del capataz, insinuación para que lo dejaran dormir tranquilo. Servido su desayuno de avena, chuletas asadas y café, los ovejeros habían partido cada cual a recorrer sus campos. El silbido prolongado que terminaba en tres cortos, era el llamado para algún perro que aún permanecía en su perrera.

Cuncta ferit, dum cuncta timet " Castiga a todo el mundo porque a todo el mundo teme", había anotado con letra menuda el reverendo Sterling al margen de una página del folleto sobre Radowisky. Conocía la letra del misionero de la isla Keppell, cuyo redoso estaba cubierto por las gigantescas algas con que a veces confundían su nombre "kelper". Tal vez George Sterling se había traído a la estancia esa historia del anarquista que no era anarquista. De los primeros había oído hablar despectivamente a Jesús Menéndez: "Llegan de España tirando bombas, pero luego se amansan, y algunos terminan de secretarios de los estancieros".

De todos estos latinajos no entendía gran cosa si no fuera por la traducción que hizo el reverendo. *Et lupus, et turpes instant morientileus ursi*.... "el lobo y el oso deforme y otras fieras menos nobles hostigan a los moribundos" Una de éstas semejaba al tal Palacios del presidio de Ushuaia descrito.

La versión textual decía:

> "Se trata de españoles oriundos de cierta comarca de León, que,posiblemente, fueron en su tierra nómades pastores de cabras. Aquellos hombres son los colaboradores más eficaces de Palacios. Si Palacios ordena al celador García que no dé pan ni agua durante tres días al penado 119, dicha orden, que no es otra cosa que un crimen, es cumplida al pie de la letra.

"Ordena Palacios que al penado 144 se lo deje sin frazadas, aun con una temperatura de 10 grados bajo cero, y García cumple inmediatamente la orden de su jefe. No importa que dicha acción constituya un crimen. Ese guardián cumple con su deber. Al retirarle al penado las frazadas, lo ve morir de frío. Su conciencia no se indigna. Lo ha mandado Palacios y se hace.

"De más está decir que si Palacios ordena una paliza feroz de doscientos palos, aquellos terribles leoneses, para quedar bien con el verdugo mayor, le dan al penado 210 palos. Desde hace veinte años, estos leoneses se suceden en el presidio, monopolizando la triste función que desempeñan".

Al margen, el misionero inglés de la isla Keppell había escrito otro latinajo: *Nec nici bellantes gande! cervice invenci*... "No se regocija sino con la cerviz del novillo que se debate".

"Palacios, el terrible Palacios, el verdugo máximo de Ushuaia no entra en los pabellones del presidio. Tiene miedo. Los penados solamente lo ven pasar por la parte exterior del edificio. Pero Palacios impera por medio de los leoneses".

"Parece que algo atormenta a Palacios. Ha pedido a la policía vigilancia continua en su casa particular, donde mantiene luz eléctrica encendida toda la noche, a costa del presidio. Jamás se lo ve a Palacios cruzar una calle de Ushuaia. Para entrar al presidio, pasa por una línea de centinelas".

"Simón está hecho de la misma pasta de los apóstoles que predicaban la religión cristiana en los primeros años en que ésta se extendía de Oriente a Roma. Dentro de sus ideas es intolerante. Para él, la humanidad no debe tener dolores ni injusticias. Para conseguirlo, es necesario hacer desaparecer a los déspotas, a los improductivos, a los parásitos de la sociedad que nada hacen por ella sino vivir de su trabajo como un vampiro chupasangre o una garrapata. Para él, hay sólo un futuro que no cambia, el de mitigar los sufrimientos de sus compañeros de presidio. Es el mismo futuro de miles en diferentes partes del mundo. El futuro de millones de trabajadores explotados y expuestos como él a un acto de rebeldía. No es el futuro personal de él, como el de toda la humanidad. Así piensa, así actúa Radowisky según lo han manifestado los cuatrocientos penados que cumplen condena.

"Simón, el penado 155, no ha perdido su altivez, a pesar de llevar años emparedado, privado de luz y aire, de alimentos necesarios a un hombre, de abrigo. A pesar del emparedamiento que significaba un grito de protesta cuando sentía a los españoles leoneses de Palacios torturando a un recluso, no dejaba de vociferar '¡Verdugos!', '¡asesino!', lo que le acarreaba después el mismo castigo. Sin embargo, repudia la violencia, la crueldad y el robo. Muestra el desprendimiento de sí

mismo hasta el extremo de deshacerse de todo lo que tiene para dárselo a los necesitados. Radowisky recibe encomiendas por correo en los vapores que van a Ushuaia, aun en las goletas que hacen el viaje de Punta Arenas a la capital fueguina. Son ropas, medicamentos, leche condensada, conservas, libros, revistas, cuanto se sabe que puede ser un alivio en ese último rincón del mundo. Pues bien, el 155 distribuye equitativamente, con generosidad absoluta, cuanto recibe, entre los demás números que representan nombres y hombres como él. Si un penado trabaja en el monte cortando árboles, trozándolos, partiéndolos en rajones de dimensiones y peso reglamentados para el sufrimiento, y carece de ropa interior, Radowisky se la envía. A los enfermos da sus tarros de leche condensada. Si tiene que andar en el monte, da sus botas.

"En el monte el trabajo forzado es duro. Muy difíciles son las fugas en Ushuaia. Montañas cubiertas de nieve rodean la población y la fuga resulta imposible. Algunos penados que la intentaron escondiéndose en el bosque, tuvieron que regresar cada vez. Hambre y frío obligan a desistir. A uno lo encontraron de pie, helado, en el mismo hoyo que había producido el calor de su cuerpo. Se reía con el último castañeteo de sus dientes. Si resisten dos o tres días, con seguridad regresan al presidio. Si entretanto han salido comisiones en su búsqueda, lo posible es, si no lo seguro, que los volteen a balazos, tal cual los cazadores de indios con los onas. Antes de 1918, antes de la fuga de Radowisky, cuatro penados se escaparon atravesando la montaña. Cuatro días caminaron continuamente por los bosques. Al fin, rendidos, se dejaron estar. Se echaron al suelo y la fatiga los hizo que se durmieran profundamente. En la tarde una comisión de gendarmes los descubre. Aunque los ven dormidos descargan sus armas sobre los cuerpos. Uno muere y los otros quedan malheridos. El muerto quedó allí. La nieve lo habrá cubierto y en el deshielo el cadáver habrá ido a parar entre las grietas de los glaciares que se abren en abanico junto al canal Beagle. Los tres heridos fueron llevados a la rastra hasta el local de la policía donde se les prestó asistencia. Los penados declararon que el hambre los había extenuado y que habían resuelto dejarse morir en la nieve. Preferían eso a la prolongada agonía del presidio.

"La fuga de Simón Radowisky tuvo lugar el 7 de noviembre

de 1918. Trabajaba en el taller mecánico del presidio. Un cuarto de hora después de entrar al taller, Radowisky salía vestido de guardián, franquea tranquilamente la línea de centinelas. Se dirige al oeste, cruza el cementerio de Ushuaia, sigue la prolongación de la calle Maipú. Atraviesa la península y va exactamente a un punto donde lo espera un pequeño cúter que había llevado al anarquista Apolinario Barrera. Pasaron tres horas sin que los guardianes se dieran cuenta. Apenas a la hora de salida del taller, se advirtió que Radowisky no había retirado su chapa de trabajo y se dieron cuenta de su desaparición. Se había fugado disfrazado con un traje completo de guardián, con capa larga, como se usaba en aquella época. El uniforme pertenecía a un guardián que lo había mandado lavar al lavandero de donde fue sacado y entregado al 155. Otras versiones aseguran que fue confeccionado especialmente en la sastrería para Simón, luego ocultado en el túnel de la transmisión del aserradero hasta que llegó la oportunidad de usarlo

"La impresión que produjo en el presidio la fuga de Radowisky fue desalentadora. Inmediatamente se procedió a organizar comisiones para salir en persecución del prófugo. Alguien juró matarlo cuando lo tuviera a tiro. Hallábanse en esos preparativos, cuando llegó un guardián que había sido comisionado con una cuadrilla de penados para desarmar la última casilla del Presidio Militar, y manifestó que desde lejos había visto embarcarse en un cúter a un hombre de uniforme. El cúter, dijo el informante, zarpó en el acto para el canal Beagle, en dirección al Oeste, rumbo que se sigue para la ciudad de Punta Arenas, capital del territorio chileno de Magallanes".

"Se desistió de salir a buscarlo con las comisiones. Hubiera sido imposible darle alcance. Inmediatamente se comunicó por radio la noticia a Punta Arenas, a fin de que se despachara una escampavía en persecución del cúter. En Punta Arenas, los chilenos lo tomaron. Al poco tiempo, Radowisky fue traído nuevamente al presidio de Ushuaia".

Las tiras de alambres que se usaban para castigar a los penados como Radowisky eran las mismas sacadas de los cercos de los estancieros, con postes tensados entre piquetes de madera. La goma atenuaba sus rastros de torturadores.

Eran los silenciosos "rastros del guanaco blanco", se

dijo Arturo Stewart al dejar la lectura del folleto. Entrecerró los ojos y se vio detrás de un piño arreando con sus perros por la huella polvorienta que en febrero o marzo conduce al frigorífico de Río Grande. Este ya tenía su propio muelle donde atracaban los "caponeros", también iba el "Judas", siempre gordo y renovado, para conducir a sus ovejas en vez de al amor, al matadero.

¿Cómo era posible que al sur de Río Grande, en una distancia y en un tiempo tan breves, existiera un mundo tan desconocido?, se preguntó muy dentro de sí mismo el capataz de la sección Carmen Sylva. ¿Y qué otros mundos habrá más allá de los límites de la Tierra del Fuego, islas Falkland o Malvinas, o como se llamen? Por primera vez, un folletín de novela por entregas, *Ushuaia, tierra maldita*, le había iluminado un pasado, un presente y un futuro. Por primera vez se sintió vivir en tres tiempos. ¿Es posible que allí radicara el misterio de la Santísima Trinidad de que hablaba tanto el reverendo "abuelo" de Georgina Sterling?

Con el tiempo, Georgina había dejado de ser llamada la "Mabel del Cabo" para convertirse en una admirable y vivaz muchacha de afilada nariz, cabellera de color sepia dorado de los coironales de otoño, y de una estatura que recordaba el rápido crecimiento del físico y de la inteligencia de sus antepasados onas. Ya servía en el mesón de la cantina del "hotel" del Pelado, junto al taburete donde se sentaba Esther, manejando el cajón del dinero y el oro con que a veces pagaban algunos pasajeros. Men Nar había aprendido a preparar estofados de cordero, a asar chuletas de diferentes maneras, guiada por la experta dueña de casa y por el mismo Pelado, que le hacía a todo, especialmente en el cocimiento de las cholgas, centollas, choros, robalos y pejerreyes que abundaban en la desembocadura.

Todo iba bien para él, su mujer y la nueva familia que se había formado bajo su alero, gracias al hallazgo de hacía trece años junto a la parva de pasto de guarda. También había que amarrar con alambres y piquetes esos nuevos tesoros caídos del cielo, dos sirvientas trabajando por el "alojamiento y la comida por un solo precio", tal cual rezaba su letrero.

Había que amarrarse los pantalones con alambre, asimismo, por el aumento de la clientela; en especial la del frigorífico, cuyo puente colgante y el muelle de atraque para los buques caponeras, seguían uniendo los caminos del mar con los de tierra adentro.

Sus parroquianos, capataces, empleados de oficina, eran variados y variables. Unos se iban, otros eran trasladados y los menos partían para siempre; pero todos

con la corrección inglesa de dejar las cuentas bien arregladas. Era verdaderamente un gran impulso civilizador, a pesar de ciertos horrores y errores cometidos a veces y que era preferible olvidar en bien del futuro bienestar común. Los frailes salesianos y los misioneros anglicanos seguían tocando sus campanas y arrendando la *Fair Rosamonde*, reparada por el capitán Wallis que, a pesar de no ser dueño de la goleta, la quería más que si lo fuera, por su amor al mar y a la navegación a vela, aprendizaje de marino que logró viajando entre Ceilán y la India. Sobre todo la usaba el reverendo Sterling, ahora que tenía motor auxiliar, después de su cuasi naufragio, no para el traslado de ovejas, sino de indios yaganes del sur del Beagle para su catequización en la isla Keppell.

Maximiano, su amigo chilote de Castro adentro, de suche en la Primera Argentina había pasado a ser ayudante del contador de la estancia San Sebastián, al otro lado de la frontera, donde la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego había desarrollado el imperio más poderoso de la Patagonía chilena. Sus dominios en la isla y en el continente le daban para mantener sin apuros de pastoreo alrededor de dos millones de ovejas. "Manano", así le decía Esther al chilote, se pegaba sus galopones desde San Sebastián hasta Río Grande para venir a verla. Porque lo quería igual que a "un hijo", según palabras de la mujer del Pelado, que no los había tenido con su "ojo de tiburón". A Men Nar también la llamaba cariñosamente mi "Menana".

El estilo de vida había cambiado en esos trece años. Las encontradas opiniones iban y venían del mismo modo que las resacas de la desembocadura. Manano decía que la Primera tenía quinientas mil ovejas y el chico Pisarlo, "que estaba loco", que no serían más de doscientas cuarenta mil... Tommy Duncan era ahora dueño de la montura inglesa hecha con cuero de indio en vez de chancho curtido. La había fabricado Tang Ming, amansador chino arribado a San Sebastián, donde empleaba larga pértiga en lugar de lazo. Agarraba los caballos en medio de las tropillas y más parecía que cazara mariposas con una pequeña lazada de tiento de guanaco en la punta de la pértiga, que hacía pasar por la cabeza del animal sin que el chúcaro se diera cuenta, hasta que la tenía en el cogote. Si no, los montaba en pelo, dejándose caer a horcajadas sobre el lomo elegido, cuando la tropilla salía en estampida campo afuera. Ming

se lanzaba desde el travesaño de la tranquera, agarrándose de la tusa, era un hombre- mono o a la inversa, se daba vuelta en el aire, y cambiaba sus dinastías Tang por Ming. Lo del empleo de cueros humanos lo había aprendido en el Tibet.

Amansadores famosos como Jackie Ford, que rompía las cabezas a talerazos, quedando los redomones tan mañosos que era un peligro montarlos o el Largo Oyarzún, cuyas piernas y artes de doma los dejaban en cambio hechos una seda.

Dos horas de a caballo se calculaban desde Río Grande a las casas de la Primera. Antes, el barco llegaba hasta puerto Golondrina y la gente desembarcaba allí para las estancias. Ahora atracaban en el mismo muelle del frigorífico, y los capones, corderos y tripas congeladas, pasaban de las cámaras de hielo en tierra a las de a bordo.

Así, la población de Río Grande aumentó rápidamente de cincuenta a cien, trescientas y más casas. Georgina Sterling, cuyo padre parecía haberla olvidado, porque después del bautizo bajaba muy de tarde en tarde al pueblo, y cuyo abuelo de la isla Keppell era como el mito de Quenós, se fue desarrollando con esa libertad salvajona que da la falta de creencias, prejuicios, familias, razas y clases sociales. Sin embargo, algunos hechos habían pasado a su memoria juvenil, por esa osmosis entre la realidad, la verdad, los chismes y fantasías de pueblo nuevo. A la gente de paso, del mar a la cantina del Pelado, o de allí a las pampas fueguinas del oriente, o de los bosques entre montañas y ventisqueros del occidente, no les tenía mucho más fe que a los de su aldea natal, a la que quería a veces, no queriéndola otras.

En cierta ocasión escuchó hablar de John Bull, lo que confundió con Juan Bulla, recordando el cansador ritornelo repetido tantas veces por su madre; "Koliote hacer mucho bum bum... morir todos... hombres... mujeres... niños". "Mucha bulla, mucha bulla". En la escuela enseñaban solamente castellano, pero las palabras inglesas se infiltraban en la sala de clases a través de otras compañeras y así supo que al pueblo inglés le llamaban "Juan Bulla".

A Georgina le gustaba escuchar en la victrola de Esther, que matizaba con la vieja caja de música del Pelado, rescatada de un naufragio, aquel tango: "Indio, por qué me

robaste / mi caballo pangaré / y toda la vida / me dejaste de a pie". Lo entonaba *sotta voce*, porque si para algo era negada en la escuela era para el canto y el dibujo. Sólo la aritmética, gracias a las cuentas que veía sacar y que debía calcular con los dedos todas las tardes sirviendo en la cantina del Pelado, era su fuerte.

Pero su mundo se iba nutriendo de cuentos y relatos fantásticos. La fuga de Radowisky rescatado del presidio de Ushuaia y devuelto a él, era ya una leyenda similar a la del *Patmos*, salvado por el *Petricia*. La calva del Pelado sabía lo que era un incendio a bordo de un buque carbonero: la mano derecha mocha, sólo con el pulgar, y un ojo menos, con media cara quemada de ese mismo lado. La desgracia cuando es grande no produce horror, compasión ni ternura grotesca. Es simple- mente desgracia; pero el desgraciado había adquirido el talento de convertirlas en gracias con las que sorprendía a sus parroquianos y hacía reír a Esther, con una mueca que se había traspasado de la comisura de los labios estirada por la quemazón, hasta los besos de fuego que en las noches tormentosas de Río Grande daba a su mujer. La tierra del Fuego no había logrado apagar esas cenizas de amor, sobre todo cuando Esther pedía a Georgina que le pusiera en la victrola a manija su canción preferida: *Patagonia lejana.*

En la misión salesiana de la Candelaria, se hallaba *Florecillas Silvestres*, un librito de tapas verdes con su lomo y esquinas de cuero amarillo. Alguien lo había empastado, y se lo había obsequiado al padre «Cara Cara». Eran notas ligeras, breves, que el sacerdote José María Beauvoir recogió en sus andanzas misioneras entre los indios. Allí estaba, entre otras, la respuesta que le dio Mimkiol Kaushel, jefe de una tribu, al decirle el sacerdote que en el mundo «todos los hombres somos hermanos».

-¿Cómo vamos a ser hermanos de la raza que asesina? -le replicó el jefe ona.

En la Exposición Universal de París de 1899, en una jaula de hierro rodeada de una gran carpa a manera de toldo indígena, empavesada de gallardetes y banderas de colores, con letreros alusivos que excitaban la curiosidad de los visitantes para pagar su ticket, los europeos encontraban a «los antropófagos de la Tierra del Fuego».

Por una coincidencia providencial, el padre Beauvoir llegó a la Ciudad Luz. Recorriendo la famosa Exposición que atraía turistas de todas partes del mundo, dio con el tolderío de «los caníbales de Tierra del Fuego», de cuya lengua había hecho ya un pequeño diccionario.

Así, entabló con los onas un diálogo en su propio idioma:

«-¿Qué hacen aquí? ¿Cómo llegaron?

«-Nos cazaron y nos trajeron.

«-¿Quiénes?

«-Unos cazadores de allí.

«-¿Quieren volver?

-«Sí, sí - exclamaron con lágrimas de alegría para el que les hablara en su propia lengua en París...

«-Disimulen entonces, estén tranquilos; yo los libertaré y me los llevaré»

Los 'antropófagos' tal vez recordaron a Kuanip, aquella vez que con los hermanos Sasán liberó a su pueblo de Siáskel, con la estratagema de la simulación.

«-Adiós».

«-Adiós...»

El padre Beauvoir se dirigió inmediatamente al Ministro Plenipotenciario de Chile en Francia, Gonzalo Bulnes, quien lo recibió con deferencia. Bulnes se entrevistó con el Ministro de Relaciones Exteriores de

Francia para protestar por lo que él consideraba un atentado contra los derechos humanos de aquel tiempo. Pidió la liberación de los onas enjaulados, su entrega a la custodia del sacerdote salesiano y el castigo para los desalmados. Entre las idas y venidas de los trámites burocráticos, el empresario y sus cómplices huyeron a Bélgica, dejando abierta la puerta de reja de hierro de la jaula.

El padre Beauvoir transcribía, además de su encuentro con Kaushel y los onas de París, otra conversación con un jefe indio que al mirar miles de ovejunos detrás de un campo alambrado, donde antes pastaban sus guanacos, exclamó:

«¿Cómo unos pocos pueden tener tantos guanacos blancos y no dejan que coman los que antes eran dueños de estos campos?»

Investigadores anteriores a Martín Gusinde y al padre Beauvoir comprueban que los onas no eran antropófagos ni tampoco vivían desorganizadamente en su época de caza y de recolección de alimentos naturales. Sus campos estaban distribuidos por grupos tribales, de común acuerdo, y no se asesinaban por el robo ni sus cacerías. No conocían la agricultura, pero el Onaisin y sus playas los habían alimentado por millares de años, hasta que fueron invadidos por otros cazadores de cultura occidental.

Al finalizar sus estudios en la escuela de Río Grande, Georgina dejó la huella de la mejor alumna, sobre todo por la rapidez de sus cálculos con los dedos. Si los conocimientos no le respondían frente al pizarrón, recurría a la almohadilla para borrar la tiza, y empezaba con las manos una danza de abanicos que hacía reír a profesora y alumnos: levantaba el pulgar izquierdo o el derecho, según sumara o restara, para obtener el resultado. Asimismo, la profesora descubrió en sus bolsillos piedrecillas de cuarzo buriladas por el río, con las que sacaba sus cuentas de la misma manera que lo había visto hacer a los ovejeros, que contaban sus piños en los corrales de aguante antes de entrar al puente que llevaba al frigorífico. Ponían el piño tras la tranquera y lo hacían pasar con el ladrido de sus perros en grupos de dos, tres y cinco ovejas. Observaba especialmente cuando arreaba Sterling, su padre, de quien se sentía orgullosa por la forma en que pasaba sus piedrecillas, de bolsillo en bolsillo. Se veía que contaba

sumando los animales en grupos que abarcaba su vista. Diez, veinte, cincuenta corderos cruzaban saltando el piso enrejado a la entrada de los corrales del frigorífico. Sin embargo, Georgina, además de las piedrecitas redondas del río que ocultaba en su bolsillo, parecía tener un tercer ojo para las estrellas, sobre todo las de la Vía Láctea, a la que comparaba con un piño entrando en el «frigorífico» de «la gran isla blanca que está dentro del cielo».

Su ingenio para responder a las preguntas se hizo proverbial. A una compañera que quiso saber por qué la llamaban «la Mabel del Cabo», le respondió que era porque el cabo de la Comisaría acostumbraba a llamarla «mi hija». Desde entonces le decían «Mabel del Cabo». Otros recién llegados creían que en realidad era hija del cabo de la gendarmería. Se hizo un famoso autorretrato en la tarea que había ordenado la profesora a las alumnas para que se describieran a sí mismas: «Tengo el pelo verde...» decía al comienzo, lo que produjo una carcajada general. Todas miraron el sepia coironal del pasto fueguino en su cabeza. La pedagoga de Buenos Aires, en cambio, las hizo callar y explicó que podría ser un caso de daltonismo o de una artista pintora que veía los colores a su modo, como los niños que ven lo que quieren ver y asilo pintan. Amarraba sus cabellos con una fina piola de tendón de guanaco, del que a veces se hacen riendas o se forran las cachas de los rebenques. Por trenzárselo con un remate abotonado, le pusieron de sobrenombre «Cola de caballo verde». También la llamaban la «Antípoda». La profesora explicaba en una ocasión el significado de las antípodas, palabra que se aplica a cualquier habitante del globo terráqueo con respecto de otro que vive en un lugar diametralmente opuesto. La antípoda de la Tierra del Fuego se encuentra en Mongolia, donde hay «rumiantes de la familia de los camélidos» como el guanaco, pero mucho más grandes. Georgina dijo entonces que allí habría una niña de pelo verde, igual que ella... y que algún día iría a buscarla,.. Las muchachas salieron de clase gritándole que era una «Antípoda»... en lugar de decirle antipática. «¡Bah! así tendría una hermana y otro padre... en las antípodas!».

Una tarde de fines de invierno, cuando los lomajes ribereños helados empiezan a rielar por los cañadones, aumentando sus caudales a medida que el gran río avanza hacia la desembocadura, llegó al «hotel» del

Pelado un hombre mediano, de anchas espaldas encorvadas, de ojos acuosos parpadeantes, que dijo llamarse Alvaro Bonet. Cargaba un fardo de pieles de nutrias y zorros fueguinos colorados sobre sus espaldas, a manera de mochila. Vestía chaquetón de la misma piel del zorro pariente del lobo más que del perro ona. Larga cabellera rubia entrecana bordeando la calvicie y la barba cerrada abundosa. De vez en cuando, chispeaban sus ojos con las transparencias sumergidas que adquieren los pastos después de las lluvias. Pantalones raídos en las rodillas dentro de toscos zapatos bototos, conservaban una raya rojiza en el doblez de la costura del paño de bastilla que en un tiempo había sido azul. Un gorro de piel de guanaco al modo indio, terminado en punta, y un bastón de raíz de roble completaban la vestimenta estrafalaria en cualquier parte, menos en Río Grande, adonde arribaban tanto un salvado de las aguas como uno que se ha resbalado por los montes altos entre ventisqueros. Descargó su fardo al pie del mesón y pidió a Georgina un vaso de whisky. La muchacha se lo sirvió hasta el borde. Bebió a sorbos paladeándolo. Paladeo que pasó a un tarareo melodioso: «121 whisky es la vida del hombre, John./ Beberé el whisky cuando pueda,/ un whisky por mi John./Sí. El whisky me hizo vender la chaqueta,/luego el pantalón./ Whisky por mi John.../ Venga otro por mi John.../ Que me mantiene a flote...».

La muchacha le sirvió otro trago. Mientras tanto, Esther había entrado no atraída por el tarareo del pasajero, sino por la cercanía del cajón donde manejaba el dinero, adosado bajo el tablón del mostrador.

El hombre de las pieles contempló de arriba abajo con asombro a la voluminosa mujer. Una respiración profunda expandió los pulmones de uno y los pechos de la otra. Una ráfaga desconfiada pasó entre ambos.

-Vengo del Monte Olivia y necesito estofado si me hiciera el favor.

-¿Cómo cuánto quiere?

-Media olla, por lo menos. Hace tiempo que no como buena carne. Sólo apio del monte, orejas de palo crudo y algo que dejan en sus guaridas los zorros.

-Dile a la Mena que prepare media olla de estofado con castradina.

La castradina es una especie de jamón hecho con piernas y paletas de ovejas viejas que no sirven para

sebo. La grasería del frigorífico las vendía a precio irrisorio. El Pelado las ahumaba con pasto seco en un fogón. A veces, ponía piernas y paletas bajo la nieve que las helaba y así la carne vieja adquiría mejor sabor y cierta blandura.

Llegó el Pelado al mesón y sacó una botella de debajo de la gruesa cubierta de roble, fregada con lampazo y arena, semejante a la de un buque bien lavada por su tripulación. Sirvió un turbio trago de mistela de fresa silvestre.

-Gracias; pero no lo he pedido -rechazó Alvaro Bonet con cortesía sibilina.

-Es atención de la casa.

Volvió a dar las gracias y miró la cara quemada del Pelado con una sonrisa evadida.

-¿Un cacho para entretenernos? ¡Es un poco dura la carne y se demorará el estofado!

-Bien; pero hace tiempo que no juego. Sólo recuerdo los mayores y menores en los dados.

-Como el *poker* o el *full* con *jocker*, nada más.

-Menores son hasta el seis, mayores del ocho al doce y el siete para el dueño de casa...

-Cada vez que usted golpee a mi puerta encontrará un whisky para su Johnny - dijo el Pelado, meneando el cubilete con los dados.

-No confunda a su Johnny con mi John.

Esther habló por lo bajo a Georgina expectante, y luego Men Nar apareció con una olla humeante de estofado con papas y zanahorias.

-*Yeper no kar kuachen*.., (La carne no está mala) -le habló el recién llegado en su propia lengua a Men Nar.

-Como *kren kan warrpen* (Como el sol está hundiéndose ahora)

- contestóle ella.

El Pelado, su mujer y Georgina se sorprendieron detrás del mesón al ver la inmediata comunicación que se produjo entre Alvaro y Men Nar. Bonet comió sacando una y otra ración en su plato, con una cuchara de bordes tan filudos que le servía al mismo tiempo de cuchillo. Satisfecho dio un suspiro, se persignó y agachó la cabeza. Rezaba «un padre nuestro», *in medias res*, porque al volver la vista a la olla se sirvió otro plato.

-¿Cuánto?- preguntó.

-Cinco pesos nada más; con los whiskies perdidos al cacho - profirió el Pelado.

Georgina se acercó a recibir el dinero. Bonet se quedó con el billete al aire como una banderilla, mientras la muchacha esperaba con la mano extendida.

-*Koor uomska chen yekura* (Vamos al norte).

-*Yi aam yashiken*... (Cuando llegue el invierno con mi madre) - respondió la pecosa colorina, devolviendo los chispazos de Alvaro Bonet.

Esther miró por los cuatro costados el billete al trasluz antes de ponerlo en su cajón y dar vuelto en monedas de níquel. Cobró cuatro pesos cincuenta; Alvaro dio los centavos a Georgina.

-Muchas gracias, *kon* (doctor).

-No se dice *kon*, se dice jon.

-¿Chaan?

Medio doctor y medio jon.. así, así, más o menos.

-*Shon*...

-Cielo.

-¿*Otrr*?. . .

-Ojo.

-¿*Choo*?

-Cuerpo.

-¿*Sheem*?

-Boca.

-¿*Chaai*?

-Labios.

-¿*Moa!*?

-Cabeza de mujer.

-¿*Caalits*?

-Cabeza de hombre.

-¿*Laal*?

-Mi hija... laal la la... -entonó Bonet.

-¿*Yi naa*?

-Esposa.

-¿*Jaind*?

-Colegio.

El Pelado y su mujer no cabían de asombro ante el entreverado diálogo. Su cantina, por primera vez, se había convertido en un colegio de lenguas selk'nam y castellana.

No siempre la prosodia coincide con las grafías, porque el ona tiene sonidos que no corresponden a las letras del castellano. Además, la alternancia con ingleses,

y yugoslavos y escandinavos producía confusiones no sólo en los casos de las k, q, j, v, w, haches aspiradas o respiradas sordamente en uno u otro idioma.

Así como un puñado de tierra dio origen al hombre, según la leyenda del Onaisin, las palabras y sus letras tienen orígenes humildes. «Mamá» es casi universal y hee no es más que dolor de donde Ovidio sacó sus Elegías, «leer el dolor». Los mecanismos del lenguaje son los mismos en el hombre más primitivo como en el más civilizado y el pensamiento antecede a la palabra, con lógica o sin ella y viceversa. Por eso algunos escuchan las voces de la naturaleza sin expresarlas, como la criatura que ve sus primeras aguas.

Georgina, sin proponérselo, conservaba en la memoria palabras aprendidas de su madre y las escondía, destapando su tesoro sin saber por qué ante ese forastero que le rememoraba a Kuanip cuando simuló ser mendigo para vencer a Siáskel.

En otro atardecer, llegó de paso para el norte un hombre de alta frente, su grueso abrigo negro sobre los hombros; también calvicie incipiente y una mirada profunda que decía que tras esa frente no podían esconderse ideas innobles. Según se dijo, era un gran profesor de la Universidad de La Plata, el doctor Rojas. Para acomodar a la gente del cúter que lo había traído de Ushuaia, el Pelado y su mujer deliberaron si podrían alojarlo en la pieza de Bonet, ya que las cuatro separadas por el pasadizo de la cantina a la cocina, tenían dos camas sobre catres de tablas de roble y sólo una con somier de alambre de cerco. Los colchones, sí, eran de lana de oveja. Un lujo, porque los que arrean ganado duermen a plena pampa sobre sus debajeros y mandiles poniendo de cabecera la montura. Los cazadores de zorros en invierno lo hacen bajo una lona donde la nieve pura, firme, sirve de otra frazada.

En la señalada o marca de animales, a menudo hay que romper con los estoperoles del taco de la bota el cristal de hielo que se ha formado en los huecos debajo de una «cama» mal hecha. Cuando la clientela de mar y tierra arreciaba, no era sorpresa encontrar durmiendo hombres de pantalones alternando cabezas con pies, sin menoscabo para su hombría, a pesar de las bromas y de la clase de bromistas...

-Soy un ex presidiario de Ushuaia -díjole con voz

tranquila Alvaro Bonet a su vecino, antes de dormirse.

-Yo acabo de cumplir un período de relegación.

Ambos miraban en silencio el cielo raso de tablas pintadas de verde, con el letrero de «hotel». Una lámpara de parafina con tubo de vidrio y una horquilla de mujer, mantenía en penumbra las siluetas contra las paredes que habían sido blancas.

-¿Conoció a Nelly Lawrence?- preguntó con voz clara el doctor Rojas.

-No, pero supe que era amiga del padre Martín.

-Y buenos amigos, porque tanto el sacerdote como la india yámana respetaban las creencias religiosas del otro. Ella creía en el
«Gran Asesino» del Cabo de Hornos, y él, simplemente en Dios, sin adjetivos.

-No tengo conocimiento de eso.

-Así como los onas tienen su Timaukel, el único, los yámanas del Cabo de Hornos dan cuatro nombres: Watauinéiva-sef, «el viejísimo que está allá en el Cielo», Manunákin, «el único poderoso»; Watauinéiva, «el antiquísimo»: y Wollapatuch, «el gran asesino», porque da muerte a los hombres. No podía ser menos un dios primitivo en el Cabo de Hornos. Ellos se creían descendientes de un primer hombre que bajó del cielo por intermedio de una correa de cuero de foca. ¡Sólo las focas podían mirar así al más tormentoso de los cielos!

-¿Usted es...ateo?

-No me agrada esa palabra; respeto y estudio las creencias. Pero sufro por la simpatía que despiertan los canallas que llevan a Dios en la boca y al Demonio en el corazón. Nelly Lawrence le decía al padre Martín que como tenía su Manunákin, ella no necesitaba otro dios. El sacerdote respetaba su fe en «el único poderoso».

-Muy noble la actitud del católico Martín.

-Así debieron respetar otros estas tierras. Las fechorías de algún navegante antiguo contrastan con los hechos de sacerdotes y científicos exploradores. Los yámanas también se comportaron como criminales. Así pasó con Alien Gardiner, asesinado por ellos. Nuestra soberanía llegó a estos lugares en 1881, para fundar un presidio y entregar la tierra a unos cuantos latifundistas extranjeros... ¡Qué delitos so cometieron con los onas! ¿Y el suyo?

-Parricidio...

-¡Eh, hem...! - profirió, soplando el tubo allí donde la mujer del Pelado había puesto su horquilla de alambre para que no se quebrara el vidrio; sin embargo éste sonó como si se hubiera trizado.

-Si no le molesta, ¿puedo explicarle?

-A veces más vale no explicar las cosas y aceptar con coraje los hechos.

-Mi delito fue haber amado demasiado incontroladamente a mi mujer. Una locura por celos me hizo perder los sentidos y la estrangulé sin darme cuenta.

-¿Y por qué esos celos?

-Por un canario.

-No entiendo... - Para sus adentros Rojas pensó que a lo mejor se las estaba viendo con un chalado, pero le escuchó.

-Acabábamos de casarnos. Yo era vendedor viajero de un laboratorio de medicamentos y cosméticos de Buenos Aires. Había estudiado para farmacéutico, más la necesidad de ganarme la vida en mejor forma me hizo ser visitante de médico y boticas. Logré hacerme de una buena clientela en Córdoba, Santiago del Estero, Tucumán y otras ciudades del noroeste de Argentina. Mi madre, viuda, vivía en parte con mi sueldo y de una crianza de canarios en el pueblo de Luis María Saavedra, en el Tigre. Al casarme, arrendé un pisito en el mismo lugar. Su regalo de bodas fue un canario fino. El mejor cantor que se había dejado para reproductor. Valía un dineral. Al día siguiente de mi boda, tuve que partir con urgencia por un negocio importante a mi zona de venta. Estuve cerca de un mes afuera. De regreso, al entrar a casa, lo primero que encuentro es la jaula vacía. Se abalanzó mi esposa a mis brazos con enardecidos besos. Luego, mirando la jaula vacía,, exclamó: «Se murió el pobrecito, me olvidé de darle de comer»... Volvió a besarme extrañamente, mordiéndome, y sentí sabor a sangre en los labios. Me sobrevino un vértigo, un vahído; para sostenerme le pasé mi brazo por detrás del cuello... y no supe más... Desperté con ella muerta a mi lado, estrangulada. Eso fue todo; pero luego supe, por la intervención de los familiares, que había estado comprometida para casarse con un teniente de policía, y como la dejó plantada, se casó conmigo, despechada. El comisario mismo actuó de testigo en el hecho, para que no me condenaran a cadena perpetua en Ushuaia... No

matar es mi primer mandamiento, sin embargo, la cadena perpetua la llevo en la conciencia, aunque haya cometido el crimen sin conciencia.

Sus palabras no lograron apagar el pesado silencio de la oscuridad humeante que fue interrumpido por una lluvia piadosa en el zinc. El profesor Rojas se había dormido sin escuchar el término de la confesión. De sus labios salía un débil silbido que aparecía y desaparecía en las tinieblas del sueño, plácido como el de un niño que llamara a su perro lejano.

Al día siguiente, los silbidos del viento habían espantado la lluvia antes de amanecer. Esther golpeó la puerta de sus alojados con los nudillos de la mano.

-Adelante- dijo Alvaro Bonet.

Tembloroso, como si no supiera atravesar puertas, entró un indio yagan. Era un hombre mediano y ágil. Un tanto tartamudo, traía la noticia de que el cúter de Filkenstein, que había transportado al profesor Rojas, garreando sus anclas en Puerto Golondrina, al dar máquina atrás y avante para salir de las estrepadas, se enredó con la hélice y el timón en un sargazo sumergido; las paletas de la hélice se hicieron pedazos al dar contra la piedra en que enraizaba la mata de algas. Venía a darle la mala noticia al profesor Rojas; podía quedarse en cama hasta tarde y todos los días que quisiera, ya que se necesitaba encontrar otra hélice o zarpar con la marea alta a pura vela.

Entre el indio yagan y Filkenstein, a quien se le ocurrió experimentar con una hélice hecha de roble antártico, pudieron reparar la avería. El sueco no sólo demostró habilidad mecánica sino de carpintero. Trabajó duro dos días. El «espíritu del árbol seco» produce una madera invernal tan dura como el ciprés, y la inventiva de Filkenstein, junto con el espíritu de sacrificio de Ariel, el joven yagan, hicieron el milagro que no pudo realizar Charcot, el explorador francés quien hubo de dejar la hélice del *Pourquoi pax?* en Puerto Lockroy, en la Antártica.

El profesor Rojas y Alvaro Bonet fueron a presenciar los trabajos. El primero necesitaba viajar a Río Gallegos, el puerto de la Patagonia argentina. Cuando Bonet vio el desbastado con hacha y azuela que hacía el yagan imitando las paletas de la hélice de hierro rota, habló por lo bajo con Rojas.

-Viera usted las goletas que hacen los presidiarios en Ushuaia con el «nothofagus betuloide», que secan junto con ellos en los calabozos. Se los traen los mismos españoles leoneses que los apalean con el mismo palo. Después del castigo a pan y agua, cavan el tronco y le van dando forma hasta que pueden flotar en el agua. Así lo desbastan por fuera y por dentro, lo dejan perfecto, sin un milímetro de más ni de menos. Pintan la obra viva de azarcón verde esperanza y la muerta la dejan pulida con el espíritu del árbol seco.

Así combinan el roble antártico con el betuloide, construyendo goletas de dos y tres mástiles con sus velas y velachos.

-Vi una hermosa goleta roquera. Me la hubiera traído, pero medía casi unos dos metros...

-Es lo que le permiten a los presos; si no, las harían de tres y cuatro y se embarcarían en ellas.

-¿De qué están hablando? -irrumpió Filkenstein con sus manos engrasadas.

-Ni de política ni de religión -replicó Rojas, sonriéndole.

-Es el reglamento inglés de la *Fanny*; pero a bordo...

Siguieron su charla con la broma y la buena brisa en libertad, de regreso al «hotel».

Filkenstein parece un excelente navegante -comentó Rojas.

-Antes viajó a las Malvinas, pero desde que se

enamoró de una joven Mac Intosh y los padres se opusieron al casamiento, se dedicó al cabotaje entre las costas de Argentina y Chile. Todo se sabe en el pueblo chico de Ushuaia y en el infierno grande del presidio.

-¿MackIntosh o Mc Intosh?

-¿Por qué me lo pregunta?

-No da lo mismo un Mack para los escoceses que un Mc para los irlandeses, sobre todo si son de las islas de Arán.

-¿Dónde están?

-En las antípodas de las Malvinas. Aparecen sobre las aguas del" oeste de Irlanda, semejan ballenas grises dormidas que forman molos naturales y aplacan las fuerzas de las grandes olas atlánticas. Las Malvinas o, mejor dicho la llamada Falkland del Oeste, tiene la misma misión protectora contra los temporales del suroeste.

-¿No habrá rechazado Fanny Mac Intosh al sueco Filkenstein por ser protestante? ¡Aquí, la disputa de almas es entre anglicanos y romanos!

-Posiblemente ... Fue San Patricio quien en el siglo quinto inició la evangelización en Irlanda y las islas de Aran no fueron una excepción, como no lo son las Malvinas españolas, argentinas y luego Falkland... Más tarde, en el siglo quince levantaron iglesias y capillas los franciscanos. No duró mucho la alegría de los hermanos de Asís en sus conventos, porque después llegaron los fanáticos de Cromweíl y asesinaron sin piedad a religiosos y a laicos católicos. Se les olvidó el gaélico, tal cual aquí el ona, para imponer un inglés con acento *cockney*.

-Veo que usted piensa como un sabio...

-No tanto, por favor; lo he aprendido en los libros. Por eso no hay que despreciar ningún papel escrito. Hay dos maneras de educarse: una, en las universidades de la vida y otra en la de los libros. Si enseñan, bien, y si no se puede aprender a no hacer lo malo que se lee en ellos. Sólo los déspotas ignorantes confinan a sus intelectuales al confín del mundo. Es lo que hicieron conmigo en Ushuaia y lo único que consiguieron los que allí me mandaron, fue no vaciar mi cerebro. Llevo muchas cosas en mis pensamientos y en papeles que escribí para publicar algo haciendo el bien a la infeliz isla que nos hospeda. Mi confinamiento es parte también de la historia fueguina, un signo más de su destino aciago. Pero no quiero hablar de mí, porque se me ocurre que no soy yo el

confinado, sino todo el Onaisin.

Alvaro escuchaba con la asta puesta en las pisadas que este hombre vigoroso iba dejando en la arena. Bien formado, más bien grueso para calar hondo con sus huellas en las arenillas mezcladas al limo ribereño. Eran los pasos de un hombre con inteligencia superior en los caminos del tiempo. Otros rastros, muy distintos a los del «guanaco blanco». Llevaba sobre los hombros el abrigo tal cual una capa de guanaco de los antepasados onas. De pronto, ambos casi de la misma estatura, miraron las tranquilas aguas de un remanso. Se detuvieron sobre una piedra en la orilla. En el fondo cristalino de esas aguas australes se divisaba un rebaño de borregos arreados suavemente por algún viento alto del suroeste. Miraron al cielo. Por entre las guedejas nacaradas se dejaba ver un celeste que se hacía más intenso entre las aguas.

-¿Conoció en Ushuaia a Silcha?

-Oí hablar de él en el presidio, pero no lo conocí.

-A preguntas mías, Silcha me contó su historia y parte de la de su gente.

«Su padre murió cuando él era niño, pero su madre vive aún. Por ella, y por lo que recuerda de su infancia, conoce las tradiciones onas. Tenía veinticuatro años y vivió en su tribu hasta los catorce. En épocas inmemoriales, los hombres vivieron sometidos a esclavitud por las «hijas de la Luna» y de Alpe, a quien asistía el privilegio de no sé qué potencia. Descubierto el secreto de aquel poder equívoco, los hombres se sublevaron y sacrificaron vengativamente a todas las hembras de la dinastía matriarcal, aunque dejaron vivas a las niñas no iniciadas en el primitivo secreto. De aquellas hembras sacrificadas, algunas metamorfoseáronse en aves. Los hombres, con el fin de mantener su victoria, necesitaron de un nuevo rito que hasta hace poco se practicaba en el «jaind», recinto iniciático de la raza. Al joven que había pasado por la escuela hermética del «jaind», llamábanle Senalpen, el varón. El ideal de la perfecta belleza física y moral, no la encontraban los onas en la mujer, sino en el hombre y llamaban «ketterrnem» a su arquetipo varonil. Sobre este mito y otros correlativos organizaron una vida espartana, dominando el medio inclemente y los instintos primordiales. El sexo y el clima son los ejes de la cultura fueguina.

Rojas continuó:

- Me contó Silcha sus pruebas de ayuno, soledad y trabajo que él mismo soportó en el bosque para graduarse de varón, al llegarle la edad viril. Este ona sobreviviente aprendió por sí mismo a leer y es aficionado a los libros. Le mostré en el libro de Agostini una lámina de color de la *filesia cuxifolia* y, al ver las campánulas rojas, las reconoció emocionado. Le muestro el libro de Carlos Gallardo, en que hay retratos y reconoce a Aneeken, a Kitemink, a Alepen; y me pregunta si no será este libro uno en el cual, según oyó decir, está el retrato de su madre. La busca entre los retratos, pero no está en ese libro su madre...

«Durante mi confinamiento en Ushuaia hablé con otros dos indios de la policía local. Uno se llamaba Thomas y parece mestizo de inglés y de yagana; el otro se llamaba Garibaldi, por la bahía de ese nombre que hay en el canal Beagle. Calza botas y viste uniforme gris de gendarme, tiene estampa airosa y gesto militar. Es moreno, desenvuelto en sus ademanes. Muy correcto al saludar. Cuando entró en mi habitación, le ofrecí una silla, pero no la aceptó, permaneció de pie en señal de respeto. Mantenía la gorra en la mano izquierda con elegancia, mientras con la derecha accionaba garbosamente, como una prolongación de su lenguaje. Sus ojos negros, de mirar agudo, eran ligeramente oblicuos, bajo el encapotado párpado. Su gesto era expresivo, su voz, varonil.

«-¿Está contento de su empleo ?»

«Sí, señor. El jefe me aprecia y el gobernador dice que va hacerme dar un lote de tierra fiscal cuando me case.

« ¿Y tiene mucho trabajo en la policía ?».

«-No, señor; esto es muy tranquilo. Ni en la casa de mujeres hay peleas... Borrachos, tal vez haya, pero no dan mucho trabajo. Si toman será en sus casas. Toda es aquí buena gente».

-Un perfecto inglés, hijo de india yagana, que paren detrás de los témpanos -comentó Alvaro Bonet, al dar paso al doctor Rojas, quien evitaba hablar de sí mismo, no queriendo revelar a su obligado compañero de pieza que era rector de la Universidad de Buenos Aires, y su nombre, Ricardo.

-¿Supo usted algo de la leyenda y la realidad de Radowisky? ¿Cómo fue el rapto del ruso aquél?

-Lo raptó el cúter que capitaneaba Pascualini, un genovés. Aún se recuerda un dicho de Pascualini: *«Genoves/gente mala e perversa / que por il mondo te disperse/Dante, Miguelo Angelo, Da Vinci, Fieramosca e tutu cuanti»*. Fue una proeza. Pascualini conocía todos los recovecos de los canales misteriosos que llevan al Estrecho de Magallanes. Mantuvo escondido a Simón Radowisky en la bahía de Punta Arenas, pero alguien lo delató. Pascualini hizo el viaje por dinero.... Pero el que trabaja solamente por la paga, cuando ve venir al lobo, deja las ovejas y huye, porque no es el pastor y porque las ovejas no son suyas. Este hombre huye porque solamente trabaja por la paga, dice San Juan en la Biblia... -terminó Bonet, con una respiración profunda.

Encendieron el cabo de vela que los esperaba en el cajón whiskero. Atención de la mujer del Pelado, para sus necesidades nocturnas, en lugar de la lámpara de kerosene. Luego se oyó un batifondo de timbales y sonidos arrancados, al parecer, por las uñas de una foca que estuviera trepando por un acantilado de zinc. Era la caja de música apernada en la pared de la cantina, que algún cliente había hecho andar introduciendo una moneda de níquel en su ranura.

Se trataba del famoso artefacto musical hallado por el capitán Wallis, de la *Fair Rosamonde*, en una calmosa noche de luna mientras navegaba por entre los canales del archipiélago Wollanston. Wallis escuchó sonidos de resacas, detrás de una punta pedregosa que no había percibido jamás en el mar. Este, en temporal, a veces tiene todos los ruidos del universo. Depende de las arenas, cascajos o piedras bolones, pedregullo triturado por el mismo oleaje en los acantilados pero éste, en realidad, tenía extrañas notas musicales. Ordenó a uno de los marineros que lo acompañara en la chalana. La echaron al agua. El motorista y otros mantuvieron la goleta al pairo. Una media luna creciente apuntaba la uña diamantina trazando una débil estela tras las islas. Las «Tres Marías» de Orión caían hacia el suroeste. Eran las tres un cuarto de un febrero en día sábado veintitrés. Lo anotó después exactamente en su cuaderno de bitácora. Escapuló la punta de piedras hasta donde llegaba una vegetación boscosa aparragada. Un barco había encallado y aún mostraba el carcomido puente de mando sobre las rocas sumergidas donde había chocado.

Bogando a dos remos, el capitán hizo un gesto al marinero para que dieran una vuelta en su torno. La proa todavía conservaba el nombre: *Western Lightiring*. Supuso, por la forma en que se había quebrado el puente, sobre la cubierta de la bodega número uno, que su quilla habría dado en una piedra plana, cual rampa de varadero. Allí, el oleaje en temporales sucesivos lo había despedazado, vaciando sus bodegas de las mercaderías que llevaba. Pero la música venía de una playita cercana. Se dirigieron en la chalana hacia el lugar. En el ancón arenoso, varios pianofortes en diferentes estados de conservación y posición, recibían el oleaje sobre sus teclas y cuerdas. Era como la música de las olas del Cabo de Hornos que, atenuada por los canales y canalizos del archipiélago Wollanston, llegaba hasta estos restos náufragos oxidados. Entre los pianofortes había una que otra caja de música con discos metálicos. Embarcaron dos en la chalana, una para los tripulantes y otra para el capitán. Discos de más o menos medio metro de diámetro, los que permitían la chalana, también se los llevaron por el valor del metal que, a pesar del tiempo y el lugar donde habían sido arrojados por las olas, conservaban intactos sus ranuras con pequeñas uñetas, a través de cuyo mecanismo lograban producir estridente música de campanilleos. Filkenstein arreglo una y el Pelado la adquirió a buen precio. Música de piedras, hierro viejo y océanos.

Esas rapsodias del Cabo de Hornos eran las que escuchaban el doctor Rojas y Bonet. Asustadizos ritmos de polcas, mazurcas y polonesas. Música salvaje del cabo más temido del planeta, en la que muchos náufragos transitaron en su viaje hacia el infinito.

-Esto me recuerda, profesor – comento Alvaro-; una extraña fiesta que los presidiarios escuchamos en Ushuaia. Fue un banquete amenizado también por otra música. El «Negro» Palacios, después de obsequiar algunas miniaturas de veleros que los presos hacían dentro de botellas, o goletas perfectas que podían navegar a pleno viento, similares a la que usted no pudo traer, banqueteaba en el presidio a ciertos marinos. En esa ocasión, se consumieron ricos manjares, se bebió champaña en abundancia, se fumaron habanos; todo a costa del hambre de los cuatrocientos penados que aun éramos. Para mayor indignación, Palacios hizo amenizar

el banquete con la banda del presidio. Entretanto, los penados 95 y 165 morían ese dia de tuberculosis; el 35 se volvía loco de frio; y ¿Cuántos más morían de hambre y frio en los calabozos? Pero Palacios, banqueteando a sus amigotes, no escuchaba los gritos que del pabellón 5° amargaban el banquete de los invitados. El mismo dia de la fiesta, otro penado se ahorcaba en el calabozo. N o quiso soportar la agonía lenta de los que pasan un mes a pan y agua

-Los exploradores del Antártico, cuando su barco fue astillado y hundido por los hielos, descubrieron que sus orines eran lo mejor para disolver la grasa de sus ropas sucias -comentó Rojas-. Los empleaban como jabón para quitarse las medias con los dedos semitronchados por los hielos. No tenían champaña para la Navidad de 1903, y al mezclar alcohol con agua comprobaron que la bebida hace más daño antes y después del sufrimiento y los trabajos entre los témpanos. Con las verdes y frescas ramas de haya que habíamos traído desde la Tierra del Fuego para adornar el camarote de Nordenskjöld, preparó Skottsberg guirnaldas alrededor de las lámparas simulando el árbol de una Navidad triste.

Con su nueva hélice de roble antártico, el «espíritu del árbol seco» impulsó al cúter *Fanny*, aprovechando la vaciante mar afuera. Allí levantó la mayor, trinquetilla y foque, con la surestada que lo fue alejando de la costa de Río Grande.

Un efecto común en esa costa, cuando se escapula hacia el norte, es el que las tierras bajas y objetos a flor de agua, islotes y rocas que se hallan debajo del horizonte, aparezcan levantados, deformes o invertidos. En las cercanías de Punta Sinaí, que sucede al cabo Domingo, el viento dejó de soplar; sobrevino una calma caliginosa, y lampos solares empezaron a transitar sobre el mar. Las velas trapearon y hubo que cazar las escotas para aprovechar las brisas sueltas que ayudaron al motor a media marcha en precaución de la hélice de madera apernada en el eje de metal.

Rojas subió a cubierta, mientras Filkenstein gobernaba. El propósito del patrón del cúter era transportar a su notable pasajero hasta Río Gallegos; pero, en caso de necesidad, el profesor le había pedido que entrara por la boca oriental del Estrecho de Magallanes, para tomar en Punta Arenas algún barco de paso directo a Buenos Aires.

Con menos notoriedad, apareció por el cubilete Alvaro Bonet, discretamente se puso a distancia para no perturbarles la conversación. Durante los preparativos para el zarpe del *Fanny* desde puerto Golondrina, se vio a Bonet pasear nerviosamente de una a otra parte en el sector donde permanecía anclado el cúter. Rojas se hallaba a popa, y se hizo el desentendido cuando el patrón de la embarcación hizo un gesto a Bonet para que éste sin más demora abordara la nave. La patria universal del mar transmite con gestos silenciosos sus mensajes solidarios o de rechazo entre sus hombres.

Cabo San Sebastián es un promontorio alto y escarpado de color oscuro que cierra la bahía del mismo nombre por el sureste, la vaciante tira sobre él con velocidad aproximada de dos millas por hora, lo que aconchó al cúter con su poco poder de máquina. Allí termina por el oriente la sierra Carmen Sylva, que desciende desde sus estribaciones de más de trescientos

metros de altura.

Afuera del cabo hay algunos peligros; en el costado occidental, su fondo se eleva sorpresivamente de veintidós a veintisiete metros. El umbral submarino no señala con sargazos estos peligros. Sólo a cinco millas del cabo se levanta otro promontorio escarpado y en la ancha playa arenosa, cuyas dunas invaden las colinas de coirón y mata negra, se yergue una curiosa roca alta, cuadrada de cantiles a plomo y matorrales de calafates que florecen en su cúspide truncada.

La frontera de Chile y Argentina está marcada por el mismo alambre que cerca el último campo de ovejas de la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego, que corre a plena pampa. En épocas geológicas remotas, todo ello fue fondo de mar glacial, por donde posiblemente pasaba un canal desde el Estrecho de Magallanes al Atlántico. Los glaciares depositaron sus rastros fecundos y ariscos antes que los del «guanaco blanco».

Situada la punta de Arenas en la latitud Sur 53 grados 9 minutos, y longitud Oeste, 68 grados 13 minutos, la gran bahía está cerrada a todos los rumbos, menos al Este. La bajamar descubre varios kilómetros de un lecho de légamo donde prolifera la vida submarina expuesta directamente al sol o a la luz umbrosa cuando el cielo se encapota y los temporales del suroeste soplan a ochenta, cien y hasta ciento veinte kilómetros por hora. Esto da a la región del Páramo su variedad grandiosa de mundos extraños y cambiantes, tanto del cielo con Orión, la Cruz del Sur, Proción y otras constelaciones que avanzan tras las Nubes de Magallanes, y abajo, entre sus arenales auríferos, otros cazadores menos celestes y más concretos que las piedras de granito y cuarzo.

Si se costea la restinga por el lado oriental, no se encuentran fondos mayores de veinte metros sino al aproximarse a su extremidad del sureste. La punta de Arenas es acantilada y limpia por efecto de la fuerza de las corrientes. En su lado occidental, que abraza a la gran bahía, es de arena y fango con moderada profundidad que va disminuyendo gradualmente hacia el interior de las aguas de San Sebastián. La extensa escollera en que se convierte esta punta de quince a veinte kilómetros es de un fragoroso oleaje, de cantos rodados por el este y un engañoso silencio por el oeste; es como una isla que está dentro del océano, cuando en pleamar éste sube más de

diez metros de nivel.

En el diario del ingeniero de minas, el rumano Julio Popper, se lee algo de su vida y de la vida histórica del Páramo:

«Enero de 1890, día doce. En la playa se veían hondas excavaciones en la tierra, en las que algunos hombres se hallaban ocupados en juntar arenas negras. En las carpas, alrededor de las hogueras, y a lo largo del arroyo Beta, unos setenta individuos armados de Winchester ofrecían el aspecto original de una agrupación de atorrantes, criminales y bandidos de casi todos los países del orbe. Vestidos de harapos algunos, descalzos otros, no había un solo individuo que ofreciera la más lejana semejanza al otro. Gritaban, reían, gesticulaban, cuando de repente la escena cambia. El montón de bribones se mueve cual nido agitado de víboras. Se oyen espantosos gritos de «¡alerta, los cuyanos!». Y aparecieron en la orilla opuesta del arroyo las siluetas de ocho soldados argentinos. Una descarga desordenada de carabinas recibía inmediatamente la operación inesperada.

«-¡Desplegados en guerrilla! ¡Al suelo! ¡Fuego! ¡Carguen! -se oía una y otra vez entre las detonaciones.

«-¡Ave María! ¡Misericordia! -se escuchaba de este lado...-¡Calen bayonetas.'... ¡Avancen! ¡Avancen! -del otro.

«Habían cesado las detonaciones; los soldados se apoderaron del campamento; una legión de forajidos, algunos de ellos aunque heridos, corrían precipitadamente hacia la frontera de Chile, y arrodillados en el suelo se veían cuatro hombres con los brazos abiertos en cruz, los ojos salientes, las caras encendidas y temblando todo el cuerpo, implorando perdón, con gritos de ¡Ave María!

« ¿Y vos que quedáis ahí, clavado como cruz parroquial?

«-¡Misericordia, señor sargento! -exclamaba el hombre que en su terror me veía con galones-. Yo no soy como los otros, soy carpintero, pobre, yo he trabajado con el gobernador Paz, vengo de Bahía Sloggett.

«Teníamos en el establecimiento una india ona, especie de *jettatore* que habíamos quitado a un grupo de bandoleros en uno de los encuentros anteriores a la llegada del *Tyr* y que pusimos en libertad en seguida.

«Esta india había venido y vuelto a desaparecer por repetidas veces; iba de la tribu a la casa y de la casa a la tribu, hasta que por fin, cansada por completo de la vida al

aire libre, parecía decidida a quedarse definitivamente en el Páramo, donde en el período de que tratamos, era el único representante del sexo femenino. En vano procuramos ya alejarla del establecimiento. Se había acostumbrado a nuestras comidas y a nuestros peones, quienes, ¡oh ingratos!, la bautizaron con el pintoresco nombre de "La Mula Blanca», por el color que ostentaban algunos de sus cabellos».

«Había estado en Buenos Aires y de nuevo me hallaba en el simpático Punta Arenas. Llevaba conmigo a los doce gendarmes destinados a la comisaría. Era invierno. Blancas las calles y blancos los cerros, blancos los campos y blancos los montes, rosa tan sólo el rostro de las bellas del pueblo, pero ni blanco ni rosa el ánimo de los habitantes. Algo extraño, inusitado, se había apoderado de los antes pacíficos vecinos. Se notaba un movimiento acelerado; en las esquinas se discutían cosas importantes; en los despachos se gesticulaba, se oían gritos; se compraban y vendían armas a precios exorbitantes y luego, de repente, seguían fases de tranquilidad; por momentos el pueblo reanudaba su vida monótona y acompasada.»

«¡Oh, no cabía duda! Allí sucedía algo parecido a lo que el genio de un célebre novelista ha concebido y descrito hace años: la futura «metrópoli antártica» sujeta a «Un capricho del doctor Ox».

«-¡Usted me la pagará cien veces! - se oía decir a una voz clara y despejada, pero agitada por la ira, mientras que detrás de un mozo que cargaba una capa de guanaco, se cerraba violentamente la puerta de una tienda. Era la voz del honrado, culto y afortunado dueño del almacén».

«-¿Pero cómo es, señor Menéndez, que usted, comerciante, después de estar avisado del robo de una capa de señas tan características, forrada como no hay otra en esta colonia, viene a comprarla por la tercera parte de su valor y a un individuo sospechoso, confinado? - preguntaba el juez, que a las ocho de la noche había constituido juzgado en la tienda. Era un caso extraordinario, nuevo en los anales del pueblo...»

«El almacén del Páramo había sido invadido por los hambrientos tripulantes del *Tyr*, y como Su Señoría, que probablemente pensaba reducir por hambre a las «fieras del Páramo», se había negado a embarcar un solo

kilogramo de víveres para el establecimiento, contestando negativamente a la nota que para este efecto le dirigía nuestro agente en Punta Arenas, quien conforme al reglamento del buque, solicitaba el embarque de vituallas, quedamos en consecuencia desprovistos de los elementos principales para la mantención, y por primera vez el hambre se dejaba sentir en el Páramo. Poco a poco, matamos los bueyes de tiro, las cabras y gallinas que teníamos para cría y gastamos la reserva de conservas finas para combatir el hambre de nuestros trabajadores; y en tales circunstancias aún tuvimos que reducir sus raciones para mantener a los gendarmes en paz, ¡y qué clase de gendarmes! El uno apenas salía del hospital; el otro, enfermo, y no de muy distintos antecedentes los demás. Se trató al principio de establecer guardias nocturnas, pero fue imposible. En una ocasión, un caballo mal atado por el pescuezo se debatía, se encabritaba en el corral torturándose durante tres horas y al fin caía muerto, estrangulado por la soga que le apretaba el cuello, mientras que los gendarmes de guardia, aterrorizados de miedo, no osaban salir de sus escondrijos. A veces se los encontraba ejerciendo sus deberes ocultos debajo de algunas chapas de zinc o dormidos en el *water closet*; más tarde, ya asumiendo algún valor, alarmaban el establecimiento con tiros de Remington, asustados por la silueta de algún guanaco. Fue menester suprimir las guardias. En cambio, tuve que constituir un servicio de policía particular, para evitar los robos de parte de los vigilantes, cuyos abusos llegaban al punto de destruirnos las camas del galpón, evitándose así el trabajo de cortar matas. En vano, el comisario se esforzaba en poner disciplina entre aquella gente embrutecida: plantones, barra, nada servía para corregirla. El gobernador nos ha dicho que tendríamos harto que comer y que pasaríamos la vida «echados de panza», decían al comisario cuando éste les reprochaba la mala conducta».

Julio Popper trataba de reivindicar así su propia imagen de cazador de indios y de buscadores de oro «vestidos de harapos», con la protección de «la Mula Blanca», a la que defendió sable en mano - según él mismo narra en su diario- de la lujuria de los tripulantes del *Tyr*. De su amor por el Páramo, dejó el testimonio de la leyenda que puso en el frontis de sus linderos en

florentino, el más puro de Italia: LASCÍATE OGNI SPERANZA, VOICH' ENTRATE (Dejad toda esperanza, vos que entráis). Porque primero hay que sufrir el Infierno para creer en el Cielo.

La fotografía que se hizo tomar carabina en mano con un indio ona muerto a sus pies, agarrado a la esperanza de su arco, es otro rastro de su paso por los coironales.

Puede que desde los lejanos parajes antárticos zarpen algún día los viajeros a la Luna, soñados por Julio Verne, o en astronaves imaginadas por el resplandeciente Flammarion -dijo el doctor Rojas, mirando la constelación de Orion, con los temblorosos pasos de Rígel y Betelgeuse que avanzaban por el cielo austral bajo el cual navegaba con buen viento de travesía el cúter *Fanny*, timoneado esta vez por el indio yagan.

El gran «cazador" celeste con las «Tres Marías» al cinturón, parecía que iba a afirmar un pie en el cabo San Sebastián y otro en el pico *Nose*, desde donde corren a través de la Tierra del Fuego los cordones de la cordillera Carmen Sylva.

Karl Filkenstein no usaba sextante en sus navegaciones. Conocía esa orilla como las palmas de sus manos lijadas en las cabillas del timón. Miró hacia el perfil de una luna nueva que asomaba por el noroeste, con Venus a su costado. ¿Existía un Dios más allá de esas estrellas, como decían los indios onas mirando al insondable infinito?.

-¡Qué buen tiempo para navegar con una hélice de roble! - exclamó Rojas.

La embarcación seguía horadando con su «chuco chuco» el silencio estrellado. Filkenstein tenía la altura de un ona, más de un metro noventa, ojos verde-grises. Alvaro Bonet se mantenía siempre a distancia, sin intervenir en las conversaciones.

En la cabina, el patrón del cúter abrió un pequeño librito de *Instrucciones para la navegación de los escampavías por la parte oriental del Estrecho de Magallanes*.

Los derroteros y sus instrucciones demuestran que los nombres geográficos dados por los navegantes contienen una característica de advertencia tal cual las ponían los onas: «Isla del Diablo», «Punta Divide», son advertencias para quienes tienen que tomar rumbo en la bifurcación del brazo noroeste del Canal Beagle. En Punta Dungeness, hay un faro cercano a la frontera argentina donde las instrucciones informan de pesca abundante. Es una angosta ensenada por donde desemboca un riachuelo que en la pleamar se ensancha pampa adentro; al suroeste del faro, en territorio chileno, se cogen al anzuelo robalos, pejerreyes y una especie de «gadus», cuya carne tiene

semejanza con el bacalao, siéndole sin embargo inferior.

Karl Filkenstein buscó una lienza con dos o tres anzuelos y una hebilla de cinturón rota. Se acercó a Bonet y lo instruyó para desembarcarlo en las cercanías de aquel lugar, donde encontraría una especie de mata negra parecida a la de Tierra del Fuego, un romerillo blanco propio de la Patagonia; con sus ramos podía hacer fuego, asar peces, erizos, cholgas y mejillones que hay en abundancia. Por su cuenta, le advirtió que más allá de la frontera estaba la estancia Cóndor, de un inglés muy acogedor, que podía darle trabajo o dejarlo «tumbear» por unos días.

Sobre su cuaderno de bitácora, Filkenstein, quien debía doblar su metro noventa y cinco bajo el cielo raso de la cabina, empezó a dibujar con lápiz trazador de rumbos circunvoluciones que terminaban en grecas de meandros cuadrados y algunas puntas con entradas y salidas.

-Aquí lo voy a dejar, detrás de la punta Dungeness- dijo trazando una línea hacia el oeste-. Más allá está Punta Arenas, tenga cuidado, no le vaya a pasar lo que a Radowisky rescatado por Pascualini.

-Alguien llamó al genovés «El último pirata del Estrecho»...

-No creo que sea el último -dijo Karl, trazando un signo sobre su carta marina con rastros amarillentos.

-¿Y eso?

-Mi punto «Omega»; por convención y convicción es mi manera de tomar la posición en que se encuentra mi *Fanny*.

-¿Mac Intosh? -dijo Alvaro, con sus ojos chispeantes.

-Sí, Fanny Mac Intosh... -replicóle el sueco con una mirada que tenía los resplandores del verde estrellado de la Vía Láctea; el mismo río de estrellas que se bifurca hacia las Nebulosas que Ferdinando, así se firmaba Magallanes, dio a conocer al mundo cuando sus barbas atravesaron flotantes nuestro Estrecho de Magallanes.

En esos mismos instantes, una espesa nata rojiza rodeó a la *Fanny*. Filkenstein tomó su farol de bote y por la regala alumbró el mar. Hasta la hélice de roble antártico disparaba al aire rojos camaroncillos. Alvaro trajo un balde con una soga y lo echó al mar sacándolo luego repleto de «krill».

-Detrás de Dungeness, usted encontrará agua dulce para hervirlos... Aquí lo desembarcamos -ordenó Karl, con voz lenta y estatura patagónica.

El cúter había entrado en el oculto surgidero tras la torre de franjas rojas y blancas del faro Dungeness. El indio bajó la chalana.

-Gracias a usted y a usted -dijo Alvaro Bonet, estrechando las manos de Rojas y Filkenstein, pero, por lo bajo, agregó al patrón de la *Fanny*-: Soy un evadido de Ushuaia. . .

-Lo sabía - replicó con calma el sueco.

El doctor Rojas bañaba su amplia frente en el río de las estrellas.

Al despedirse el indio Ariel, bailó una extraña danza con sus pies desnudos en las arenas patagónicas y Bonet lo abrazó para que no lo creyera un Calibán.

Desde la chalana aleteó como una «avestruz del mar» que señalara un cóndor por encima de las fronteras.

Alvaro Bonet se acurrucó entre las matas de romerillo que bordeaban las márgenes de la ensenada. Con el alba y en marea baja, pasaría a la otra orilla en busca de la vastedad patagónica. Estaba acostumbrado a dormir y despertar con sobresaltos del sueño a la realidad. De pronto, las esponjosas nubes empezaron a borrar el pizarrón estrellado, sobre todo el Gran Cazador Orión, que se perdió tras nubes más bajas que las luminosas de Magallanes, y potrancas negras surgieron del cielo arreadas por el viento del oeste de uno a otro confín. Aprovechó el manto de oscuridad para echar un sueño y, verdaderamente, soñó con un trencito de juguete que rielaba sobre las aguas de la ensenada.

Su trocha angosta entraba por los coironales patagónicos, tan semejantes a los de Tierra del Fuego. Pero no era un tren de juguete, sino el tren donde los presidiarios salían de Ushuaia para ir a cortar troncos en las faldas del monte Susana.

Un absurdo y trágico juguete del «Negro» Palacios, donde suben hombres y gendarmes vestidos con sus uniformes de carceleros unos; listados de condenados, otros. Monte alto de grandes robles el Susana. Partiendo rajones de siete pies; más altos que el sueco Karl, que un ona o un patagón de Pigafetta, el cronista de Magallanes, a quien le llegaban solamente hasta la cintura…

...No; no..., es él, Alvaro Bonet, el hombre más alto del Onaisin, con su tronco al hombro, que cae en un hoyo inesperado de los planchones de hielo rodado del monte Susana. Árbol y hombre caen al mismo embudo abismal abierto bajo la nevera. Por suerte, lleva escondida una pequeña botella de grapa. Bebe un largo trago. Se enjuga los labios ardientes con servilletas de nieve; pero su cuerpo y el aguardiente empiezan a derretirla en su derredor.

Está de pie, encajado junto a su rajón de roble como cuñas, hombre y roble. Pero no es él, sino Karl, el sueco quien lo ausculta con sus ojos tristes y su sonrisa bondadosa desde su gran altura. El roble antártico transformado en el roble ártico, ¡Oh, oh.. .oh...! Tampoco es Filkenstein, sino un leonés que se acerca al borde de su ataúd de nieve y roble. Le castañetean los dientes de terror. El españolete le dará de garrotazos allí mismo, por

haber llevado grapa escondida para el monte Susana. El leonés lo agarra a garrotazos, montando sobre el tronco y empieza a darle en los brazos. Le va a tronchar los antebrazos. Pero otro roble desgarrado, tronchado por el rodado, le tiende una mano de raíz y lo levanta. El castañeteo ahora no es de miedo; se ríe de la muerte. Alvaro Bonet por fin ha vencido el terror, el dolor, y se endereza triunfante sobre la muerte. Ja, ja, ja. La carcajada sonora la escucha el «Negro» Palacios. Pero no es Alvaro Bonet, sino Agustín Carmona, el penado número 157, el anarquista español que recitaba en su celda: «La vida es una lámpara en combustión, / cuando se apague,/ quedará flotando/ lo que hemos quemado en ella». Lo mismo en invierno que en verano recitaba su verso el español Carmona. El «Negro» decía: Este anarquista llegó tirando bombas de España y aquí Menéndez me lo amansó en un año. Sólo tira versos ahora. Le ha dado por «el perfil de una luna nueva que asoma por el noroeste,/ y la faz redonda y rojiza de Júpiter/ que trazan dos rieles de luz/, «sobre las tranquilas aguas del Beagle».

El tren es costoso y la leña también: pero el trencito a vapor continúa como los versos de Carmona, por rutina. Los leñadores van al monte con su uniforme listado y con sus armas los gendarmes. Lo mismo en invierno que en verano. Todos visibles en las zorras, a la intemperie glacial...

El trencito se detiene frente a la iglesia de Ushuaia. ¿Los presos van a rezar? ¡No! ¡Los presos gritan en señal de sublevación! Gritos, vociferaciones: «Vean bien lo que pasa; esto ocurre porque ya no podemos soportar la vida que se nos da...». Siete palos dijo el sargento Yañez y a mí me dieron siete más. Por eso caí en ese hoyo de la muerte. Dijeron que yo había concertado la sublevación de monte Susana... «¡Oh, Susana, de labios y faldas ensangrentadas! ¡Cópula y muerte en tus sombrías hojas de calafate!». Montaña amarilla de la tuberculosis. La campana de la iglesia toca a rebato en medio de la niebla blanca de la nevazón. Los guardias saltan del tren y nos rodean. En medio del tumulto, suena un tiro, otro tiro, otros tiros. Los rebeldes quedan, inmediatamente dominados. Uno viene con el dedo indicándome «¡Es él, es él. Alvaro Bonet, el que ordenó la rebelión del monte Susana!».

Y así fue, ni un palo más, y ahora tiros, balas y más balazos. ¡Bala, bala y bala y él corriendo hacia la falda del

monte Susana!

¿Dónde estás, Susana? ¡Ven, Susana, labios de uva de calafate, tos de perro, bandera de pulmón amarillo, escupo de vida y muerte!...

Alvaro Bonet despertó llorando de sus intermitentes sueños y recuerdos entre las dos aguas de la marea sumergida de la ensenada de Dungeness. Las potrancas blancas y las yeguas negras seguían galopando hacia el cerro Cóndor, de la estancia Cóndor, en suelo argentino.

Restregó sus ojos, «en las noches te sueño y empiezo a vivirte en las albas», repitió. Allí estaba al alcance de sus trancos el inglés acogedor recomendado por Filkenstein, el que siempre recordaba al afuerino el mensaje que se transmiten los barcos y el farero de otra punta «Dungeness» allá en su vieja Inglaterra, a la salida del canal de la Mancha: «¿A dónde va y qué rumbo lleva? ¡A mar abierto, con rumbo incierto!». Así iba él, después de los hechos que originaron su fuga de Ushuaia.

«Muchas veces hubo, en tantos años, intentos de sublevación o de fuga, frustrados siempre. A la superioridad de fuerzas que los reprimieron, por cierto que sin ninguna compasión, agrégase la configuración geográfica del lugar, donde el océano y la montaña cierran el paso. El evadido que se dirigía al Beagle necesita de un barco para huir, cosa difícil o imposible y si se dirige al ulterior de la isla, sucumbirá de hambre, de fatiga o de frío, en el bosque desierto y nevado. Por eso, las tentativas de rebelión o de fuga fracasaron siempre, y sólo fueron producto de la desesperación. La imagen del encierro, absoluto para los penados, proyecta su sombra sobre todo el pueblo, que tampoco es libre. La gente sabe que vive del sueldo de los guardianes, de los pequeños comercios atendidos por sus familias, de las provisiones de carne para el presidio. De él salen, además, el pan y la luz para el vecindario. Ushuaia vive resignada, quieta, con un regusto amargo de lo que come, y con una melancolía que apenas se oculta en su silencio».

Cuando él llegó a Ushuaia, no había más calle que la costanera y muy pocas casas de madera y zinc, como las de la ribera norte de Río Grande. Los indios vestidos de pieles llegaban hasta allí, pero eran mansos. Uno de los chorrillos más grandes, parecido al que ahora tenía que vadear por detrás del faro de Dungeness, pasaba cerca de la iglesia parroquial católica, y sobre el riacho, el «puente

de los suspiros», donde en la oscuridad, cuando alguien atravesaba, se escuchaban los quejidos de las indias tumbadas por la lujuria de los primeros pobladores. Así comenzó el mestizaje del extremo austral. En la península, apartada del presidio y del pueblo, levantaba su iglesia la misión anglicana. Alvaro Bonet recordó con plena lucidez todo esto, y «en el nombre del padre, del hijo y del espíritu santo», se persignó y rezó un padre nuestro. Luego vaciló ante el Ave María, pero acordándose de Filkenstein y de su ya lejana *Fanny*, la rezó devotamente por ellos.

Recogió la lienza, la hebilla rota y los anzuelos que le había regalado el sueco. La hebilla también podrá servir de anzuelo para un pez grande y la amarró a cierta distancia de donde podían picar los peces chicos. Gusanos que habían salido del limo a gozar de su primera visión maravillada, con su piel tan fina y delicada como la retina de un ojo, los ensartó para mimetizar sus anzuelos. La hebilla rota, tal vez para un gadus, esa mala especie de bacalao; pero felizmente, tres robalos medianos se debatieron como el día que llegaba entre las nubes a tirones. Los destripó, lavándolos en agua de mar depositada en las lagunillas marginales. Luego, en su camino pampa adentro, el viento del oeste empezaría a orearlos, porque entre potrancas y yeguas salvajes, se insinuaba un «ojo de buey». Siguiendo sus rastros, cortó en dirección a Cerro Cóndor.

Quieres echarle estas monedas a la música? -dijo Doimo Grotzen a Georgina Sterling, y agregó guiñándole un ojo-: ¡Y te enseño a bailar polca!

La joven accedió, pero en vez de una polca, brotó el ruido de una mazurca, cuyas notas eran tan desperdigadas y chirriantes tal cual la encontraran las olas del Cabo de Hornos.

-Le gusta al viejo Schaeffer cuando recuerda su *puszta*...

-¿Qué ha dicho?-saltó Georgina, que entendió una mala palabra contra su amigo que bajaba de la Tercera.

-¡He dicho *puszta* no puta... caramba! -rugió Grotzen.

-¿Qué significa?

-Es el nombre de una gran llanura de Hungría, alrededor del lago Balaton, que Schaeffer dice que se parece al Páramo.

Georgina anotó la palabra en un papel donde sacaba las cuentas del Pelado. Era su costumbre. Anotaba aquello que no entendía y preguntaba a quien supiera. Esta vez se lo mostraría al viejo Schaeffer cuando bajara de la estancia, para estar segura, pues no confiaba del todo en Grotzen. A menudo, le sacaba el valor de sus vasos de ginebra marca «Llave», en cuya etiqueta se leía «Su color ámbar pálido comprueba su vejez». La botella de cerámica café oscuro era muy estimada por los buscadores de oro que le ponían sus gruesas medias de lana para calentarse los pies con ese lema. Schaeffer nunca compraba una botella entera, sino que bebía sus vasos escuchando la caja de música.

-¡Hay que distinguir una polca de una mazurca, igual que a un húngaro de un sorabio! -sentenció Grotzen.

-Para mí todos son austríacos -replicó Georgina.

-Por culpa del imperio austro-húngaro que desencadenó la guerra mundial con sus ambiciones. No tengo nada que ver con austriacos ni con húngaros. Soy alemán, un sorabio de Bautzen. Si me conviene el alemán, lo soy y si no, me sale la sangre sorabia, de la única minoría eslava que ha resistido todas las guerras. Hasta las peleas por sus religiones. En Bautzen hay una catacumba donde los sorabios pusieron una roca con sus dioses. Después vinieron las tribus germanas y pusieron los suyos. Llegaron los cristianos y colocaron su cruz.

Después vinieron otras cruces... A mí no me importan las cruces... con excepción de las de oro. De esas hechas con pepas que se encuentran en los ríos, no en el mar. Vienen hechitas de puro oro, y no como esas arenas negras que hay que lavar, derretir y amalgamar en las medias hediondas, como las del viejo Schaeffer.

Doimo Grotzen, hombre alto, grueso de espaldas, de ancha cabeza, nariz con fosas nasales como oliendo siempre, sin barba y larga cabellera, era un pintoresco tipo del cual en Río Grande se contaban variadas historias. Cuidaba un puesto ovejero en la estancia «Río Cullen», en pleno redoso de la bahía San Sebastián, en la ribera Norte, de tres mil ovejas. Su rancho de dos aguas, de zinc acanalado, con buen maderamen por dentro. Dos piezas lo dividían con una altura hecha para la corpulencia de Grotzen. Tropilla de ocho caballos, tres de los cuales se herraban con uñetas para el hielo. Los demás se usaban a casco pelado. Criaba finos perros ovejeros y se comentaba que había logrado cachorros de la zorra colorada fueguina y de un pastor alemán, para amaestrarlos en la caza de los zorros colorados, más grandes y dañinos que los lobos esteparios.

En Río Grande, sólo George Sterling le competía en gracias y desgracias. Había sido el inventor del juego del sapo, en casa de la polaca trasladando las ganancias que hacía el Pelado con su rana verde, al quilombo más visitado por los buscadores de oro. Fuerte como un toro, era tranquilo, sereno, con una filosofía práctica de zorro astuto que evitaba camorras. Más bien, era un buen componedor de conflictos, en los cuales siempre ganaba algo, sobre todo entre las mujeres asiladas, quienes devolvíanle con creces sus favores. No podía pasar más de quince días sin venir galopando de noche desde el Páramo. Mientras otros pasaban meses y años sin ver mujeres, Doimo decía que por lo menos necesitaba dos por semana. Reía y hacía reír con sus extravagancias. En la estancia de San Sebastián había «arregladores de caballos”- para «carreras a la chilena»; de él decían que «arreglaba mujeres», y luego las recomendaba. Su vida flotaba muy bien entre dos aguas, la de la buena y la mala fama, donde algunos hombres tienen la sabiduría de convertir una en otra. Sólo el Pelado le ganaba en el juego del cacho, dándole vuelta los dados, que atisbaba a ojo de tiburón, levantando el cubilete con el borde de su mano mocha- Grotzen reía. Nunca pudo

comprender en qué forma ese ojo ciego, cerrando el sano, o poniéndolo en el borde del tablón a medias, le podía dar vuelta los dados para sacar puros ases. Para todos era un misterio. Ciego y sin dedos no se podían hacer esas trampas. Hasta Esther, con sonrisa de Gioconda, pasaba de la inocencia a la mueca y dudaba de la magia de su marido, sobre todo cuando acompañaba sus juegos de ojo y manos con la música apernada en la pared.

-Aún no conozco eso que hace con los dados; según algunos los da vuelta...

-¡Pavadas! -vociferaba Grotzen-. Creo en la mitad de lo que me cuentan y de lo que veo, un tercio...

Por eso, tal vez, se había puesto a hacer cruzas del gran zorro colorado de los bosques fueguinos con el pastor alemán que encadenaba en la perrera junto a la puerta de su rancho en el Páramo.

Georgina lo dejaba hablar y en su interior hacía comparaciones entre las fanfarronadas de Grotzen y la humildad conmovedora de Schaeffer, quien a menudo, al escuchar las mazurcas de la caja, semejante a un gran reloj de pared con sus pesas colgantes, lagrimeara. Dudosas gotas color ámbar pálido le caían de sus ojos a la punta tumefacta de su nariz. ¿Por qué lloraba un hombre y otro reía al escuchar esos destemplados sonidos musicales? Ella prefería la victrola «Víctor» con su gran bocina y leyenda abajo: «La voz del amo», donde un perro blanco ponía oído al artefacto. ¿Que había detrás de aquellos sonidos y aquellas máquinas? ¿Un hombre o un perro aullando? Empezó a preocuparse por esas canciones y la música. El lechero de la estancia Tercera Argentina le había traído de regalo algunos discos, pero no se oían bien en la victrola del Pelado. Entre ellos, su tango preferido era: «Allá en el bajo/ las sombras duermen/ callado el río/ soñando está/ dos hombres llegan/ son dos rivales/ que en duelo criollo resolverán/ quién será el preferido/ a desflorar los besos/ de la mujer fatal/ relucen los cuchillos/ centellean las miradas/ mientras en el baile/ la muy taimada/ sólo se acuerda/ de que es mujer».

Una vez se habían encontrado esos dos hombres en la cantina y casi habían peleado: «Schaeffer hablaba de su *puszta* y Grotzen de los canales entre bosques e islas allá en su Sorabia natal.

-¡Esta es mi madre y esta es mi hermana! -le gritó

sacando de su cartera una amarillenta fotografía.

Schaeffer y Georgina contemplaron a una hermosa dama vestida con cofia de reina y a su lado una bella muchacha recostada en su corazón con blusas bordadas y polleras de encajes, anchurosas.

-¡Qué va a ser tu madre...! -se la devolvió el húngaro despectivamente .

-¿No me parezco a ella?

Georgina tomó la fotografía mirándola de arriba abajo y rió:

-Se parecen en la nariz -opinó.

-¡Qué se va parecer a una nariz de perro! -retrucó Schaeffer. Grotzen tomó el retrato con júbilo y se lo llevó al corazón.

-¡Pon una polca!

Georgina fue a la máquina a poner una moneda de níquel. El sorabio empezó una danza en torno al húngaro y éste lo miró con desagrado.

-¡Cómo bailo con mi hermana y con mi madre. húngaro caiquén!

-¿Con las dos . . . ? -profirió Schaeffer, mirando de reojo al bailarín que hacía temblarías tablas de la cantina. Sin embargo, sonrió cuando el danzarín danzó con gracia una mazurca.

-¿No sabes, húngaro boludo, que la mejor y más abundante leche sale de una vaca cubierta por su hijo toro? ¡Por algo me han encargado planteles finos! De un gran «lincoln» y de una pachacha «romey», salieron las «corriedale» fueguinas...

Después de oír aquello, Georgina, al atardecer, cuando Men Nar volvió a su ventana de la cocina, le pidió que le contara aquella historia de Sóterr, la muchacha que se convirtió en zarzaparrilla, y la de la desgraciada Aquelvóin:

«Cuando los hombres del sur eran hombres-flechas con la velocidad del rayo, Háis, con su poder de «jon», raptó a la muchacha llamada Sóterr, a la que obligó a trabajar en su choza para castigo de los del sur.

«La muchacha no pudo acostumbrarse a las pampas sin árboles ni pájaros cantores. Sobre todo sin loros, de los que desde pequeña creía que eran hojas verdes que volaban y cantaban de uno a otro bosque. El norte era pelado y para adornarlo y poder vivir, se transformó en zarzaparrilla, el hermoso arbusto de finas varillas que da frutos rojos. En invierno, al llegar la nieve y el viento,

escasean sus hojas y las pequeñas frutas cuelgan de los flexibles tallos en racimos de lágrimas de sangre...

«Háis se casó con Cásmen. Tuvieron una hija: Aquelvóin. Háis era enemigo de Náuquenc, otro de los poderosos «jon». Para vengarse de los daños que le causaba Náuquenc, sin motivos, Háis tuvo relaciones ilícitas con la hija de Náuquenc: Hósne. Era bellísima, graciosa, de buen corazón. Sentía verdadero amor por Háis; pero sufría porque ya tenía mujer; si no se habría casado con él. Esta secreta inclinación de su hija, como el hecho consumado de que Háis hubiera logrado el amor de Hósne, exasperaron a Náuquenc. Herido en su condición de padre, concentró su poder de «jon» para vengarse.

«Una noche, tempestuosa noche, cuando las furias de la naturaleza del Onaisin se desataron, logró capturar sigilosamente a Aquelvóin. Luego Háis en la oscuridad fue a visitar a Hósne, pero Náuquenc la había reemplazado por Aquelvóin. Así, el padre tuvo un hijo con su propia hija, sin que ninguno de los dos se diera cuenta de ello».

Georgina Sterling prefería vivir en Río Grande con una «inteligente ignorancia» frase que acuñó para las averiguaciones indiscretas de quienes gustaban escuchar historias sucias y macabras en las mesas de los parroquianos.

Prefería hechos de naufragios y salvatajes, como el de los veleros *Patmos* y *Petricia*.

El Pelado solía contarlo con sus propias variantes a los cuentes, mientras se pasaba la mano por la encarrujada calva con que salió de la barca *Gleneriff*, naufragada al sur de punta Espora, entre las de Stone y Oar de la costa chilena.

Sabía lo que era un incendio a bordo y agregaba al relato sus propias experiencias.

Lo del *Patmos* y el *Petricia* había ocurrido al doblar el Cabo de Hornos. Cuando el asunto se puso serio, los marineros largaron el bote salvavidas más grande del *Patmos*. De esos tinglados con amarras para aguantarse por dentro y por fuera bajo el mar, para «no tomar agua parados...». Pusieron en el bote un poco de carne salada y galletas, unos cuantos barriles de agua caliente que se enfriaron luego. El capitán llevó a su esposa, Millicent, sobre el combés sumergido de la nave, tal un mascarón de proa al que se le hubieran soltado los pernos. Iba con la cara envuelta en un mantón que mas

parecía una mortaja que el atavío de una virgen triunfante de las violaciones reiteradas del «Gran Viejo», como los de esos clippers llamaban al mar. La envolvió en un impermeable y la depositó en el empalletado del salvavidas. Todos los hombres se encontraban en el castillo de proa del *Patmos*. Al llegar la noche, con el viento que rugía sobre el buque incendiado con su cargamento de carbón, la flotante hoguera adquirió un espectáculo escalofriante. En la antigua India, después que se incineraba a los maridos, las esposas se arrojaban a la hoguera de las vertientes del Ganges, el río sagrado. En ocasiones, las calaveras se desprendían de los cuerpos y bajaban persiguiéndose como para darse el último beso antes de perderse en el océano. En la historia del Cabo de Hornos no se había visto un buque incendiado y maltrecho luchar de ese modo contra los elementos más crueles. Haces de fuego flameaban a sotavento en lluvia de chispas. Crujían los mástiles y las llamas corrían hasta las velas del estay. Sólo las blancas hendiduras de las gavias surgían por encima de ese infierno. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que empezaran a incendiarse los mástiles? Se había hacheado la cubierta, cortándola para demorar este nuevo desastre, y el agua caía por escurrideras hacia abajo. El buque estaba inmóvil. En cualquier momento podía hundirse, mientras el joven capitán Nichols aguardaba el amanecer. Lanzaríase en su último bote taxi pronto pudiera apreciar el estado del mar. Y llegó el momento en que su vozarrón atravesó el ruido de la tempestad.

-¡Ahora, mis hombres! ¡Arriar! El bote se deslizó fácilmente de sus pescantes al mar.

Los marineros saltaron dentro del bote y trajeron consigo a Millicent. ¡Esos hombres eran algo más! ¡Eran verdaderos hombres de mar! Calmados, serenos en medio de la adversidad. Sin gritos, porque tenían los dientes apretados, y sus ojos expertos desatracaron el bote cuidadosamente, mientras avizores escudriñaban las grandes olas.

-¡Venga..., capitán! Parecía una orden brotada del propio mar; pero el llamado lo lanzó el más viejo de los marineros.

-¡Cuidado, mis hombres! -exclamó Charles Nichols, al acordarse en un relámpago de su pequeño hijo Andrés, que había quedado al cuidado de su madre Myriam Patterson. Un relámpago circular, violáceo, fulguroso, le

hizo ver a la abuela sosteniendo en brazos al pequeño Andrés… Toda una vida se midió en un instante.

El capitán se deslizó prestamente desde los obenques al bauprés.

El Patmos se hundía por la popa. Enormes nubes de humo brotaban por las escotillas hacia los tres mástiles, que empezaban a izar velámenes de fuego donde danzaban, entrecruzadas por el viento, macabras imágenes. Eran bailoteos de la vida y de la muerte sobre el mar del Cabo de Hornos.

En las perillas de las cofas no asomaron las «luces de San Telmo». El mar empezaba a apagar las llamas. Pero el buque, por un extraño milagro, seguía a flote. Los náufragos se detuvieron unos instantes oscilando sobre las embravecidas crestas. El capitán en el timón mantuvo el bote rumbo afuera. Pero no ocurren milagros en torno al Cabo de Hornos. El Patmos seguía hundiéndose. El huracán zamarreaba el bote, lo levantaba sobre las crestas de las olas y lo hundía en sus senos abismantes. Capitán y marineros estaban empapados. Estos seguían remando. En el buque, los mástiles se tambaleaban y, apagadas las llamas por el mar, como quien sopla el último cabo de vela, la nave se hundió tragada por las fauces boqueantes del cabo más temible del planeta.

Durante el día siguiente, se mantuvieron a la expectativa, achicando el agua helada que había encapillado el bote. La tiznada tripulación parecía haber salido de un negro caracol vomitado por la noche. Estaba exhausta... Nichols y el piloto se turnaban constantemente en el remo de la bayona, timoneando. Habían rescatado un compás de bote y mantuvieron el rumbo al norte. La noche siguiente los obligó a otra jornada sin cuartel, sin más armas que sus remos. Achicándose y afirmándose en ellos, lucharon nuevamente hasta el amanecer. Al fin, ¡el día! Mientras se elevaban sobre las crestas de las olas, podían distinguir el quebrado perfil de las cordilleras más bajas, como si hubieran caído destrozadas por las más elevadas. ¡Estaban cerca de la costa de la Tierra del Fuego!

De pronto, divisaron las velas de un buque que había corrido el mismo temporal. Iba de bolina, aferrado con las gavias bajas. El castigo del mar le hacía navegar de modo que la dirección de la quilla formaba con la del viento la mínima escora posible. Se hundía a veces junto a las tres grandes olas con las que los dos más grandes océanos,

Pacífico y Atlántico, ritman sus encuentros. Uno viene del oeste con las olas más altas que se conocen, para barrer las cubiertas y sus tripulaciones, y el otro avanza del este, con dos metros menos de elevación, pero con una fuerza de profundidad que da martillazos en la obra viva para abrir vías de agua, o dejar a la nave con su quilla al sol de un solo golpe de mar

-¡Avante, avante! - habló a sus hombres Nichols, al ser alzados una vez más, mientras divisaba sólo el bauprés y la baranda de toldilla del otro barco. Los mástiles iban con las velas cuadras altas aferradas, semejaban navegar como la Santísima Trinidad aquellos tres mástiles.

Alentando siempre a sus bogadores, trató de acercarse hasta el buque, mientras éste viraba a sotavento. Durante horas, los marineros lucharon del modo como saben hacerlo los que tienen que salvar sus pellejos. Una nubécula de humo... ¡habían disparado un fusil! Era un barco bajo, de casco herrumbroso. Sus hombres se agruparon en la barandilla que sobresalía de una cresta en cada escorada.

Al aproximarse, los marinos les lanzaron cables. Eran tripulantes británicos. La señora de Charles Nichols llegó así fácilmente a bordo, en tanto que el *Petricia* volvía a escorarse con la fuerza del viento. Los náufragos treparon por sus cadenas; el último en hacerlo fue el capitán Nichols, con todos los papeles de su buque perdido, el *Patmos*. Mientras tanto, el bote era lanzado lejos por una ola que reventó entre la embarcación menor y el casco manchado de óxido del *Petricia*. Se hundió solitario, poco después el bote salvavidas, cumplida su misión.

-Hubiera estado más seguro allí, capitán -dijo sonriente Nichols.

El capitán inglés, con el rostro preocupado, asintió en silencio, dubitativo, al escuchar sus palabras. El viento trajo el fuerte rezongo de la marejada próxima. Cuatro hombres, dos a cada lado, se hallaban con las piernas abiertas para halar las gruesas cabillas del timón. Esta parte, detrás de la toldilla, era precisamente la que más veían los náufragos del *Patmos*, al ocurrir el milagro de la aparición del *Petricia*. Los rafagales seguían y azotaban al buque en bolina, inclinándolo sobre sus imbornales, impulsándolo a sotavento, cada vez más cerca de las grandes rompientes contra las estribaciones de las

Cordilleras bajas. Se encontraban ya en algún lugar al oeste del Cabo de Hornos. Muy cerca asomaba la árida costa. Nichols, agotado, apenas había reparado en ella.

-Hemos estado perdiendo terreno durante horas, alistándonos para el choque. Esta es una costa maldita, capitán.

Un viento de travesía comenzó de pronto a soplar directamente hacia esa costa «maldita", con vengativas ráfagas. Ya no eran esos *wileways* o rafagales que caían en turbonadas. Era viento grueso aconchando el buque.

-Conozco esta costa, capitán -dijo el joven Nichols y agregó insinuándose para ayudar-: Si a usted no le parece mal. . .

-Hágase cargo del buque, joven -respondió el capitán inglés, y agregó por lo bajo-: Creo que está todo perdido.

-¡Todos al puente! ¡Todos al puente!

La orden del nuevo mando se repitió de popa a proa, de quilla a perilla.

El capitán Nichols volvía a actuar, era un joven y vigoroso sabio del mar. Las tripulaciones inglesa y norteamericana, unidas, corrieron por el puente inundado. Nichols mandó arriba a sus propios pilotos. Sus hombres de mayor confianza.

-¡Suelten esos calzones! ¡Larguen las gavias! ¡Pronto, caramba, por sus vidas! ¡Pronto! -fue el último vozarrón y luego se dirigió en persona para agarrar las cabillas de la «rueda de respeto», la más pequeña dentro de la gran rueda, como un gran corazón manejado a cuatro y cinco manos marineras, entre capitán y timoneles.

Las nuevas órdenes electrizaron otras manos que repararon con celeridad los aparejos de acero. Los grandes torniquetes metálicos, los sólidos mástiles de hierro. Una escalera de fierro retorcida en caracol fue enderezada a combazos para subir a la cofa. Con la doble tripulación se halaron las escotas. Todo temblaba durante la operación, mas los hombres se mantenían firmes en sus puestos de trabajo. El alma del *Petricia* parecía recuperar su estabilidad. A veces se oía una mala palabra, aunque el joven Nichols había repetido, para que ingleses y norteamericanos lo oyeran: «que a bordo más valía un puntapié en el traste para apartar a un torpe o a un bribón que un insulto grosero, sobre todo si no se respetaba a la madre». El fuerte casco de hierro empezó a quejarse bajo el gran peso de las olas que encapillaba. Armaron las

drizas de las gavias altas, mayor y cangreja, juntando las empapadas velas. Ciñeron el viento con los cuatro hombres regulando el «centro vélico» con las cabillas de la rueda del timón. Con Nichols al cuidado de la navegación en la rueda de respeto, el barco se mantuvo hasta que los mástiles con sus velámenes empapados de espuma y la regala de sotavento bajo el agua, aumentó su escora. Pero avanzaba y «por avante". Tan pronto se desplegaron las velas de estay, aquellos mástiles se encorvaron. Se aparejó la vela mayor. Quebróse la gavia de mesana y se inclinó desparpajada a sotavento. No se sintió en medio del aullido de la tormenta. Nichols forzó aún más, mientras se sacudía con cada ola. Su joven esposa se agarraba al palo de mesana. En cualquier momento el buque podía irse a pique. Todo crujía y temblaba. Algunos velachos sueltos trapeaban roncando cual cuervos en vez de las «luces de San Telmo». El viejo capitán inglés se había ido a su camarote, agotado por los años y tantas luchas al doblar el Cabo de Hornos. Si la tripulación hubiera visto que se persignaba y rezaba padre nuestros y ave marías arrodillado junto a su litera, se habría debilitado su fortaleza. Todo lo que hiciera ahora el capitán Nichols, ese yanqui de ennegrecido rostro mulato, estaba bien hecho, porque al *Petricia* él lo consideraba perdido. Muy pronto las marejadas lo despedazarían entre las rocas.

Sin embargo, el barco había encontrado un nuevo amo. No era un perro arrojado sin amo en el mar ni un «guanaco blanco» manoteando entre fragores de balaceras. En el *Patmos*, la catástrofe había ocurrido por el fuego. En el *Petricia*; iba a ocurrir por las aguas embravecidas. Entre esa doble tripulación había hombres anónimos con los cuales se podrían salvar todos los barcos de una humanidad en llamas, o de una nueva edad glacial, en la que aún permanecía ese umbral del continente antártico.

En alguna parte, a sotavento, en medio de la bruma y su creciente oscuridad, se hallaba esa conocida y traidora sepultura de barcos: entre el Falso Cabo de Hornos y las islas Ildefonso.

Constituyen las Ildefonso un grupo de isletas y rocas que ocupan una extensión de cinco millas en dirección del Sur 60° Este al Norte 60° Oeste. En el mismo paralelo que el cabo West, de la isla Hermite, donde espera agazapado

el verdadero Cabo de Hornos, de roca tan dura como una abstracción diabólica del tiempo. Estas Ildefonso distan 47 millas y 13 de la punta Ragged, extremo sur de la isla Morton. La altura de esta isla no excede los 35 metros y su perfil trasversal es muy angosto. Cuando los grandes témpanos encallan allí, se oyen los ecos de sus descargas de «artillería» a la distancia. Entonces el relieve de las Idelfonso sobresale en aristas que semejan un cordón de montañas que emerge de esas aguas. Sin embargo, son un reparo si el barco se mete en esos boquetes. Los buques pueden pasar también a corta distancia sin peligros. No los hay, ni insidiosos, en sus inmediaciones. Los cazadores de focas las aprovechan muy bien y las visitan periódicamente. Los loberos, a menudo, saben más que los oficiales de ruta, pero no largan sus secretos, pues las focas de un pelo y, sobre todo las pequeñas de dos pelos, son las más codiciadas para las peleterías de Londres y Nueva York. En una temporada de caza, una sola goleta norteamericana había faenado cuarenta mil cueros.

Al caer la noche, el *Petricia*, con la solidez de los astilleros del Clyde, donde había sido botado al agua, navegaba con suficiente espacio y la necesaria agua bajo su quilla. Esa noche de tormenta pasada, el joven capitán Nichols lo gobernó sin misericordia, con todos sus hombres en el puente. Con la llegada del alba, un súbito cambio de viento que a menudo allí ocurre, favoreció su rumbo y dieron vuelta al Cabo de Hornos. Como el *Patmos*, llevaba también una carga de carbón galés para Chile, a donde llegó con su joven señora, ya no arropada cual un estropeado mascarón de proa con sus amarras sueltas.

Los caminos del mar no son a menudo los mismos que los de tierra adentro: en éstos, los hombres no pierden fácilmente sus rastros, aunque la memoria de algunos se haga frágil y tornadiza. Para Georgina Sterling, muchacha de diecisiete años, la experiencia adquirida entre el mesón y las mesas donde tenía que servir a los clientes del Pelado, era como el cajón de Esther, que guardaba no sólo libras esterlinas, pepas de oro, sino la misma vida que iba y venía por la Desembocadura.

En un año, el puesto del Páramo, a cargo de Doimo Grotzen y Georgina Sterling, con la marca y señalada, había dado un promedio de parición del setenta por ciento. Otros campos daban el noventa y hasta el ciento veinte; pero el que cuidaba el flamante matrimonio era de los malos campos arenosos.

Para nadie era un secreto que el «austriaco», al casarse con Georgina ante el oficial de la Comisaría, que hizo de Registro Civil en Río Grande, tuvo primero que llegar a un trato con Esther y el Pelado para llevársela.

Habló, asimismo, con el administrador de la estancia «Cullen», quien mandó agregar al rancho de zinc una pieza de madera machihembrada, de tres por cinco metros, donde se instaló la recién casada. Arturo Stewart apadrinó el matrimonio. Así se cumplió la predicción de la ahijada con su doble padrino. Para la celebración, Grotzen encargó del frigorífico menudencias y sobre todo mollejas en gran cantidad. La parrillada y la fiesta fueron en grande. Cuando se trabaja, se trabaja y come; cuando se toma y se baila, también se come... había observado Georgina, especialmente al llevar los caballos montados en pelo a la aguada del río. Su breve vida no estaba vacía; tal vez un poco exagerada, tal cual los espejismos playeros de Río Grande; ahora comenzaban otros en las arenas del Páramo. Allá había atendido más de una vez a las hermanas Bridges, que conocían a Men Nar y pasaban a verla, cuando traían arreos de su propia estancia de puerto Harberton al Frigorífico. Eran iguales que hombres para el caballo. El Pelado le había enseñado a carnear ovejas sin hacerlas sufrir, como hacen los chambones. Se la pone en el suelo, y se le abre delicadamente el vellón en la garganta. Se da el tajo en el gañote y, doblándole la cabeza para atrás, sobre la rodilla hincada, con el descuerador afilado, se le da el puntazo final, a la manera de un diestro en torería. Hasta para matar hay que aprender bien el oficio. El que agarra un animal y no sabe hacerlo, da el triste espectáculo al no distinguirse quién es más bestia en la faena. No necesitaban decírselo a Georgina, que de la escuela primaria había pasado a la universidad del mar y de la tierra de Río Grande, ampliada ahora con la vastedad del Páramo. Mientras, Grotzen se

dedicaba, con sus artefactos de minero confeccionados por él, a lavar arenas negras y examinar cascajos que desprendían los temporales de los cantiles; o bien a los que él mismo picoteaba entre las rocas minerales que, cual suelas de zapatos metálicos, salían de algún cíclope sumergido por los redosos de la península y su escollera pedregosa.

Verdadera trituradora entre veriles; chancadora milenaria despedazando metales submarinos para que los vientos y oleajes depositaran arenas cernidas para los aventureros que venían a buscarlas desde los cuatro puntos cardinales.

La puesta de los carneros a las ovejas a principios del otoño fue un espectáculo desconocido para Georgina. Llegaron de Cullen, en abril, los de raza «corriedale», en la proporción de treinta y tres por mil ovejas. El campo, árido en muchas partes, sobre todo al final de la península y de los cañadones, cuyos acantilados constituían morrenas con toda clase de piedras de acarreo dejadas por los glaciares que en otro tiempo cubrieron los caminos del hielo hacia el mar. O bien, solevantamientos de lechos marinos convertidos en praderas. Retazos de coironales entre areniscas terciarias caracterizaban el gran campo del puesto del Páramo para dar cabida a tres mil ovejas de parición. Estas olieron la llegada del arreo con sus novios y empezaron a desfilar una tras otras, en filas alargadas por los cañadones y lomajes, mientras los carneros, algunos jóvenes que por primera vez pasaban a la edad adulta, olisqueaban el aire que traía un perfume más misterioso que el de los coironales.

Las uniones comenzaron sin coqueteos, entre los comentarios de los ovejeros que en estos casos no se refieren sino a la seriedad de su trabajo. Allí dejaron entreverados a los amantes; a la responsabilidad de Grotzen, ahora ayudado por Georgina. Debían cuidar que no se perturbara la normalidad de esos amores y sus resultados, no en el sentido de quién es más y quién es menos, sino que los más viejos acarreaban grupos de ovejas jóvenes para formar su harén, dejando el libertinaje a los borregos que no alcanzaban a cubrir el resto. Una vez que regresaron los del arreo a la estancia en río Cullen, Grotzen instruyó a Georgina sobre este control de las relaciones carnales, y la necesidad de salir a caballo periódicamente a recorrer las siete mil hectáreas de mal campo para las tres mil ovejas y sus carneros. Manchones

de coirón y césped costero se mezclaban con otras gramíneas; el trébol, las siempre florecidas y renovadas pequeñas margaritas, de variados colores, confundidas con líquenes y plantas rastreras de hojas coriáceas que surgían de la vida del mar a la de la tierra, con fecundidad anfibia. Allí, en esos islotes precarios, se ponían a ramonear un carnero mandarín con diez o doce hembras, la mitad de su obligación. A veces permanecían aisladas por las subidas de las mareas, peligrando perecer con sus amores mortales en las inmortales cangrejeras. Había que sacarlas en el caballo y apartar los machos para que las hembras que esperaban su ración de vida no permanecieran en el olvido. Así, el hombre mantenía el equilibrio de la naturaleza instintiva, dirigiendo la productividad de la masa ganadera.

Poco a poco, Georgina se dio cuenta de la responsabilidad de su trabajo; lo tomó con gusto, porque tenía la libertad de salir a caballo a recorrer el campo cada vez que lo requería, dejando a Grotzen en quehaceres mineros y domésticos, que le atraían.

No terminaba nunca de reparar sus planchas de cobre para sus lavaderos de oro. En especial, las de una casucha de chapas de zinc que había levantado detrás de la escollera, donde se aislaba días enteros. Esta no era más que una choza cerrada con eslabones y candados donde guardaba su «chaya californiana», batea de cobre, en lugar de la máquina de madera que dejaba fuera del rancho, porque más de una vez se la llevó el mar, recuperándola en la baja. En ocasiones, llevaba al anca del caballo su «californiana», soñando con tesoros cuando los temporales depositaban arenas de un negro azulado, ricas en chispitas de oro, o descuajaban zapatones con pepas y rubíes que trituraba.

Poco habían dejado los rastros de las «cosechadoras» de un kilogramo de oro por día que enriquecieron a Julio Popper. Se decía que este campo había sido vendido por un cajón de whisky a Schaeffer, y éste había pasado la pertenencia a Grotzen, quien a su vez había hecho un convenio con la compañía ganadera de Cullen para que lo dejaran de puestero con cien pesos argentinos de sueldo al mes y libertad para seguir lavando oro. Después, el mismo arreglo había hecho con su mujer: la compañía ganadera permitió que la trajera con la condición de que lo reemplazara en las tareas domésticas

para que dedicara más tiempo a recorrer el campo del Páramo; pero resultó a la inversa, adiestró a Georgina para ello, y él con la chifla dura de su chaya «californíana», salió a recorrer las playas a caballo.

En julio regresaron los ovejeros de Cullen a retirar los carneros. Se encontraban flacos, decaídos de tanto amor; mas, como eran altos y de grueso vellón reproductor, con cuatro y cinco kilos de lana, había que sacarlos por sobre las seis tiras de alambrado poniéndoles una rodilla en las verijas y agarrándolos de la lana de la guata; echarlos afuera con el mismo envión de sus últimas fuerzas. Se les destronaba del harén feudal sin miramientos, ya que dejaban uno o dos hijos por oveja para continuar la dinastía «Corriedale», que es la más noble en carne y lana para la exportación. Los «Lincoln» son altos, casi del tamaño de un guanaco, pero de lana gruesa y cerduda, los «Romey Marsh», de fina lana rizada, sin embargo, hay que esquilarles los ojos para que puedan caminar hacia los frigoríficos. Todos al servicio de la libra esterlina de ganancia líquida que debe producir una oveja por año. Por lo general, parían doble, pero los caranchos y gaviotas dejaban al campo costero apenas con un setenta por ciento de parición... Las skúas, gaviotas salteadoras implacables, eran las más depredadoras.

Los sueños a veces determinan destinos, aunque muchos no lo crean. Grotzen soñaba con sacar crías de la zorra colorada, que había caído en sus trampas bajo los matorrales de matas negras y zarzaparrillas, con su perro pastor alemán. Son más grandes estos zorros fueguinos que un perro salvaje. Su pelaje no es fino, por lo tosco y duro; de la cola a la cabeza el cuero tiene el tamaño de un hombre mediano. Su color va enrojeciéndose hasta el lomo, donde una franja negruzca le recorre desde el cuello hasta la gruesa y larga cola. En la noche, sus ojos chispean y sus «huac huac» se tornan dramáticos si persiguen en tropel a un caballo. Sin embargo, en el día caen en la trampa escondida bajo un matorral, con un simple trapo rojo que el cazador ha puesto en la noche y que flamea amarrado en la punta de un gancho. De seguro van a averiguar si es carne colgada y a pesar del olfato, al penetrar entre los matorrales para llegar a su comida meten las patas en las mandíbulas de hierro que los aprisiona. Tironean. A veces el cazador se encuentra con una pata tronchada; pero en general se quedan

tranquilos, y sólo cuando el hombre se acerca, se enfurecen, y hay que matarlos cual hacen los científicos con un perro rabioso. A garrotazos y a hachazos. Son fieros, pero se enternecen con sus cachorros, por los cuales arriesgan la vida en busca de carne.

Fue lo que acontenció a Grotzen al año y medio de estar con Georgina en el Páramo. El matrimonio parecía feliz. De vez en cuando, iban al boliche de Santiago Vrsalovic y Militza. Esta bondadosa mujer hizo la primera intervención a Georgina, llevada por Grotzen para que le provocara el aborto de su primer embarazo. La joven esposa lloró; imploró, porque era el fruto de su primer amor; su primer hijo, y ¿cómo él, el mismo padre que debiera sentirse contento, era el que rechazaba a su propio hijo? La discusión había sido tan violenta que recordaba la noche de bodas en que su «inteligente ignorancia" naufragó en una poza de sangre. Borracho, Grotzen se comportó brutalmente en aquel primer acto amoroso. La joven, que se había dado una panzada de mollejas y chunchules, y bebido un ponche de bodas preparado por Esther con huevos de avutarda, se desmayó, y luego, envuelta en su propia sangre virginal, se puso a orinar en el balde de fierro enlozado detrás del catre, dándose un resbalón. Grotzen gruñó: «Pareces una zorra vomitando carne antes de dársela a sus críos», y volvió a sus ronquidos. La niña se tomó a dos manos del tablero del catre y sintió por primera vez la necesidad de la compañía de su madre.

-Men Nar... -llamaba, y las palabras con que conocían a su progenitora y a ella en su infancia se volvieron confusas al repetir-: Mama, Mena... ven... ven a buscarme... Doimo Grotzen hacer mucho pun... pun... Mena, Mañana...

Cayó de nuevo; se quedó dormida en el suelo, sus ropas menores no lograron cubrirla del todo en esa primera noche de amor. Grotzen graznaba como un cuervo de mar. De esos que en bandadas duermen sobre los árboles costeros, y cuyos excrementos, en vez de abonarlos, los van secando hasta que el roble muere de pie.

Dormida, tuvo un sueño, donde se repitió invertida la historia de su madre. Escuchaba voces de mujeres del quilombo que la perseguían y le gritaban... «Mabel... Mabel del Cabo... ¿a dónde vas? Te va a ir peor que en la

casa del Pelado... Mabel. Mabel», y se vio a sí misma: alta, de nariz prominente, elevada, y no esa nariz de chancho de mar de su marido. -. pero no... no era su marido... era su padre, George Sterling... que la miró duramente y le gritó: «¡Apártate!"

Despertó sobresaltada. ¿Le habría sucedido algo a su padre? En vigilia recordó que en medio del sueño había visto una reyerta a puñetes entre el quilombo de la Cinchón y el de la Vieja. Se trenzaban todos los hombres de mar y tierra. Entre ellos divisaba dando los mejores puñetazos a los dos malvineros, Arturo Stewart y George Sterling. Alguien lanzó un descuerador que se enterró de un puntazo en la espalda de otro.

Ahora, ese sueño, en la noche huracanada del Páramo, por primera vez en sus dieciocho años, le dio la noción de que tenía un gran pasado. Sí, un pasado, para ella muy largo; como si de súbito en ese umbral del sueño y la vigilia hubiera envejecido tal sus antepasados. Recordó a su madre, sus mitos y creencias contados a media lengua. Al Pelado y a su mujer, con sus gestos buenos y malos; al húngaro Schaeffer que la iba a ver sólo para pedirle que le tocara esas mazurcas que hacían doler los oídos. Los regalos del lechero con sus discos. Ojeda se llamaba el lechero de la Tercera Argentina, y una vez le ofreció hasta matrimonio, el día que dejara de ser lechero. No volvió más, pero le entregó ese disco, *Patagonia Lejana*

. Para su cumpleaños, Grotzen le trajo del boliche de Vrsalovic un corte de lamé brillante para que se hiciera un vestido. Era verde tornasolado.

-¡Sácate esos pantalones de marimacho; quiero ver polleras en mi casa alguna vez! -ordenóle Grotzen con dureza.

Georgina montó a caballo y llevó el corte a Militza para que se lo cambiara por uno de color jacinto, y no ese verde loro que no le gustaba. Grotzen era tacaño, y le había comprado dos metros y medio de género que usaban las putas de Río Grande. Militza puso el otro medio metro como si fuera para ella, a espaldas del viejo Vrsalovic. No anotó en el libro de fiados el retazo que habría significado protestas de Grotzen y de su marido. Militza fue desde ese día una amiga confiable para Georgina, a quien la vida ya le había enseñado a desconfiar de hombres y mujeres. Militza, de bellos ojos

azules opalinos, de cara blanca y rubia, se quejaba siempre de una ciática, causada por andar a caballo, desde que había perdido su primer hijo. De allí la amistad que unió a la mujer de Vrsalovic con la de Grotzen.

El boliche de Santiago era de los que llaman «huellero», donde pasaban los autocorreos, chatas y carretas tiradas por cuatro y hasta seis caballos o bueyes, con fardos de lana y cueros que se embarcaban en la playa San Sebastián. Allí varaban los barcos *Southern Breeze, Río Gallegos, Santa Cruz, Austral, Antártico* y la goleta *Gerda* del loco Grez, famosa porque competía con la *Fair Rosamonde* en la navegación a vela. Grez había pertenecido a la Marina de Chile y al retirarse de teniente primero se casó con Gerda Böhr, una hermosa magallánica hija del capitán noruego Juan Böhr, quien con estudios de música tocaba violín y acordeón. El «loco Grez» navegaba entre los puertos de la costa argentina y chilena con su *Gerda*, nombre que le había dado por amor a su mujer. Los capitanes retirados iban a la esquina de la Gobernación Marítima de Punta Arenas a ver como atracaba el teniente Grez al muelle fiscal. Con buen viento, arriando el velamen de un viaje y, con la viada, llegaba con la magia de un caleuche, el buque fantasma que recorre las islas del archipiélago de Chiloé. Zarpaba a la puesta de sol, para que Gerda fuera al muelle a darle el último beso en la regala de su otra *Gerda*. Llegado a San Sebastián para cargar lana, dejaba las operaciones a cargo del contramaestre. Se lo disputaban con invitaciones tanto en las estancias chilenas como en las argentinas por su simpatía y jovialidad. Decía que en Chile bailaba tangos y en Argentina, cuecas. Por eso, lo habrían llamado a retiro en la Armada, ya que, según contaban, siendo sólo un teniente, se le ocurrió que la banda del presidio de Ushuaia le tocara en una ocasión el himno nacional chileno con ritmo de cueca y la bailó en pleno canal Beagle, de remolinos muy conflictivos. Tenía el tiempo reglamentario para grado de capitán de corbeta, se retiró con ese sueldo que lo obligó a asociarse con el dueño de un pesquero que aparejó su goleta; así mantenía el nivel de vida que requería su esposa. El suegro noruego solía advertirle que la música de un instrumento es lo más respetable que hay. Que violín y acordeón deben aparejarse como dos genios para tocar juntos. Lo más fino y lo más ordinario. Uno hecho de tripas y otro de viento.

Así era el amor matrimonial: nadie sabía lo que tocaba la mujer, ni la melodía del marido ¡A veces eran puros saltos y vientos!

Georgina no sabía expresar en palabras cuanto veía y escuchaba; mientras Militza en la cocina, cociendo y cosiendo paraba la olla y la oreja para oír las conversaciones tras ese otro mesón fronterizo de Vrsalovic, donde más de una vez se encontró con su padrino, quien le regaló las más elegantes botas de cabritilla amarilla que se colgaban desde hacía años en las vigas del boliche, porque nadie las compraba por su tamaño. Georgina se las probó y le quedaron a la medida. El color amarillento contrastaba armoniosamente con el jacinto tornasolado del vestido. Ese día, Georgina se sintió como si la hubieran vestido de nuevo. «¡No me veo Georgina!, exclamó al mirarse al espejo de Militza, pero en el del Páramo, el jacinto iba a adquirir otros matices...

Dejó los pantalones a manera de calzoncillos y el traje campanudo en forma de ropón con que las señoras montan a un haz, lo encajó en la caña de las botas, cual un chiripá. Partió a galope en su «Fideo», un alazán media sangre, de finos remos para las carreras en césped duro, pero no así en las dunas o arenales, donde se hundía sin poder alcanzar ni a un guanaco viejo.

Al verla por la ventana de su cocina, como aparecía y desaparecía en las hondonadas y lomajes que llevan del boliche a la pampa fronteriza entre Argentina y Chile, los faldones jacintos flameando al viento, Militza no dejó de envidiar esa libertad juvenil; pero pensó que tendría que hacer otros abortos, paliando su propio dolor por no poder ella tener hijos, como los de Grotzen que se llevaban las manipulaciones o los brebajes de zarzaparrilla o zarzaperrunas...

Mareas altas llaman los tripulantes que cargan barcos en San Sebastián a las que se producen con las sicigias de verano. Al término de las esquilas se originaban las del mes de febrero, que dejaban los buques al borde de la huella donde llegaban las chatas tiradas por cuatro caballos. Ruedas delanteras giratorias sobre las cuales, desde una especie de trono, Charlie Duncan, un londinense que no se sacaba el viejo tongo encasquetado hasta las orejas, acarreaba uno tras otros los grandes fardos de cuero y luego los de lana para lastrar los barcos con los productos de la «Tercera Argentina».

No había necesidad de muelles ni de grúas para el capitán Cabello, del Río Santa Cruz, práctico de los canales, que tanto atracaba en Bahía Inútil, en Chile, como en San Sebastián, en Argentina, para cargar y transportar a Punta Arenas. Las plumas del mismo barco, de mediano tonelaje, estrobaban los fardos enzunchados, desde la misma chata para las eslingas hacia sus bodegas. Más de una vez, avistaron al jinete jacinto en su caballo alazán, sus colores se confundían con los visajes del Páramo. Otros creían en una aparición y no dejaban de agregar leyendas que germinaban en sus imaginaciones.

Al pasar en auto del retén de los carabineros chilenos al de los gendarmes argentinos, y doblar por la curva que asciende la colina donde está el boliche de Santiago, se hicieron los peores comentarios: vieron una vez que volvía mister Johnson, ya administrador de la «Segunda Argentina», y al toparse en el faldeo de la pradera con una pollera jacinto, gorro de cola de zorro y fusta en la mano, sosteniendo de la brida un alazán cariblanco, ordenó que detuvieran su auto ante la mujer. Se restregó los ojos. No podía creer. Había visto reproducciones de pintores ingleses en las casas de los administradores de estancias; pero ninguno como el de esa «fueguina» al pie de las estribaciones de Carmen Sylva. Se hubiera bajado del auto para presentarle sus respetos a esa «reina del Páramo». No se atrevió por el gesto hosco que hizo la joven con la fusta, indicando que el auto siguiera cuanto antes para cruzar ella el camino con su alazán del cabestro.

-¡Sigamos! -ordenó Johnson, mas, al dar la vuelta en la curva, echó una mirada atrás y la imagen de la joven del caballo alazán quedó extrañamente sellada en su memoria.

«¡Ahí va el padre de Georgina!» -comentó Vrsalovic a su mujer.

«No seas pelador, viejo, te pareces a un lechuzón de mal agüero. ¡Qué va a ser el padre el gringo ése!»

No andaba de buen humor Georgina Sterling, porque acababa de ver a Stewart en el lindero del alambrado de su Sección. Al pasar la tranquera, sus pensamientos eran tan confusos que caminó con su caballo del cabestro y siguió bajando a la bahía. La reyerta a puñetes de Steriing y Stewart había tenido lugar en una fiesta de fin de esquila en la «Tercera». Había sido cuando «el trago da para todo». Ni más mi menos. En su camino orillero encontró una media salvavida de corcho forrada en lona y un trozo de caña de remo de pino oregón que se lo llevó para hacerle un mango a la pala que tenía en la pieza del rancho. Montó a caballo y en lugar de seguir al norte, dobló al sur por un campo costero donde Vrsalovic tenía cuatrocientas ovejas para sus estofados de cordero. Eran como «los corderos de Dios»: no aumentaban ni disminuían, a pesar de la colindancia con los otros campos...

Al divisar un gran guanaco echado en una hondonada arenosa, no pudo contener cierto impulso atávico. Picó los ijares del caballo y largó riendas. Al «Fideo» no le corría nadie en los primeros trescientos metros de una carrera a la convidada. Una bandada de queltehues levantó su griterío en vuelo. El guanaco paró las orejas. El alazán se abalanzó, a pesar de sus finos remos, levantando la arena en polvareda. A cincuenta metros del guanaco, se levantó como un elástico. Corrieron a parejas; pero al llegar a un esquinero, el guanaco brincó en esguince un alambrado de seis tiras y el caballo quedó embretado entre piquetes y postes. El otro cerco había sido cubierto por las dunas y reapareció justamente cuando podía haber dado alcance al guanaco.

Georgina tesó riendas; si no, ambos habrían quedado maltrechos con el accidente imprevisto. Al retroceder cautelosa con el riendaje asido suavemente, apareció el garrón sangrante del animal, cuyo casco había dado con una lira de alambre oxidada bajo la arena. Se desmontó y

le acarició los belfos. Como otras veces, puso su frente en el lucero en que terminaba la franja del cariblanco. Blancura ensangrentada ahora en el remo izquierdo. El media sangre tenía las cuatro patas blancas. Palmoteándole el cuello, volvió donde Vrsalovic para curarle la herida. Por fortuna, no se había desjarretado; pero desde entonces no pudo competir más en las carreras de San Sebastián, llevado por Grotzen para desafiar a Tommy Duncan, con su montura de cuero de indio.

El Largo Oyarzún empezó a ganar las carreras con la mano de indio ona desecada a escondidas en su pesebrera del puesto Cerro Redondo, de la estancia de la Sociedad Explotadora. Se la restregaba en el anca a su parejero, según la costumbre chilota, en la noche víspera de la carrera. Si ganaba la partida en las tres convidadas a la chilena, esa mano muerta azotaba como un rebenque invisible el anca de su caballo y, en la misma forma misteriosa, espantaba al adversario que no podía alcanzarlo, a pesar de la montura de cuero de indio de los hermanos Duncan.

Como las constelaciones de soles y estrellamares, poliperos carnosos de cinco dedos, entre piedras y madréporas, que dejaban al descubierto en el lecho marino las bajamares, las Cruces del Sur, falsa y verdadera, tal cual la réplica de los dos Cabos de Hornos, señalaban la verdad y la mentira en aquel umbral antártico del Páramo. Georgina, sin embargo, prefería elevar sus ojos hacia donde rutilaban los espíritus de sus antepasados que llevaba a medias en su sangre.

De vez en cuando, Georgina encontraba cabuyerías dejadas por las maromas de los barcos que iban a cargar fardos de lana y cuero. Todo servía en su rancho del Páramo. Mas, una mañana en que regresaba de ver a Militza, divisó una parvada de caranchos que se disputaban algo con las gaviotas salteadoras que venían de una plataforma arcillosa ubicada entre punta Sinaí cabo San Martín. Allí anidaba la skúa chilensis, poniendo dos o tres huevos en hoyuelos fabricados por la erosión del viento en la arenisca terciaria.

En Laguna de los Cisnes, al norte de puerto Porvenir, en la Tierra del Fuego chilena, esta «bandida» conocida con ese nombre en la región por ser un verdadero flagelo, habita en islotes separados de las demás aves, en tarimas

de despegue rápido para su veloz voracidad. En enero se concentra en gran número en diferentes partes de la isla a empollar. La hembra, parda oscura, permanece sentada sobre su nido, en una simple depresión del suelo, en la franja de terreno donde la playa se junta con el pasto de los potreros. El huevo de cáscara con pintas verdosas, parecido al de la gaviota corriente, es más ancho y corto. Devoradora de nidos y polluelos, defiende los suyos con una ferocidad que Georgina recordó por otro remo quebrado con que había decorado la pieza matrimonial del rancho. Se le tiraron en picada una tras otra hacia la cara para sacarle los ojos; que es lo primero que hacen con una víctima o enemigo que invade su territorio, donde están sus polluelos piando. En esa ocasión, había tenido que defenderse a ramalazos, tomando el rebenque por la lonja y dándoles con la cacha. No bastó con la boleada de rebencazos. Tuvo que huir hasta dar con la pala del remo y con ella en el aire, a manera de escudo y espada, logró que no le sacaran los ojos. Por eso colgaba el remo para usarlo en otra circunstancia.

Pero esta vez se trataba de una foca de la cual se habían hartado caranchos y skúas, con un banquete de carne nueva, ya que no medía más de dos metros. El caballo se le espantó resoplando. Los caballos temen especialmente a los caranchos que se les suben al lomo cuando tienen alguna herida de montura por un debajero mal puesto. Hay ocasiones también que los amos los abandonan por "carancheados» y viejos. Entonces los toma cualquier pasajero de a pie en busca de trabajo; tienen un nombre común en ambas patagonias; los trabajadores cesantes los llaman caballos «patria», porque en realidad, de una a otra frontera, no tienen más patria que el lomo carancheado de esos animales abandonados que a veces se reponen.

Georgina sacó su cuchillo descuerador no para faenar la foca, ya que no se trataba de una oveja muerta, a la que hay que rescatarle el cuero y llevárselo en los tientos al anca, sino porque los carroñeros habían dejado el esqueleto mondo entre el hedor de algunas medusas arrojadas por las olas de la marca en su derredor. Sólo las aletas pectorales y caudales permanecían en la punta de los dedos de pies y manos, envueltos con un cuero negro y coriáceo en los metacarpios, falanges y metatarsos. Por primera vez en su vida, Georgina pensó en su propio

esqueleto. Había degollado ovejas, apaleado zorros enfurecidos en las trampas, a los que descueraba en torno a la mata negra donde habían caído. Pero nunca había sentido esa noción de su esqueleto andando dentro de su misma carne, sangre y nervios.

Fue como una soledad inesperada que la abatió hasta la médula, una revelación que permaneció germinando durante un tiempo en sus andares por el Páramo. Fugazmente se acordó de Grotzen que la esperaba y por primera vez se dio cuenta de que lo necesitaba, y tal vez por eso tomó la extraña decisión de casarse cuando él le ofreció matrimonio. Ahora, ambos se necesitaban, a pesar de todo, más que antes.

Aquellas manos, aquellos pies, eran iguales a los suyos y a los de Grotzen; con botas amarillas de cabritilla los suyos y gruesas de minero los de su marido. Quizás más largos los dedos de los pies y más cortos los de las manos. El caballo zaino seguía resoplando. Tuvo que ponerle las maneas y dejarlo a la distancia para avanzar cuchillo en mano hacia el esqueleto de la foca. Cortó los huesos en las coyunturas y se llevó las cuatro aletas cual zapatos y guantes de trabajo encontrados en su camino. Mas al amarrarlos a los tientas tras el avío malvinero en que gustaba montar, el zaino se encolerizó. Pateó, quería librarse de sus maneas y, al no poder, se paró en dos patas con las delanteras en el aire. Georgina permaneció serena y miró de arriba abajo la piel del zaino tan semejante a la de la foca desgarrada. Manoteó un rato el animal. Luego permaneció tranquilo con las maneas puestas, dos eslabones de cuero, abrochados en duros botones de tendón. Georgina se las quitó, y partió al galope entre caranchos y gaviotas salteadoras ahítas después de su banquete.

En el rancho, puso las aletas de foca sobre el techo de zinc de la pesebrera para que se orearan con la intemperie Doimo Grotzen la esperaba ansioso con un asado de costillar con la malaya tostada.

– ¡A comer! -ordenó, pero al mirarla de reojo agregó-: ¿Qué traías en las ancas del caballo, que parecía aletear?

-Cuatro aletas de foca para hacerme unos tamangos de media caña con las delanteras para el pie, y con las traseras, que son más largas, parecerán botas de media caña...

¡Estás loca, chiquilla! De repente te van a agarrar por

ponerte esas botas amarillas con falda, o esas champallas de lobo.

-Son las de dos pelos, resbaladizas.

-Con ese vestido jacinto encajado en las cañas te ves tentadora, y con tu pelo rubio pajizo y esos ojos verde pasto... bueno, bueno, te pareces a Saarong Teleg...

-¿Quién es esa Saaron Teleg?

-Una cara de lechuza que asomó por la Tercera y casi se la comieron. Si te haces tamangos de cuero de lobo de dos pelos pueden traerte mala suerte. Es lo único en que creo desde que encontré la pepa de oro más grande que ha visto Tierra del Fuego.

-¿Dónde?

-Tomando un día con Mímica y Kovacic en Porvenir. Me cansé de esperarte y me puse a comer el asado. Come tú ahora...

Por primera vez, a pesar del apetito, Georgina rechazó con repugnancia la sebosa tira del costillar de oveja.

-Parece cuento, pero es más verdadero que la cruza que haré mañana entre el pastor alemán y la zorra fueguina. Serán otras pepas de oro amalgamadas por mis propias manos, igual a esa que me encontré después de curarme con Kovacic y Mímica... A propósito, ¿cómo estaba Militza?

-Bien, buena como siempre, pero...

-¡Cómo no va a estar buena, si hasta a mí me gusta!

-¡Viejo verde! ¡Hay que respetar a Santiago, es tu amigo!

-Cabra con patas de foca..., a ti también te gusta la... taca taca.

El cuento de Mímica y Kovacic quedó en suspenso. Estaba chalado Grotzen con su ambición aurífera. Repetía y repetía anécdotas, de una y otra parte, de tiempo y lugares distintos. Se le deslizaban por la memoria como carámbanos trizados por la corriente de un río en deshielo. Aparecían grandes robos de oro, puñaladas por la espalda entre mineros; él no peleaba porque de un manotazo le voló la cabeza a uno. Pegaba de filo, con su gruesa mano, en el cogote, desnucándolo. No se iba a hacer asesino por cualquier cosa.

Amaneció nublado en el Páramo; sin embargo, Doimo despertó a su mujer imitando el canto de un gallo.

- *¡Beautiful day but cloudy!* -

exclamó, al llevarle a Georgina chuletas de cordero, un jarro con yerba mate y pan amasado por sus grandes manazas.

Chanceando se hablaban en inglés, ona y, a veces, intercalaban palabras de los yámanas del sur del canal Beagle. El le mostraba fotografías de sus antiguas andanzas. Una, por ejemplo, en la que estaba con cuatro compañeros de una cuadrilla aurífera sosteniendo cada uno una calavera de indio en las palmas de las manos. Aterrorizaba a Georgina aquella foto. Grotzen era el más alto y fornido. Los otros, en fila, iban disminuyendo ante su estatura. Los cráneos eran asimismo de mayor a menor. Una familia india no exterminada por ellos, sino por otros cazadores... los cráneos los recogieron para llevarlos al dueño del “Bar Caledonia”, en la esquina de la Plaza de Armas de Punta Arenas. Pagaban cuatro o cinco libras según el tamaño, pues remitían las calaveras al Museo Británico para mediciones antropológicas. Por suerte, el patrón del cúter había sacado esa fotografía. Un borracho un día entró, cayó contra la mampara del “Caledonia”, y las calaveras rodaron cual bolas de billar desde sus envoltorios sobre el quicio del cancel. La policía intervino. Se averiguó el hallazgo; pero cuando se comprobó por el testimonio que no había sido un asesinato de cristianos, sino de otros, se autorizó el despacho aduanero para Londres... Allí estaban en el British Museum, junto a las estatuas de Darwin y Huxley.

La compañía humana de la mujer de diecinueve años había estabilizado la vida emocional del hombre de sesenta y tres; sin embargo, sus chifladuras aumentaban. Ambos estaban de buen humor aquel día de comienzos de agrio, en que las zarzaparrillas empiezan a brotar en sus altas varillas entreveradas a los claros de pampa costera y ramazones de mata negra, la más aguantadora de ventarrones y heladas.

Durante el desayuno, Grotzen empezó a disertar sobre su tema favorito:

-Has de saber, cabra patas de foca..., porque aquí en esta casa soy yo el que lo sabe todo y tú nada... Para que lo sepas de una vez por todas, el oro se encuentra de diferentes maneras, y cuando Mímica y Kovacic perdieron sus bolas de oro, les pasó por avarientos. No hay que ser avaro con el oro, porque entonces uno puede encontrarse

con una piedra y "un tropezón cualquiera da en la vida"... No sólo hay que tener presencia sino que saberse sostener en la parada...

"El oro en polvo -continuó- es aquel que se encuentra nada más que en las arenillas negras y azules. Bola de oro mate, se llama al que no está bruñido. Entienda, mi hijita Georgina..., el gringo Sterling ése, aunque su apellido suene a libra esterlina, no es su padre. Su padre soy yo. Esa vez que me convidaron Chancho Colorado y Sam Islop a Cabo Domingo, fui yo el que salvé a Men Nar y la dejé arrancar. Los demás, todos son cuentos, a mí que me vengan a contar huevaditas... los hueveques... *¡That is all!*

– *Is that so?* Yo lo sabía antes que naciera, por la forma de mi nariz picuda... igual a la tuya, incestuoso... Tus revistas con porquerías que escondes en el cajón whiskero...

– ¿Cuál, cuáles...? Vamos a ver.

– No son las de Medianoche, ni *Las veintisiete maneras de amar de un joven paraguayo*… Es la de ese *Amor inconfesado*.

– Mala suerte el número veintisiete... no me sale nunca... -Negro el veintiocho es mi suerte! Anda a buscarme la revista ésa.

– No es una revista, es una novelucha...

– Por la... mierda de guanaco blanco. "A la mar se fue la Lucha/ y se mojó las rodillas...".

Georgina quedó a la expectativa.

– Espera que suba la marea... ja, ja, ja -exclamó jubiloso Grotzen, carraspeando y escupiendo en el suelo con refregadas de bota.

Le trajo *Amor inconfesado*.

– Tienes razón... es una novelucha de maricones... No me gustan los maricones, siempre sale uno de ellos cagado, así le pasó al gringo Schilling en Río Grande.

– Bah... eso se sabía desde que los echaron de la “Tercera”. Tuvieron que separarlos. Uno vivía en el comedor chico, y el otro con los peones y ovejeros en el comedor grande. Después de una rosca, los ovejeros pidieron al administrador que los largase. Me lo contó mi padrino Stewart, en el boliche del viejo Santiago.

– ¡Ah, lo sabías, bribona y no me lo habías dicho! ¡Me admira que una chiquilla ignorante como tú tenga siempre al final la razón, y no yo...

– No me gusta contar lo que he visto de hombres con hombres.

– Yo supe que alguien le pegó un balazo al guatón Gómez, el macho de Schilling.

– Le advirtieron en la estancia que el que se metía con un “hermafroite” tenía tres años de desgracia

- Hermafrodita, se dice ignorante...

– Che..., en la marca, esa vez que capé a diente, salieron trece en el Páramo.

Georgina había resultado una buena capadora de corderos a diente. Espigada y huesuda como era, se las manejaba muy bien para agarrar un chiporro del corral de aguante, ponerlo en una tabla sobre el cerco, y mientras un agarrador le sostenía el animalito de un mes o dos, con las patitas encogidas, con su cuchilla capadora de punta mocha daba el tajo en la punta de la bolsita, sacaba los testículos, pequeños garbanzos, y los estiraba con sus dientes hasta que las venillas se deshilachaban. Las venillas se cauterizaban solas, sin desangrarse el

corderillo por el corte de la cuchilla. Su admirable dentadura le ayudaba a castrar como si hiciera una caricia. Con otros dos capadores, lograba capar hasta dos mil corderos por día, en campos de cuatro mil ovejas paridas. Los hermafroditas se conocían porque llevaban la colita amarillenta de orines y excremento. Son unisexos. Los ovejeros no los comen porque les sobrevienen tres años de desgracia.

Grotzen no tenía esas supersticiones y se los llevaba al rancho para comérselos. Según el sorabio, en Bautzen eran los preferidos por los señores feudales. ¿Qué culpa tienen los pobres si la naturaleza los pare así? Mas lo del guatón Gómez y el flaco Shilling había sido un simple incidente con un gendarme del Río Grande. Gómez le dijo que no era capaz de matarlo. El policía sacó su revólver reglamentario y le pegó un tiro de reglamento en la frente. Así había muerto el "bufarrón" que se "comía" al gringo que vendía cigarrillos "Capstan", tabaco" "Caporal", pañuelos de seda, baratijas y perfumes.

Grotzen, acostumbrado a la compañía de Georgina, no la dejaba ni a sol ni a sombra. Se había producido algo inesperado; parecido al vuelo de las aletas de foca que aleteaban sobre las ancas del zaino cuando ansioso la vio llegar. No se sentía tan solo en su pozo de arenas auríferas. Georgina lo quería a su manera y habría sido feliz, tal vez, si le hubiera permitido tener un hijo. Los botaba como renacuajos cada vez que recurría a las manipulaciones de Militza. En el cuenco de la palangana veía latir ese renacuajo de luz violácea, transparente. Ella capaba a diente. Cortaba los cordones umbilicales de las ovejas pariendo; pero por primera vez pensaba en lo que se producía en sus entrañas.

Grotzen se levantó para ver qué hacía su mujer en la cocina. Entró en plantillas: Al acercársele por la espalda, Georgina dio un alarido, y, sin darse vuelta, lo embistió con el "eskiltuna" que estaba afiliado.

Grotzen se apartó asustado.

– ¿Qué te pasa?

– ¿Eres mi padre, sí o no?

Grotzen agachó la cabeza, con el mismo gesto de Johnson de la "Segunda Argentina'", la meneó de derecha a izquierda y viceversa. No habló. Sólo musitó abatido

– ¿Y si lo fuera, qué más daría? Habría salvado a tu madre de la

muerte y tú no serías lo que eres. Como hija de indio y de india, te habría matado hace tiempo. Por eso me casé contigo, defendiéndote como si fuera tu padre, como ese loco de Sterling. ¿Qué más da uno que otro? ¿A qué viene eso de andar buscando siempre un padre? ¿No se conforman con una madre? Entre los sorabios antiguos del sur de Bautzen, la religión le daba más importancia a la madre.

Por primera vez, Georgina Sterling libró íntimamente con el sonido de su apellido por cada par de orejas de indio, o por los senos de una india. Ella no estaría viva, es cierto. Aunque fuera la última ona, la habrían cazado antes de que la salvara su mestizaje inglés, del cual se había aprovechado Doimo Grotzen...

– No te acerques nunca así... –se disculpó Georgina; pero agregó, con un reflejo acerado: Desde que me miró de esa manera Johnson en la cuesta de Vrsalovic, tengo miedo de algo, de todo, hasta de una sombra que se me acerque.

–Para otra vez tendré más cuidado. No debemos bromear con esas cosas... Un padre es tan sagrado como una madre, no lo olvides.

–Sea padre o no padre, cuando uno no sabe bien quién es, es preferible tener siempre el cuchillo descuerador bien afilado a mano.

–Por la cresta... tú, yo y el descuerador. Con él se mata un caballo y con su mismo cuero se hacen riendas... Déjame contarte mejor lo que me pasó con Mímica y Kovacic en Puerto Porvenir. Te vas a reír, y olvidarás las leseras. Mímica era un hombre alto, bonachón, distinguido como un caballero... el concha de su mama. Kovacic, moreno, mediano, fortacho. Formaron yunta en un rancho del boquerón Baquedano. Usaban calcetines de hilo; el mejor trapo para estrujar oro con agua regia. Después se queman para recogerlo donde se encuentra el molido en polvo. Nativo es el oro que Kovacic y Mimica encontraban en algunos arroyos. Obrizo es oro puro, acendrado; son las pepas de más alto quilate. Es la ambición de todo buscador. Por eso decimos: "Te encontraste la pepa de tu alma". Unos creen en Dios al encontrarlas, y otros en el

Diablo. A veces, tienen una virgen colgada en el rancho. Tierra, mar y aguas han tenido que trabajar millones de años para darle al buscador el polvo que eres, y el polvo te convertirá en pepa de oro. Las empresas disponen capitales en perforaciones; dragas, maquinarias para acarrear y moler materiales auríferos. Puede que el Altísimo haya desparramado desde más allá de las estrellas, como creen los indios, el polvo de oro, pero las pepas, no; ese es puro trabajo de la madre tierra y del hombre que se las rebusca.

Doimo Grotzen traspasaba sus realidades y sueños auríferos a Georgina, igual que su madre, de quien mamó los mitos del Onaisin. Creía en parte, y la más, dudaba. Bromeando se reían de sí mismos a veces: "Georgina, esterlilla, mi Gina”, solía llamarla cariñosamente, y parodiando a Popper: "Mi lechuza blanca del Páramo”... en vez de la "mula blanca".

-

... Para no aburrirse en su rancho – continuó Doimo – Kovacic y Mímica que desde que llegaron jóvenes de Yugoslavia, eran igual que hermanos, solían jugar al naipe, y el oro pasaba a lo que barajaban sus cartas. Tréboles de oro jugaban en pequeñas pepas; pero más que nada, cristalería de rocas, cuarcitas, rubíes, jacintos, incrustados en las piedras que saltaban de sus picotas y chuzas. Así como la ostra produce en el mar la perla natural por una enfermedad, el hombre ha introducido en ella un corpúsculo diminuto, perfecto en redondez, entre sus valvas. La ostra enferma por la mano humana, desarrolla en torno al corpúsculo la perla "cultivada”. Mientras más perfecto es el corpúsculo más perfecta es la perla que sale de esas ostras. Una de nueve milímetros de diámetro demora

cuatro o cinco años en desarrollarse. Los mismos años que una oveja es útil para parir corderos. Después se manda a las graserías para hacer jabón. Otras mueren de cáncer o rabia cuando un perro les ha dado un agarrón.

– ¿Por qué no mandan a los onas a la grasería del frigorífico?- Interrumpió Georgina a Grotzen en su relato.

– Los gordiflones como chanchitos colorados son mejores para eso...

– Termina luego con tu Mímica y tu Kovacic... mejor.

–...Llegaron una tarde a “Proveer”, así llamaban al puerto chileno los “austriacos”. Traían en sus calcetines dos bolas de oro amalgamado. Lo habían derretido en una sartén de fierro. Para que no se las robaran, enterraron las bolas en el patio del hotel donde se alojaron. En la noche, salieron a parrandear. Me encontré con ellos en la casa de huifa, a la que solía llegar el capitán Chiporro. Un pobre diablo de Punta Arenas que tenía a su mujer y a sus chicos a media tripa, pero cada vez que venía a sacar sus redes fondeadas detrás de Punta Chilota, se vestía con galones de capitán. Sobre todo, cuando en vísperas de Pascua y Año Nuevo, sacaba en tres días de quinientas a seiscientas centollas y se las gastaba igual que un almirante. Tomábamos a costillas suyas; y para componer el cuerpo, invitaba a toda la casa de remolienda a Punta Chilota. En peroles hervíamos las enormes centollas. Las mujeres ponían el blanco y el otro. Vieras las fiestas que nos pegábamos. Por ahí, entre los cajones parafineros, hay una foto en que estoy en una chalana remando con tres o cuatro putas gordas a popa. La chalana parece hundirse de popa. Las llevábamos a bordo después de la centollada, a pasarles revista de cúter. Sacaban su gusto. Entre Punta Arenas y Porvenir, el capitán Chiporro se convertía en gran capitán, en gran timonel de casa de remoliendas...

Grotzen prosiguió:

–

La fiesta se armó esa vez con Kovacic y Mímica, que no probaban centollas hacía más de un agrio. ¡Fue "la pingüina”!. Pasamos dos noches afuera tomando. Les gustaban las carreras de caballos en un hipódromo instalado por argentinos. Eran caballos de carrera en miniatura, alazanes dorados, negros, blancos, jacintos. Partían y llegaban numerados del uno al siete. Con el trago no sabía a qué apostaban. Yo aposté al dos, un bayo, y gané. Siempre ha sido el número de mi suerte, y también el cuatro y el lunes. Los dejé jugando y me fui al hotel en que estábamos alojados, no me fui a casa de remoliendas. Nunca me han gustado las putas. Me gustan las señoritas, porque soy un caballero, muy caballero soy yo..., delicado, fino con las mujeres y no un concha de mama...

“...A la mañana siguiente, aparecieron Kovacic y Mímica. Fueron a buscar sus bolas de oro enterradas en calcetines y encontraron el lugar hozado por un chancho que entró al sitio por una tabla rota del cerco. Al olor de los calcetines, debe haber llegado el chancho colorado. Como estos animales no entienden de oro, deben habérselas arrastrado de las calcetas creyéndolas criadillas. Pudo ser un chancho o una chancha quien hizo la chanchada a Kovacic y Mímica. Dieron cuenta a carabineros. Desde el dueño para abajo, nos citaron. Mímica era todo un caballero. No culpaba a nadie, pero Kovacic vociferaba igual que un chancho. Me miraba a ratos de alto a bajo. Yo había dejado mi revólver y mi sombrero alón en el hotel para entrar a declarar con la frente en alto. Nada tengo que hacer con los boludos que arrastran sus bolas por el barro, les dije al salir. Me fui al día siguiente del hotel y no supe más de ellos. Si alguien llega a sospechar de mí o

me hace una chanchada, no lo veo más. Para mí, es lo mismo que estuviera muerto. No existe.

– ¿Qué es una concha de mama? – acotó Georgina.

– Esos mariscos como lapas que tienen una mama rosada igual que tetita encima. Otros los llaman “potos”.

A media tarde, George Sterling llegó apresurado a la sección Carmen Sylva. Desmontó de su alazán tostado, lo entró a la pesebrera y dejó el zaino de tiro con sus pilchas en el palenque. Arturo Stewart y sus ovejeros recorrían el campo. Lo recibieron Fermín, el cocinero, y Víctor, uno de los peones que trabajaba la pequeña huerta de coles, zanahorias y rábanos. Es lo único que se da bien en esas serranías. La col no llega a repollar, y no sirve para "choucrut", porque pierde el agua y quedan las fibrosidades. La zanahoria es grande, con un corazón leñoso. Parece que los rayos solares pegan tan de soslayo como en las umbrías boscosas; las hortalizas toman esas duras características de elefantiasis. Lechugas y rábanos se lograban mejores, sin embargo, la cebolla no alcanzaba a formar el bulbo y la papa sale aguachenta. Las perturbaciones en aquellas latitudes no sólo son magnéticas submarinas, sino también subterráneas, y más en las superficies. Algo le había ocurrido a Sterling para llegar con sus caballos tan sudados.

Sorprendió a Stewart el encuentro con su amigo. In mente surgió la imagen del ovejero Reyes que él había echado en mala forma de Carmen Sylva.

– Mira, calla y después te contaré. Quiero pasar la noche aquí y partir de madrugada. Tengo que darles un respiro a mis caballos, porque después del Vado de los Cisnes agarré trote largo por el Campo Veintidós, para no pasar por "La Tercera".

– No tengo trago. Me gustaría de un galope ir al boliche del viejo Santiago a buscar algo. Mi caballo está descansando. Anduve hasta el cerro de donde se divisa el boliche, y me volví al tranco. Si hubiera sospechado que tú vendrías...

– Así son las cosas. Uno no sabe

cuándo se le viene una mala o se le va una buena. Me gustaría que mandaras a Víctor en tu caballo, y te quedaras. Necesito hablarte.

– Descansa, primero comeremos algo.

Mientras Víctor iba al boliche, Sterling contó a Stewart lo sucedido: la señora de Johnson intruseaba con los capataces desde que instalaron teléfonos en la estancia y las secciones. Como niña con un juguete nuevo, madame Johnson telefoneaba por cualquier cosa. La casa de administración estaba a dos kilómetros del comedor chico, de capataces y empleados. Por cualquier motivo, sonaba el teléfono y pedía al contador que le mandara algo del almacén. Tenía de todo; Jardinero londinense para sus plantas, tomates y hortalizas de invernadero. Mozos y sirvientes de punta en blanco, tal cual una lady con su lord. Que un día necesitaba un tarro de aceite de oliva, porque se le había acabado..., que esto, que lo otro...

– El hecho es que la Johnson picó con tu fama de poronguero; te viene de los quilombos de Río Grande...

– No digas eso; no estoy para bromas en estos momentos.

– Pero a mí me gusta recordar a la gorda Lastenia, aquella vez que se le ocurrió medirnos. Tú la tenías más larga; oigo tus risotadas de triunfo mostrando la poronga.

-"Me gusta chico, pero juguetón"..., exclamó Lastenia. Me acuerdo, pero ahora no me río...

– Las mujeres juegan con los hombres como con los niños. Los corderos después de mamar topetean a sus madres. El cordero de Dios y la Santísima Trinidad para mí no son más que eso. El padre, el hijo y el espíritu santo. Cada uno lleva su trinidad adentro. Y se arma el temporal de bolas en

el cielo, en el mar y en la tierra, cuando no sabemos coordinar todas las trinidades. Yo me he ahogado tres veces. Dos en las Malvinas y una en la Falkland. Desde chico me he caído al agua. El relámpago circular de la muerte lo conozco desde que me sacaron del mar y me resucitaron a besos de boca con boca entre mi madre y mi tía. La cresta..., a veces no creo más que en eso... "Caga bien y vivirás bien"..., decían en las Malvinas.

– Madame Johnson empezó a ojearme desde cuando estaba en la estancia. Yo creo que mi traslado a La Despedida se debió a eso...

– Y ahora, ¿te dieron la despedida como heredad?

-Más que eso; el contador Jensen aprovechó para humillarme. Es malo el turnio baboso. Riéndose con su ojo bizco, de medio lado, gozó al darme las cuentas.

– ¿Por qué? le pregunté. "No sé, me dijo. Orden de la Compañía. Mister Johnson en persona me la dio. Dígale a Sterling que tome sus caballos particulares y se vaya cuanto antes".

– ¿Así, no más?

– Así, no más. Se vengó de la parada en seco que le hice aquella vez que le iba a dar el tablazo a Perico. Salieron a pelear afuera, como machos a puño limpio, los dos solos. Sospeché del turnio y alcancé a desviar la tabla cuando la descargó de canto sobre la cabeza de Perico. Así es ése, y además calumniador. Él propaló que el bachicha Bianco pasaba

en su auto a comerle la color a Johnson. Después seguro que inventó algo contra mí para que me dieran las cuentas. También dijo que una noche de curadera le había robado un cheque sin fondos.

– Dime la verdad.

– La verdad es que yo jamás he robado ni he firmado un cheque sin fondos. Tuve que tocar una o dos veces a madame Johnson. Se le ocurría que le llevara la yegua “hackney” del patrón para dar un paseo con su hija, a quien le gustaba el "Chonqui”. Le gustaba salir los domingos en la tarde hasta río Chico; la nimia montaña con pantalones y ella en polleras. Polleras finas, todavía. Para arreglarle las hebillas de las estriberas levantaba la pierna sobre el borrén delantero de la silla inglesa. Entonces yo veía “boira”, “boira”, como canta Grotzen. Se me nublaba la vista ante el jamón blanco azulado. Sus ojos también azules, hondos, sombríos parecían torearme. Traspiraba al tener que agarrarle el talón para ponerle el pie en el estribo. Le hubiera dado un tarascón en la pierna si hubiera sido perro. En el Vado de los Cisnes, veíamos pasar las coscorobas en sus nidos de junquillos flotantes; carancas y cisnes de cuello negro con sus polluelos embarcados entre sus alas. La chica se iba a los pastizales atraída por el espectáculo. Yo me quedaba con la madre

comiendo jamón, queque y té.

– ¿Y nada más?

– Mi pega estaba primero. Si a los hombres no nos permiten mujer hasta que somos segundos o administradores, por algo será... Además, siempre es peligrosa la mujer casada.

– Pero en cuanto uno ve polleras, dan ganas de levantarlas. Se lo advertí a Georgina que galopa con un vestido jacinto sobre el "Fideo'".

– ¿Viste a mi querida hijita?

– La encontré así vestida donde el viejo Santiago; dicen que Johnson hizo parar su auto para verla pasar, y que se habría enamorado.

– *¡Saaron Teleg!* – gritó Militza cuando se lo contaron los marineros que embarcaban lanas y cueros e iban a echar sus tragos al boliche.

– ¿Qué quiere decir *Saaron*?

– Era el juramento del amansador chino cuando montaba yeguas chúcaras en pelo. Daba el talerazo y gritaba ese juramento de los mongoles antiguos - *Saaron Teleg* – repitió Sterling como una letanía.

Después de medianoche, llegó Víctor con botellas de whisky, gin y una de anís. La licorera de Carmen Sylva estaba siempre bien abastecida. Víctor era un muchacho asustadizo, mañoso, poco confiable. Para disculparse por su tardanza, contó que el viejo Vrsalovic le había convidado trago. Mientras tanto nevó. Nieves prematuras. No se dio cuenta de los grandes copos silenciosos mientras tomaba. De vuelta perdió el camino, y si no es por un mojón que había defecado al pie de la tranquera, no habría llegado a la Sección. Recorrió el alambrado y dio con montículos bulbos que por su tamaño no eran sólo bostas de caballo. Ambos habían hecho sus necesidades

después de largo galope hasta la tranquera, que lleva a la huella que pasa frente al boliche. Bebió seguramente al fiado y si no es por el rastro de sus propios excrementos, la licorera de Carmen Sylva estaría aún vacía.

– Para más recacha -dijo- una pareja de zorros me salió al camino y me tiraban uno por un lado y otro por el otro.

– ¿A qué lado la zorra?

– ¡Qué voy a saber yo cuál era zorro y cuál zorra!

– ¿No has sido nunca zorrero?

– No.

– Por el lado derecho se tira la zorra y por el izquierdo el zorro. Buscan comida para sus cachorros hambrientos.

–Uno saltó al hocico del caballo y el otro por el mismo lado me mordió el estribo, por suerte, alcancé a sacar el pie, pero el guardiero casi me botó. Ahí no más habría quedado con la quebrazón de botellas...

–Nunca hay que meter la pata demasiado en el estribo, sobre todo en noches de hambre de zorros colorados...

–¿Tendrían cachorros?

–Entonces se vuelven fieras. Zorro con zorra...

–¿Quiubo, compadre? ¡Fúmese un caporal!

–¿Quiubo, padrino? ¡Prefiero un caballo blanco para llegar hasta Espora, y de allí... galope en la Patagonia!

Con las botas puestas despertó a piernas sueltas George Sterling en medio de la pieza de dormitorio. Era de cuatro por seis metros y durmió en el suelo, tan largo con su metro noventa que lo prefirió al catre hecho con tablas, a manera de litera de barco adosado a la pared. Se habían puesto a beber con Víctor, hasta que el peón se retiró medio borracho. Después quedaron solos dándole al whisky, al gin y al anís.

–¿Con qué componemos el cuerpo?

–¡Con Anís del Mono y cola de yegua revuelta!

La borrachera del ex capataz de la Despedida había sido más grande que aquélla de Carmen Sylva. Habían bebido como si no fueran a encontrarse más en la vida. Con el gin les salió el famoso lema de Red Pig. “¿Es más fuerte la materia o el espíritu?”, y con ese dilema había

dejado Stewart a Sterling, acodado, dormitando en la mesa de la pieza contigua, soñando y murmurando con un largo galope nocturno por la Patagonia.

Terminaban su desayuno de *porridge*, chuletas de cordero vuelta y vuelta sobre la plancha de la cocina, con sendos jarros de café y pan amasado por las manos de Fermín y Víctor. De pronto, sonó el teléfono en la casa del capataz. Acudió Stewart y volvió alarmado:

-De la estancia me avisan que Johnson ha partido en su auto hecho un demonio.

-¿De cuál estancia?

-De la Segunda o Tercera... ¿qué te importa ahora?

-Es que una vez venía de la Segunda y se cayó con auto y todo al quebrársele el puente de hielo sobre el Vado de los Cisnes.

-No era puente, sino olitas de carámbanos que confundió con hielo firme.

-Pierde la cabeza a menudo Johnson...

-Pero se recupera, y la encuentra; en cambio... la tuya...

-Sí, sí; si no parto luego, la pierdo definitivamente.

Ensilló su alazán tostado. Puso sus bolsas de lona con su ropa en el avío malvinero del zaino, y, antes de montar, dio la mano a Fermín y a Víctor. Al abrazar a Stewart, le dijo:

-Pórtate como un doble padrino, y dile a Georgina que su padre partió a la Patagonia; llegaré a punta Espora y pasaré el Estrecho en goleta. A ti ahora te corresponde ser un verdadero padre con mi hija.

-No tengas cuidado, responderé por ella.

-El cuidado empléalo con Grotzen y Johnson. Nadie sabe si es hija del uno o del otro...

-Hay dudas que matan.

–Y otras que salvan.

-*Cheerio*.

-*Cheerio*.

No usaba espuelas con sus caballos particulares George Sterling. Una presión de los talones le bastaba para que emprendieran el galope y si alguien que no fuera el amo ponía el pie en el estribo, el “Malvinero” su alazán tostado con cara de lechuza, dejaba al desconocido con un palmo de narices. Por eso padre e hija tarareaban:

“Gringo, por qué me robaste/ mi caballo Pangaré/ y toda la vida/ me dejaste de a pie...”

Los acontecimientos se precipitaron en el Páramo. Grotzen paseaba con las manos en los bolsillos frente al rancho, de un extremo a otro. La luna completaba su singladura en creciente y las mareas rumoreaban sus ecos desde la lejanía de las escolleras y restingas. Dos o tres oscuros albatros, de los llamados “pájaros carneros”, pasaron por el cielo transparente. Un pajarillo asustado paró la cola sobre el alero del zinc, luego emprendió el vuelo piando feliz, porque los albatros no eran caranchos ni skúas bandidas. Los espadones de dos orcas, ballenas asesinas, parecían buscar sus focas de uno o dos pelas para crucificarlas antes que apareciera Orión, el Gran Cazador, o la Cruz del Sur, para protegerlas...

-Tengo ganas de ponerle a la zorra el alemán esta noche. Parece que se ha calentado con la luna. Los calafates en retoño me están diciendo que se la "coma". El perro también olfatea la calentura de la zorra, porque mueve la cola y la para. Lo voy a soltar no más, y veremos qué pasa.

El eco de una campana llegó caminando desde el mar. Detrás de la península del Páramo, asomó un barco iluminado que iba costeando hacia punta Sinaí. No había niebla. Grotzen miró la hora. Eran las ocho. Repiques de un cambio de guardia.

-De noche todos los gatos son negros, pero con la luna, no, perros y gatos y zorras son todos colorados – profirió Grotzen, mientras Georgina le preparaba un estofado de bandurria, su ave preferida.

En el Páramo, la alimentación era variada. En primavera y verano, huevos de avutarda y pollos de caiquén. Patos de todas las clases a la cacerola, de la laguna bordeada de matas negras, calafates y zarzaparrillas, las taguas, churretes, loicas y mineros. Entre ellos se oía el inconfundible grito de la *Elaenia chilensis* que anuncia la granizada o la traicionera y silenciosa nevada de grandes copos; anida, pone tres huevos a tres metros del suelo, en arbolitos de follajes redondos con lianas; pareciera que una tejedora invisible le preparara su nido luego que huye hasta la cuenca del río Amazonas en los inviernos para volver a anidar y criar su prole en la Tierra del Fuego; en los grandes gansos

salvajes, los caiquenes o los flamencos, se comprende por el poder de alas; pero en esta frágil criaturita cuyo silbido es un hilo de luz al caer la noche, no se explica. Hilo de luz que se cortó cuando Georgina, llena de espanto, corrió a las perreras al escuchar un alarido semihumano.

-¿Qué has hecho? -gritó.

-Le di un hachazo en la cabeza -exclamó Grotzen, tartamudeando con el castañeteo de sus dientes mientras se agarraba el brazo derecho herido por una dentellada.

Georgina corrió al rancho en busca de yodo, sal y un tiento de tendón de guanaco. Le hizo un torniquete para detener la hemorragia. Sabía aplicar el yodo antes de tres horas en una herida, para prevenir las infecciones o gangrenas .

-¿Fue la zorra o el perro'?

-La zorra. Se iban a acollerar. Creí que la zorra iba a confundir por la luna al perro con un zorro colorado; pero el que me confundí fui yo... Se trenzaron entonces a mordiscos con gruñidos. Uno pescó por el cuello a la otra, y la estaba ahogando; me acerqué al perro para apretarle la garganta como se debe hacer en las peleas de perro. La zorra me dio el tarascón enterrando sus colmillos hasta el hueso. Allí siento el dolor. Alcancé a tomar el hacha de cortar lejía y le di con el mocho.

-Noches con luna... sangre y arena.

Grotzen castañeteó de nuevo, con palidez de lunático. Georgina lo tomó del brazo y, apuntalándolo, lo entró al rancho. Afuera, Krá iluminaba con sus propias sombras sangrientas las arenas del Páramo. El pastor alemán se había retirado babeante al cubil de su perrera.

Sobre el diamante de la luna había aparecido Orión, el Gran Cazador, con su adorno de las Tres Marías al cinturón; los trancos verdes y rojizos de Rigel y Betelgeuse parecían semáforos de una fuga de estrellas, eran los “hombres solteros del Onaisin".

Georgina no perdió el cuero de zorra. La despellejó sin caranchearla; lo estaqueó en el tinglado detrás de la pesebrera, para secarlo al sol y orearlo con aire marino. La misma sal ayudaría a curtirlo. Grotzen permaneció en cama. Al ver la flaqueza del animal encadenado, no supo qué hacer con el cuerpo, si dejárselo a los caranchos y skúas, o echarlo al mar cual una foca muerta. La tomó por las cuatro patas. Pesaba mucho menos que una oveja. Caminó hasta las matas negras donde Grotzen dijo haber

enterrado el fémur del capitán Martsen. En las noches de luna saldrían juntos a dar un paseo por el Páramo, si era cierto todo lo que decían del embrujo de la laguna de los patos barreros.

Georgina no necesitaba haber leído a Julio Popper, con todo lo que ella conocía de los lugares nombrados en el diario del rumano:

"En el extremo austral del mundo habitado y disponiendo de doce espantajos de pasto para defenderse de las hordas de bandidos que nos rodean, el último resto de trabajadores se reúne, se amotina y quiere a la fuerza abandonar el establecimiento. En aquel momento bastaba que uno solo de ellos se comunicara con los invasores para que éstos, informados de la calidad de nuestros soldados, nos dieran un asalto de fatales consecuencias. Logramos, no sin dificultad, incomunicar a los obreros, diecisiete en número, en la punta que forma la península del Páramo, amenazando con una bala de Remington al trabajador que intentase franquear una línea que, señalada por la zanja, empezaba en la playa del Atlántico y terminaba en la bahía de San Sebastián. Entre cuatro hombres, que constituíamos la guarnición del Páramo construimos encima de la casa una pequeña torre con troneras y nos alternábamos en guardias de día y noche, mientras que el escuadrón de maniquíes, arreado diariamente por el valle del Páramo, tenía en jaque a los caballeros de Punta Arenas. Manteníamos encarcelados a tres individuos que habían llegado ostentando bandera blanca y que en circunstancias como las ya expuestas, despertando sospechas, no debían unirse con nuestros obreros, ni, mucho menos, regresar. En parecida situación, el *Tyr*, pasa a cuarenta y cinco millas del establecimiento, pero en vez de venir a San Sebastián, se va a Chile; y mientras se halla fondeado en Punta Arenas, el lavadero de río Cullen y todas las instalaciones, con excepción de la del Páramo, en la playa atlántica de la Tierra del Fuego argentina, se hallan reducidos a cenizas.

"Para concluir el cuadro meteorológico de la Isla, me queda por mencionar un fenómeno que interesará sin duda a los escritores de la literatura novelesca. Desde el río San Martín hasta el extremo norte de la Bahía se extiende, en una distancia de cuatro leguas, una playa arcillosa que tiene un ancho de tres millas. Lo curioso de esta playa consiste en que se halla enteramente seca,

presentando por su perfecta nivelación el aspecto de una inmensa plaza asfaltada".

"Al atravesarla por primera vez, me sorprendió un grandioso espectáculo. Me hallaba al parecer en el centro de una planicie circular, bañada en su periferia por el inmenso espejo del océano".

"Adelantaba, siguiendo la línea de 5º señalada por la aguja magnética; pero no obstante haber adelantado algunas millas, me parecía estar siempre fijo en el centro de la planicie. Cansado de marchar sin haber adelantado aparentemente, me detuve en espera del transporte que debía seguirme en la misma dirección, cuando de pronto vi aparecer un grupo de seres gigantes que se aproximaba con bastante celeridad. Quedé sonriendo cuando me apercibí de que todo aquello no era más que el efecto de cabalgaduras reflejadas en la superficie del barro, así como el supuesto océano era simplemente la imagen del firmamento reproducida por la misma refracción".

"Era una magnífica refracción óptica que nos fascinaba. Había observado un espectáculo análogo en las inmediaciones de Port Said, en Egipto, pero aquello carecía de los colores brillantes ofrecidos por el cuadro que teníamos a la vista. Un guanaco corriendo en la llanura, semejaba dos grandes palmeras arrastradas por el viento".

"Un grupo de perros indios asumían, al correr, la forma de inmensas ranas que parecían lanzarse en las aguas de aquel océano ficticio. Al volver la vista, para observar las cabalgaduras, se presentó a mis ojos algo así como un bosque de robles majestuosos, doblegados por el viento en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Este fenómeno se puede observar diariamente en la playa de la bahía San Sebastián y su explicación es, por cierto, bien elemental, consiste en la temperatura de la atmósfera, cuyas capas, siendo de distinta densidad, tienen diferentes propiedades de refracción. El barro calentado por el sol y la atmósfera enfriada por el viento del Oeste, producían estas visiones análogas de *fata morgana* de las costas de Sicilia y a los que llaman *mirage* los franceses".

Georgina llegó a la orilla sur de la laguna, donde su padre George Sterling se había perdido una noche. Recordaba su narración: viajaba a la "Segunda" desde la estancia de Río Cullen en noche de luna y trató de alojarse en el puesto. Por más que dio vueltas, no lo

encontró. El rancho había desaparecido. No le quedó otra alternativa que manear su caballo para que ramoneara y dispuso ramas de mata negra a modo de colchón, acomodó debajeros, mandil y montura, y se echó a dormir. Al despertar con las primeras luces, el rancho del puesto había aparecido. Se restregó los ojos. Estaba frente a él. Pasó a tomar desayuno para trotar las leguas que le faltaban.

A otro puestero que lo habían autorizado para llevar a su familia por un tiempo, le había sucedido algo más extraño: un día el hombre regresa de campo afuera, y golpea en la puerta del rancho. Sale una de sus hijas y al preguntarle. “¿Está tu papá?”, la niña corre y le dice a su mamá que su padre se ha vuelto loco. Efectivamente, anduvo tres días desvariando, con un silbido de ovejero llamando a sus perros. Un largo chiflido serpentino y dos cortos que imitaban restallidos de látigo. Después volvió en sí, creyendo que todavía recorría el campo...

A otro puestero, mientras daba de comer a carneros de la raza “Lincoln”, se le apareció de pronto una especie de remolino que empezó a recoger pasto de guarda al pie de la parva. ‘Las briznas que triscaban los carneros formaron un huso que semejaba un hombre con bonete y dos piernas que danzaban. Dio vueltas el bailarín alrededor de la parva. Los “Lincoln” no se asustaron. Siguieron triscando sus pastos: pero el perro ovejero que estaba junto al esquinero alambrado, al ver que el hombre no brincaba sobre las seis tiras de cerco, sino que las atravesaba sin perder una brizna de su traje, se puso a aullar como un lobo; temblaba, hasta que el fantasma desapareció en la vastedad del Páramo.

Georgina recordaba estas historias camino del rancho en busca de su pala para sepultar la zorra colorada junto a la sepultura de la canilla del capitán Martsen. Cavó en la arena de fierrillo; luego en un manto de azules ferritas, hasta que la pala chocó con algo duro. Lo extrajo. Era un trozo de roca transparente con vetas coloreadas. Lo guardó en su bolsillo y siguió cavando hasta hacerle una fosa al animal. Al agarrarla de nuevo por las patas, que aún conservaban el fino pelillo cuyo color rojizo aumentaba hacia las verijas, se estremeció con el cuerpo sangrante en sus brazos. A George Sterling lo llamaban en Río Grande “patas de zorro”, porque en sus pantalones usaba bastillas de una cuarta de esa piel, para evitar

desgastes. Apretó los puños de las patas de garras flácidas, mientras contenía un temblor que le vino a las piernas y le subió por dentro hasta anudársele en la garganta. El nudo se le endureció y dos patas de zorro se le clavaron en el pecho. Lo desató en gruesas lágrimas; lágrimas que caían en la fosa en tanto apaleaba la arena sobre el cuerpo que, poco a poco, se fue perdiendo entre negras y azules arenas de fierrillo y ferritas. Era la primera vez que lloraba de ese modo. Siempre fue aguantadora de sus lágrimas, como en los corrales de aguante, donde tenía que agarrar y capar corderos a diente. Alisó la sepultura para que no la escarbara alguna ave de rapiña o un roedor; sin embargo, al secarse las lágrimas y darse vuelta para regresar, vio entre las matas negras dos fulgores, y un hocico oscuro que la había seguido. Era el pastor alemán de Grotzen.

-¿Dónde encontraste esa piedra? -le preguntó éste al ver la rosa de cuarzo.

-Al enterrar la zorra cerca de la canilla del capitán Martsen.

- Pásamela.

En su camastro, Doimo Grotzen contempló a contraluz la piedra blanca de puntas cristalinas y coloreadas transparencias en los bordes.

-No son diamantes -dijo, y agregó con experiencia minera-: pero es cristal de roca, un cuarzo que se acerca al diamante. Se pueden cortar vidrios con sus astillas.

Georgina se agachó junto a la cama del viejo herido, y ambos miraron pequeños torreones clareados con oquedades rojizas, biselados perfectos cual si un témpano a la deriva se hubiera dado vuelta de súbito y mostrara la sexta parte de su dimensión burilada en las profundidades para aparecer radiante con el tiempo concretado en piedra y hielo, semejante al destino del hombre y de la mujer en aquel páramo.

-Dale un picotazo con la punta del hacha con que le di a la zorra y podremos encontrar adentro otras cosas.

Así lo hizo Georgina, pero no con el hacha, sino con el pico de minero la partió en cuatro pedazos. De la piedra cuarzosa saltaron cristales al aire que cayeron a sus pies. Encontró adentro otros visos en las aristas; sobre todo una ventana biselada semejante a la que contemplaba Men Nar cuando le daba pecho en su infancia. Puso sobre su corazón esa rosa cuajada de oquedades y puntas cristalinas, punzantes. Al recogerla del suelo, un pétalo

trizado la había herido con su transparencia filuda en la yema del pulgar con que la quebrara. Se chupó la sangre, como si hubiera sido otra lágrima. Miró una vez más la rosa de cuarzo y sus visajes concentraban los variados paisajes del Páramo tal un caleidoscopio.

A pesar de los remedios traídos del boliche, donde Georgina supo del paso fugaz de George Sterling para punta Espora en conversación con su padrino Stewart, de las recetas medicinales de Militza y de los cuidados que le prodigó, Doimo Grotzen fue empeorando de tal manera que fobias explosivas le sobrevinieron y trataba de levantarse de la cama para huir. Tenía que calmarlo a ruegos. Su fortaleza y corpulencia se derrumbaron. Georgina trató de dominarlo con su vigor juvenil. Mas una desconocida ternura le fue brotando por su marido. Trancó la puerta eslabonada por dentro para que Doimo no se arrancara de noche. En el día, el enfermo furioso salía hasta el umbral del rancho y allí oscilaba sosteniéndose con el brazo sano sobre el quicio. El otro brazo, vendado en cabestrillo, se hinchaba cada vez más con escaras que le fueron tomando el sobaco. Se lo agarraba delirante, apretando los dientes para no gritar, pero se quejaba sordamente; sus ronquidos se confundían con el del mar encajonado entre los acantilados. Palabras confusas, incomprensibles, salían entre los castañeteos de Grotzen. Georgina caía dormida, agotada de sostenerlo. Doimo semejaba un gorila anciano, enjaulado. Se le tiraba encima peligrosamente; hasta que ella tuvo que usar el látigo con que él trató de domar la zorra para cubrirla con el perro. Doimo le había enseñado que para amaestrar un perro, lo primero era no tenerle miedo. El perro huele el temor del hombre, por eso olfatea el aire. Hay que acercarse a la jaula o perrera de espaldas porque el miedo está en los riñones. Lo huele el perro, descendiente del lobo, así como el perro ona posiblemente del zorro colorado. Por eso, se le ocurrió aparearlos, por si resultaba el cruzamiento. La mujer parece que domestica de otra manera. Ahora Georgina ponía en práctica las mismas enseñanzas del propio Grotzen, usando su látigo.

Una noche sintió un extraño tamborileo: Primero fueron pasos; una marcha como los trancos del capitán Martsen. Luego, el viento arrastrándose con piedrecillas. Un extraño crepitar de olas en la escollera.

Otra tarde apareció el cadáver de un elefante marino con la trompa tronchada; en el cuello, un boquerón abierto; una gran rosa de sangre cuajada a su alrededor.

No parecía el proboscidio una foca. Su enorme cuerpo semejaba una piedra arrugada, gris oscura, desprendida del borde de la escollera. Colores rojos, verdes, sepias, ocres, se diseminaban en torno, en derredor claros y oscuros líquenes costeros. Fue en busca de su “eskiltuna” y le sacó el pellejo; tan grande que podía alfombrar de tingle a tingle su pieza del rancho. Lo estaqueó sobre el pasto coirón, porque la pared de la pesebrera no daba para su tamaño. Después no pudo dormir; no sólo por los quejidos sordos de Grotzen a su lado, y el elefante afuera, entre estacas a la intemperie, que parecían partir los silbos del viento. Tuvo una pesadilla:

Plataforma de cuero con un inmenso tamboril entre mar y cielo... luego disminuye el volumen del gran tambor. Sobrevienen las ondas de una música trinada con cantos rodados del oleaje; un trapalón de caballos marinos en fuga acompaña melodiosos sones lejanos. Entran y salen por las piedras bolones de la escollera. Un grito grueso de bestia herida. Duérmete, Grotzen... duérmete, mi Grotzen, duérmete, duerme Grotzen... Militza, Militzaaa... Olas de cristales resonando, témpanos, carámbanos contra los acantilados. Cristales en ventanas cuajadas de flores rosadas, pechos rojos de loicas crepusculares, espantadas por albatros negros... un gran buitre oscuro se cierne sobre el Páramo. Kuanip saxofoneando horizontes verticales contra el cielo. Burbujas de luz brotan del esófago del cormorán sagrado. Kuanip se pierde con su canción por las brumas. Georgina despierta sobresaltada. Vuelve a dormirse.

La música del cielo nocturno del Páramo en víspera de algo, de algo que el perro anuncia con aullidos. Desciende de nuevo tras la escollera para entrar a la bahía rodando con sus acordes. Grandes cosechadoras de oro, rodelas rodantes se le vienen encima para aplastarla junto al pecho de Grotzen, quejoso tambor. Alejándose dan vueltas flanqueantes; desflocando plumas, trinos, pajarillos, dando vueltas y revueltas, se alejan, alejándose como las patas de un gran zorro hacia la Patagonia lejana.

A las cinco de la madrugada, Georgina se levantó a encender fuego, dio desayuno a su esposo malherido y partió a caballo hasta la Comisaría de San Sebastián, donde contó los hechos de la víspera. Ocultó sí que había debido emplear el látigo para dominar las furias de

Grotzen. Enloquecido, éste se levantaba tratando de fugarse hacia la escollera, allí podía ahogarse o hundirse en una cangrejera. Lo había hecho volver a latigazos.

El atento comisario evitó que le diera más detalles porque -le dijo- estaba informado de los aconteceres del Páramo. Ordenaría a dos gendarmes que fueran al rancho y comprobaran lo que sucedía a Doimo Grotzen. Si era necesario, dispondría su traslado a Río Grande, donde había médico. Le aconsejó que no se alarmara, porque conocía de otros mineros provectos que perdían el juicio buscando oro. También en los puestos, hombres solitarios, angustiados, cometían aberraciones ahorcándose luego con sus lazos o dándose un escopetazo en la boca por un dolor de muelas.

-Tienes que partir a Río Grande a ver al médico, me dijo el comisario -le advirtió Georgina a su vuelta al rancho.

-¿Médico...? Prefiero morir a tu lado; tengo más tranquilidad contigo que con nadie; no me dejes solo por favor... Ven, ven te necesito... todavía me la puedo.

-Soy yo la que no puedo más... Anoche me contagiaste la locura; desperté asustada.

-Georgina, mi Gina, ven; ven aquí, te necesito más que nunca – rogó, deslizando la mano entre las piernas de ella.

-Te he dicho que ya no puedo, Doimo, con todos los abortos que me ha hecho Militza.

-¿Y por qué ahora no tenemos un hijo?

-Porque estoy embarazada...

-¿De quién?

-¡Y me lo preguntas todavía!

-Anda a ver de nuevo a Militza...

-Después que los gendarmes te lleven a Río Grande.

-A lo mejor, no vuelvo de Río Grande.

-Vas a volver, porque te esperaré, te esperaré hasta que tenga mi hijo.

-De tu lado nunca me separaré. Todo lo mío es tuyo. Allí están las bolsas de oro en polvo, las pepas, no las descuides. Son tan grandes. Es lo único seguro en la vida con nuestro hijo, como el corazón del hombre es una de esas pepas de oro, grande, como mis puños.

-Tengo que cuidar las ovejas. Vendrán de Cullen y les diré que a tu vuelta empiecen la señalada. Ya hay corderos orejanos por los campos.

-Bueno, iré al médico, y, a la vuelta empezaré una

nueva vida contigo -la arrimó, y por primera vez le dio un beso en la despejada frente, coronada de un rubio rojizo semejante a los coironales del Páramo.

Los ojos verde gris miraron con ternura al anciano, cual si en realidad fuera un padre... ¡Cuántos cazadores de indios lo serían! Le tomó la mano y la conservó un rato entre las suyas. De pronto, la rechazó por dentro. ¡Qué malos pensamientos! Relampagueó por su mente febril esa historia de Aquelvóin, la hija de Cásmen y Háis, que su madre le contara cuando niña, junto a la ventana de la cocina del Pelado... ¿Todo era así? No lo sabía; prefería seguir viviendo en su "inteligente ignorancia". ¿Para qué pensar? Grotzen solía decirle: "No hagas desatinos, para mí eres la mujer más inteligente y múltiple. Te la puedes en todo; pero vives a borbotones, te atarantas... no reflexionas, las cosas salen bien pensándolas antes... con inteligente ignorancia".

-La frasecita de tu escuelita de Río Grande... ¿Hasta cuándo me jorobas con lo que no entiendo?

-Hasta que me digas la verdad..., y me ayudes a saber quién fue mi padre... Sé que tú no lo eres; pero ese Johnson... Johnson...

-Hay tantos Johnson..., están por todas partes. ¿Sabes lo que quiere decir "Johnson"'?

-No.

-Hijo de Juan.

-"Jon", en lengua ona. Mi madre me decía que quería decir "guanaco"...

– "Hija de guanaco", entonces...

-De guanacos... ¡qué más me da que sea colorado o blanco!

-No me jodas más... ¿Crees en Timaukel?

-Jamás me he preguntado si creo o no creo, ¿y tú crees en Dios?

-Mi diosa eres tú y el oro que te dejo..., desconfío de todo.

-La ignorancia de otros aumenta mis dudas. Nunca he tenido a nadie ni he sido de nadie. Mi primer nombre fue gritado desde los quilombos de Río Grande; "La Mabel del Cabo"... Ahora he escuchado "La reina del Páramo". Mi Madre, violada por cazadores de indios...; unos decían que fueron dos o tres, ¿Quién va a saber? El Pelado y su mujer fueron mis primeros padres. Sentí el odio que tenía

mi madre por mis ojos. Apartaba siempre la vista al mirarme. Me tomaba la cara para alejarlos. Sus palabras, no sabía qué decían; pero algunas me gustaban. Me crié viendo y escuchando lo peor y lo mejor. La Cinchón, la Vieja Encaña, me hacían proposiciones para que me fuera con ellas. Los agarrones de marineros y auríferos los evité por delante y por detrás desde niña. Vi la muerte del bufarrón Gómez con el balazo del gendarme. El llanto del maricón tapándose la cara. ¿Lloran los que le hacen a una yegua barranquera? ¿O ponen una oveja con las patas entre las cañas de sus perneras? ¿O tienen una guanaca para "el gusto de la guanaca" ? Los onas no hacían eso. Inventaban, sí, historias como las que me contaba mi madre, las del capitán Wallis cuando pasaba en su goleta: que en las costas de no sé qué otra India, picaneaban a los bueyes enterrándole un palo en el culo. A las vacas le cuelgan una cruz en la cola para que dé más buena leche. Tú me has dicho que la mejor leche sale de la vaca preñada por su propio hijo. Por eso, dije en la escuela que prefería la ignorancia a saber tantas cosas. Aprendía de lo bueno y no de lo malo; por eso, te aparté para marido entre el rebaño. Sabía que no eras del todo malo. Y me vine contigo al Páramo también detrás del oro y no de las cascarrias de los guanacos blancos. El viejo Schaeffer me propuso muchas veces lo mismo, pero pateaba la panza de su yegua antes de montarla borracho. Una vez quiso darme en la cacha de su rebenque cuando lo miré asustada al ayudarle a montar su yegua. Arranqué; si no, me da el talerazo en la cabeza como a un chulengo. Sabía que tú no les pegabas a las mujeres. Si yo tengo la culpa, perdóname.

-Tenemos que perdonarnos los dos, Georgina... -y la quedó mirando como si fuera una mujer desconocida. Ella vio otro Grotzen.

-Mi madre sorabia me enseñó desde la cama el Padre Nuestro y el Ave María; los rezo a veces, porque duran menos de un minuto y se tiene tiempo para no cometer una barbaridad.

-No te he oído rezar.

-Rezo por dentro, no necesito hablarlo, el mecanismo es igual.

Volvieron a juntar sus manos; pero esta vez Georgina tomó la de su viejo marido con amor de joven madre. Ya no la rechazó por fuera ni por dentro...

Fue a encender la estufa para la «pava», la tetera que tendría lista para el mate con que recibiría a los gendarmes. Conocía a Fernández y a Lauric, quienes pasaron una vez en busca de alguien que había dado una puñalada en Chile y arrancó para Argentina. Avisaron a la comisaría fronteriza para su detención. El «coñete» y el «austriaco», nombre que les daba Grotzen, tomaron datos y después se largaron en busca del criminal, con sus capotes gris-azul semejante a las alas de los «pájaros carneros».

Miró en la pared, detrás del caftán de la cocina «Dover», un hermoso caballo clavel, sacado de una revista que anunciaba una nueva marca de whisky: «Pink Horse». Ella lo había colocado porque se parecía a su alazán cariblanco, y al lado, pegado con engrudo sobre la gruesa tabla tinglada, Grotzen le había pedido que le pusiera otra hoja en colores que había traído con sus botellas de vino del boliche. Era una hermosa copa a medio llenar y, en el borde, una rosa arrebolada con cuatro pétalos rojos. Debajo había una pequeña historia de *Argentine wines*.

Grotzen, a semejanza de la mayoría de los puesteros y buscadores de oro, empapelaba su rancho con ilustraciones de revistas.

-No me gustan las mujeres piluchas, porque uno se lleva pensando en ellas. A mí me gusta educarme y educar con lo que se pega en las paredes... no con porquerías... A veces uno llega cansado al rancho y lo primero que encuentra es una ñata desnuda pegada en la pared, que le muestra el poto y mira tentándolo con la cabeza vuelta. ¿Para qué'? el rancho está solo, más vacío que nunca. Lo que uno necesita es un buen fuego, un buen chuletón y un trago de vino blanco y del otro. Sin embargo, leyendo eso, tú puedes aprender castellano, inglés, latín y otros idiomas, aunque sean unas cuantas palabras.

Así leyó Georgina Sterling su primer latinajo: *In poculis*, en medio de vasos, usted puede discutir sus buenos negocios, con este buen vino y un buen amigo..., *sanguis uvae*, la sangre de Cristo, indispensable para la Misa y para la mesa, acompañó a los conquistadores.

«Ya Colón, el Gran Almirante, en su segundo viaje comunica a la Corona: y de unos poquitos sarmientos que se pusieron, es cierto que no hará mengua el Andalucía ni

el Sicilia aquí.

«Menos de cincuenta años después, las viñas se plantaban en el Río de la Plata, y apenas noventa años después, Asunción del Paraguay elabora 75.000 litros anuales.

«Pero no era el clima adecuado. Sí, en cambio, las vides que se plantaron en el norte argentino en 1550. Las que prosperaron en Mendoza y San Juan. Las que luego fueron llevadas a Córdoba por Llavera y al Alto Valle del Río Negro, en el sur, por Furque.

¿Es posible la religión católica sin la sangre de Cristo? Don García Hurtado de Mendoza y la guerra de Arauco...

«... Ahora corren los primeros días de febrero de 1571. El hombre magro a la cabeza de sus 42 compañeros, bajo un sol implacable, en Santiago de la Nueva Extremadura (hoy Santiago de Chile), recibía de don García Hurtado la Real Provisión que lo nombraría Gobernador y Capitán General de las provincias de Cuyo. El hombre magro, sus pocos hermanos alucinados; la pocas armas, los estandartes, las mulas sobrecargadas, cruzando la cordillera, y en el Valle de Uspallata le rinden sumisión los caciques indígenas...»

-¿Dónde está eso?

-En el norte, muy al norte; en las espaldas de la cordillera de los Andes; porque esa cordillera mira con su frente a Chile, y da la espalda a la Argentina -le había explicado Grotzen.

Por eso, leía ahora esos párrafos de propaganda comercial que terminaban diciendo... «Salud, bébase un vino de los conquistadores, un vino de cóndores»... ¡Hasta la sangre de Cristo vendían los mercaderes!

Con las culatas de sus carabinas golpearon la puerta los gendarmes.

-¿Se agoniza, eh? -profirió Fernández.

-Perdone que le dé la izquierda.

-Hombre..., a mí me da lo mismo que la derecha...

-¡*Jebem ti Boga*, don Doimo! -díjole a la distancia Lauric.

El comisario de San Sebastián había enviado a los gendarmes que eran los compinches de Grotzen en el mesón del boliche de Vrsalovic, donde se juntaban para pasar el rato y los datos auríferos.

-Estoy jodido... me mordió la perra cuando la iba a cubrir el perro, para sacar cachorros mestizos.

-Fue la zorra -rectificó Georgina

-Sí, sí, la zorra..., me había olvidado, creía que era la perra...

-¿No será cólera? -dijo Lauric.

-¡Puede ser rabia! -profirió Fernández.

-¿Qué sabes tú de eso?

-Tanto como tú del cólera morbo...

-Pasen a tomar unos mates; Gina les tiene la pava lista.

-«Prienda que todos codicean es difícil de cuidar», don Doimo...

Georgina les puso la tetera en el medio de la banca y los gendarmes empezaron a cebar unos mates amargos de yerba paraguaya, mientras ella vestía a Grotzen para el viaje a caballo, ellos entre mate y mate continuaban charlando.

-¿Qué es la rabia? -profirió Lauric.

-Cuando uno está rabioso.

-No es eso; es mucho peor. El perro se pone baboso, sus ojos se apagan, y al cristiano que muerden se muere en tres días.

-¿Y el cólera morbo?

-¡Mira tú...: empiezas a cagar en este mundo y te vas a limpiar el culo en el otro!...

Georgina ensilló el «Jerezano» para Grotzen. Era un caballo de alta alzada, huesudo, de tranco firme. Se destacaba de la tropilla por su color plomizo sucio. En una ocasión en que se había perdido entre claros de pampa y ramazones, el «Jerezano» le tiró las riendas indicándole para dónde debían salir. Porfió con el caballo. Le dio rebencazos. El animal le obedecía, pero luego volvía a tirar las riendas hacia determinados senderos en las ramazones. Por fin le dejó las riendas sueltas y el caballo salió del enredo por sí solo. Un zorzal fue el único que aplaudió la inteligencia animal sobrehumana...

Grotzen montó. Los gendarmes aseguraron su desvencijada corpulencia en la montura.

-¿Ponemos un cinchón de tres vueltas para amarrarlo? ¿Y quién lo va a desamarrar cuando atraviesen el Vado de los Cisnes? El río Chico trae carámbanos en esta época...

Grotzen movió la cabeza haciendo caso a su mujer. Amarrado, podía caer entre las patas del animal; por muy manso que fuera, lo ahogaría aplastándolo.

Partió con las riendas aseguradas, el brazo en cabestrillo, entre los dos gendarmes. Georgina los vio perderse tras los ramajes de la laguna de los patos; luego reaparecieron por la curva de la cuesta que lleva al negocio de Vrsalovic. Regresó a su cocina. Contempló otra vez el caballo del «Pink Horse». La etiqueta tenía además una hermosa mujer rubia que sostenía el animal por la brida. Vestía un traje color jacinto. Pensó en su falda puesta a manera de chamal en las botas amarillas regaladas por su padrino Stewart. Por la ventana divisó un pajarillo de cola larga con pintas blancas y cabeza negra que entregaba algo a sus polluelos al borde de su nido pendiente por milagro, casi en el aire, entre las zarzaparrillas y juncales. Estos pájaros se alimentan del lodo que se reseca en la bajamar.

El sol, casi en su cenit, le dio en la cara. Se miró en el espejo que Grotzen colgaba en un clavo al lado de la cocina para afeitarse la barba, cuando llegaba a medias a cubrirlo. Vio el rostro de Doimo, cuadrado, ñato, olfateando del suelo al aire. Los espejos reflejan a veces lo que no vemos, rostros de ausentes, desaparecidos o no, para siempre. O el de las almas que vuelven donde se han mirado. Conocía las huellas de sus trancos en los cascajales, las puntas de sus botas con estoperoles para quebrar las areniscas. Se agachaba, recogía piedras, se las guardaba en los bolsillos para luego examinarlas al trasluz en el rancho. Si algo no le interesaba, se las pasaba a Georgina, hacía como los pájaros que conducen diversas ramas secas para sus nidos y después las seleccionan: «Estos son granates, otros rubíes, algunos valen, los demás son de baja ley parecidos a ciertas piedras de cuarzo y ágatas que no tienen valor», le había advertido en un momento en que se quedaron solos en la pieza, mientras los gendarmes esperaban afuera. Le entregó gruesas pepas de oro amalgamado envueltas en trapo. Pagan poco por ellas; aquí está lo bueno, aquí lo más o menos bueno, y ahí lo más malo. Hay que entreverarlo para que los ladrones se equivoquen o para que un comerciante que no sabe de oro, se confunda con las carambolas que uno le hace. Hay que hacer leso al bribón antes que lo hagan leso a uno. Cuídate, tú eres una reina del Páramo, y vas a quedar sola. Antes me ponía a tomar con el tuerto Santiago. No pasaba más allá; no tenía necesidad como antes de ir a Río Grande. Un hombre

necesitado nunca es libre. Ahora estoy jodido, porque me hincó los colmillos la zorra y necesito un médico que sea médico... y después porque me espera mi Georgina esterlina. ¡Cuídame las bolas de oro!

-¡Cómo a un padre, padre! -le prometió Georgina, guardándole cariñosamente sus fantasías.

Ahora, sola, le resonaban las palabras «zorra, zorra», mezcladas a las suyas. ¿Volverían ambos a mirarse en ese espejo bajo el caño de la cocina que salía por un latón en vez de vidrio hasta la cumbrera del techo amarrado con alambres para que el viento no se lo volara?

A veces comparaban sus ojos: el color verde acerado de los suyos; de piedra oscura con chispitas que vagaban entre dos aguas los de Grotzen. No era su padre. Se veía y lo veían. El rostro largo de ella: su nariz prominente filuda, semejante al lomo de un descuerador, y no con punta chata, roma, de las cuchillas capadoras.

De pronto, vio un ave de rapiña oscura, cenicienta, que planeaba sobre los arbolillos donde el pájaro de cola larga suspendía su nido. Las plumas remeras del rapiñento pasaron nítidas, separadas, como las cuchillas capadoras, frente a su ventana, fue un vuelo rasante hacia los matorrales del nido, pero pasó de largo; el avecilla aún lo estaba construyendo; tal vez cogería ahora alguna pluma desprendida del voraz que esperaba a sus polluelos.

El atardecer desató un ventarrón con polvareda; los pájaros del Páramo volaron en distintas direcciones; unos al mar, otros hacia las serranías de Carmen Sylva. Georgina se tendió de bruces en la cama, cansada con lo de Grotzen; sin embargo, confusos y contradictorios sentimientos volvieron a revolotearle.

Extraños eran los ojos de Georgina; cambiantes como las arenas y piedrecillas del Páramo en sus tormentas de vientos y soles. Muchas veces, Doimo Grotzen, evitaba sus miradas; otras, se ponía frente a ella y los observaba cual si buscara rubíes, cristales enrojecidos en los cuarzos. En el ojo izquierdo había tierra, pasto y cielo que se abría espejeante; sumergida en la retina, una especie de mapa de la Tierra del Fuego. En el derecho, un ágata redondeada mostraba el Onaisin, con su eje estepario del norte y frondoso al sur. Los ojos cafés del sorabio se opacaban al descubrir estos reflejos cambiantes que le producían vértigo.

Trompeteos de elefantes marinos; tamboril fragoroso en los rodantes veriles de escolleras y restingas, sanguinolentas rosas de lágrimas cuajadas; cristales de sangre en los cantiles... La piel plomiza del elefante de mar estaqueado sobre el coirón entre florecillas rojas, amarillentas, azules, de la costa. Y ahora, un bandoneón la lleva en sus repliegues hasta las márgenes de Río Grande y sube por la desembocadura Georgina entresoñando: «Unas risas locas buscando sus rastros/ calla tu pena ante el amor y olvida/ aquellos besos que abrieron las rosas de tus heridas/ y que vuelva a tu memoria la esperanza de otra senda florecida».

Aires de tango... sí, sí; no había otra música en su vida sino la que le llevara el lechero Ojeda desde la Tercera Argentina.

Afuera, las gaviotas salteadoras picoteaban sobre el cuero del elefante marino; tan grueso que sus picotazos resonaban resbalándose. Una gran alga había sido arrastrada enrollándose y desenrollándose por las marejadas hasta las cercanías del rancho. Como un largo lazo de cuero reluciente, amarraba y desamarraba sus remolinos flotando sobre las aguas de la laguna. Tomó su cuchillo descuerador y permaneció un rato mirándolo y remirándolo por el lomo y el filo. En la noche había tenido una feroz pesadilla: Una sombra del ventarrón había entrado empujando la puerta y se le vino encima como hacía Grotzen en sus locuras... pero era mister Johnson... alcanzó a sacar el «eskiltuna» de debajo de la almohada y le dio un puntazo en el tungo cual si fuera un toro. Las vértebras crujieron y la sombra se esfumó por entre los zunchos con que Grotzen había arreglado el catre matrimonial. Despertó enfebrecida por el horroroso sueño homicida.

Liberada, ahora afila el cuchillo sin sombra de sangre en la piedra terciaría al pie de la banca donde Grotzen rebana tientas de guanaco para correajes abotonados.

Durante el sueño, la naturaleza había desatado su huinchaje de mar, piedras y arenas, más transitoriamente, como ocurre con los huracanes que vienen brincando entre cordilleras, canales y ventisqueros, hasta atravesar la planicie fueguina. Era un paso fantasmal del tiempo, tal el de los hombres tormentosos, sangrientos, con extrañas calmas que también parecen desesperarlos.

La luna llena con su cara manchada de sombras

rojizas dibujó un esfumado rostro que miraba de soslayo hacia el rancho. Pero Georgina en su tormentosa soledad no ve a Krá, la cual se rebeló contra los hombres del remoto Onaisin. Sus danzas sólo bajan refractándose hasta el techo de zinc. Si viera adentro el rostro inclinado, sus labios mordientes, tal vez le hubiera enjugado sus lágrimas, con rayas de sombra y luz y le hubiera dicho: ¡Levántate, ensilla tu alazán, ponte el faldón jacinto, las botas color Krén, y sigue la ruta de mis largos trancos por los coironales. Galopemos juntas hacia el norte en busca de las «patas de zorro»!

Ahora un cendal cuadrado cubre el rostro de Krá. Luego el cuadro se va convirtiendo en círculo. Un rayo escapa por la aureola nebulosa, y llega, misericorde, hasta la ventana del rancho. Dibuja una maternal figura diamantina en el vidrio tras la cocina «Dover»...

Doimo Grotzen en su caballo «Jerezano”... baja del animal que lo trae de Río Grande. Ella tiene un niño en brazos, al que peina después del baño en la tinaja «¿Quién es ese niño?», pregunta Grotzen «¡Tuyo!» le grita Georgina y agrega: «Muéstrale los dientes a tu papá»... Grotzen sale corriendo de la cocina y monta otra vez a caballo. El «Jerezano» se ha vuelto jacinto sudoroso. Espumas caleidoscópicas burbujeantes en sus ijares. Vuelve grupas y galopa hacia el sur; las paletas en la alta cruz, fornidas y salientes. El sol azul de una nube jacinta ilumina el lomo corcoveante de un guanaco blanco y rojizo. Parpadeando apaga el sol sus cenizas, pero queda fuego en el cantil aéreo. Un albatros errante planea entre las escolleras y con sus alas va trazando interrogantes sobre las restingas donde se confunden estrellamares, anémonas y soles aplastados entre las piedras de balón.

Otra vez se alza el tamboril de los cordones del viento. Tamborilea una mano invisible con tientas anudados de guanacos blancos y rojos. Gusanos de luz en retinas dormidas por fuera vigilantes, abiertas por dentro con retazos de luces y de sombras. Por la curva de la subida al boliche de Santiago Vrsalovic, va solo el «Jerezano», con las riendas libres, sin jinete.

«¡Este es, por fin, tu caballo Jacinto!» le dice Militza por la ventana del rancho. «Está cansado, sudado, pero no como ese vestido del whisky pegado, con engrudo en la pared... ¡Este es el verdadero color jacinto! «, le golpea

con la uña afilada en el vidrio, mostrándole un vestido plumoso. Es un plomo azulado, parecido al de los capotes de los gendarmes Lauric y Fernández que se llevaron a Grotzen pero... otra vez la monótona pandereta emplumada rodando por la bituminosa playa de San Sebastián: acompañada de trinos repiqueteados por esas guturales campanillas de cuero del viento.

Trata de levantarse y correr tras la pandereta para lanzarla por la borda de la escollera a las olas fragorosas; sin embargo, no puede, no puede... Militza golpea en su ventana... No, no es Militza, es la lechuza blanca que se ha vuelto de un color alazán tostado.

-Ven, ven corriendo... -grita y aparece Grotzen.

-¿Qué pasa?

Grotzen la sigue, pero al pisar el umbral cruje todo el rancho. Georgina le hace señas con los dedos hacia los vidrios de la cocina, donde estaba lavando al niño. Grotzen va en puntillas, se esconde a medias tras la puerta. Graznidos de aves de rapiña en su torno. El piso del rancho crujiendo, a pesar de que Grotzen sigue escondido. Tiembla la mesa, los maderos se descomponen y suenan recomponiéndose. El zinc raspa sus óxidos de azarcones descascarados. Pasa una tromba runruneante de moscas verdes sobre los pantanos. Alguien gime en medio de la naturaleza anfibia. Georgina despierta aterrorizada. El sol aparece con sucesivas capas de guanacos blancos, rojos, violetas, azules, jacintos, detrás de la península. Es otra noche de sueños y fantasmas sobre el Páramo. La aurora, una llamarada de algo que se está quemando a espaldas de la tierra.

A plena luz diurna, en la ventana de la cocina, se ha detenido la realidad cruda de una lechuza blanca, esa que los estancieros escoceses llaman *«cat face owl»,* lechuza cara de gato; pero a Georgina le parece el rostro de Okricen, el perfil del ona que Kuanip maldijo transformándolo en búho blanco. La nariz prominente desciende sinuosa hasta el borde de los labios de plumillas que ocultan el pico. Es un rostro de ojos tiernos, profundos, rasgados, semidormidos. Parpadean sin ver, porque la lechuza ciega ha sido sorprendida por el día. Mira a Georgina sin verla y esta se coloca tras la puerta entreabierta. Tiene las plumas con rasguños sangrientos de las que le han arrancado del pecho los bandidos

voraces de un pardo sucio; cobardes que esperan sobre las estacas del corral de tropilla la ocasión para embestirla. La lechuza mira asustada de uno a otro lado sin verlos, ciega a la luz del día, mientras Georgina los observa. Abriría la ventana para darle asilo. Pero y ¿cómo? No tiene falleba. De pronto, uno se lanza en picada y se produce un revuelo de alas blancas y pardas, remolino de picotazos. A pesar de que el cobarde ataco por la espalda, recibió la suyo, porque volvió a posarse en la punta de una estaca, inamovible. Los otros observan la vuelta del combatiente. El pecho de la lechuza palpita contra el vidrio como un reloj marcando la sentencia de muerte. El corazón de Georgina late al mismo ritmo ante la cobardía con que atacan a su «antípoda», la pequeña hermanita que siempre ha buscado en la redondez de la tierra. Su noble rostro volvió a ponerse de perfil, ya a la izquierda, ya a la derecha, tal un símbolo bicéfalo. Los cazadores siguen esperando la oportunidad, envalentonados por su número, que ha aumentado con el descubrimiento de la insospechada presa.

No está hecho de plumas ese rostro, sino de una tersura de cuarzo gris perla, donde la hondura de los párpados dormidos se oblicuan estatuarios.

De pronto, la geometría de plumas y sangre en la ventana se reparte por los ramajes de Georgina. Se multiplica el ritmo de los latidos que pasa a sus ojos, a los labios, a los oídos, y vuelve a las profundidades del corazón. Siente pasos sedosos en la arena. El sonido saca de un cuero de oveja en el camastro. El rostro de su madre con el perfil vuelto a los coironales que se divisan en la ventana de la cocina del Pelado. De súbito, desde el fondo de los trinos de pajarillos aterrados, asciende y desciende en espirales la pandereta emplumada. Luego, desde la altura cae un plumón vacío, y sobre el techo de zinc, entre las canaletas, se escucha el ruido seco de los huesos del ave nocturna lanzados por el «espíritu de las nubes»...

A media mañana, Georgina se quitó la ropa de la cintura para arriba, fue a verse el hombro izquierdo, dolorido, porque había dormido toda la noche en mala posición. Allí estaba el espejo junto al vidrio de la lechuza devorada. Todas la mañanas se lavaba junto a su esposo, de medio cuerpo para arriba en la tina de duelas de barril, y luego se miraban. Así veía un manchón en su hombro;

seguramente fue al darse en el canto del catre o la maniobra con el «eskiltuna» en la vértebra de la sombra. Pero era un jacinto azulado que se diluía suavemente por el canalizo de sus senos. Se los palpó frente al espejo y entre el dedo índice y el del corazón, igual como la hacía Grotzen con sus ásperas manos de minero, tomó dos botones, pequeñas margaritas rosadas que aún esperaban su primavera en el Páramo.

A sus espaldas, con el viento que trae campánulas rodantes desde las serranías, le pareció escuchar el vozarrón de Grotzen, como siempre blasfemando: «¡Aquí tú serás la reina del Páramo, pero yo soy el que mando, tendremos nuestro hijo cuando yo lo disponga y nadie más! »

-Cuando te lo autorice la estancia Rio Cullen!, le hubiera gritado Georgina Sterling.

Pero Doimo Grotzen no había regresado.

NUEVA DELHI – SANTIAGO DE CHILE, 1979

Nota Bibliográfica

Trabajé de aprendiz en ganadería durante mi juventud en el escenario donde se desarrollan los sucesos de este texto novelado. Si hay nombres y apellidos que coincidan con los de personas vivas o muertas es pura casualidad, para ¡os efectos legales y sobre todo éticos; pero aunque el mito, la leyenda y cuentos constituyen la esencia de esta ficción, debo expresar mi gratitud a los autores que investigaron antes que yo los rastros del guanaco blanco. Fueron base en la trama de los acontecimientos reales, o inventados y son los siguientes:

La raza ona y su civilización.
Pedro Nolasco Herrera, Santiago de Chile, 1897.

Viaje al Polo Sur.
Nordenskjold, tomo II, Estocolmo, 1901.

Instrucciones para la navegación de los escampavías por la parte oriental del Estrecho de Magallanes.
Pecket Harbour, mayo 1907.

Aborígenes de la Tierra del Fuego.
Antonio Coiazzi, Anales de la Universidad de Chile, 1914.

Florecillas Silvestres,
José María Beauvoír, 1915.

¡Ushuaia tierra maldita!
Alberto del Sar, Buenos Aires, 1924.

Archipiélago.
Ricardo Rojas, Buenos Aires, 1942.

Cabo de Hornos.
Félix Riesenberg, Buenos Aires, 1946.

Hombres primitivos de la Tierra del Fuego.
Martín Gusinde.Versión directa del alemán por Diego Bermúdez Camacho. Sevilla, 1951.

Dios en la Tierra del fuego.
Carlos Keller, Santiago,1946.

Notas sobre aves de Magallanes y Tierra del Fuego.
Rodulfo A.Philippi y otros. Santiago, Chile, 1954.

Siete últimos onas.
Jorge Prelorán. La opinión cultural,Buenos Aires, 1973.

POPPER: un conquistador patagónico. Sus hazañas, sus escritos.
Boleslao Lewin. Buenos Aires, 1967.

Revista 3 Argentina.
Buenos Aires, 1978.

Derrotero del Archipiélago de la Tierra del Fuego.
Capitán de Navio Baldomero Pacheco C. Imprenta de la Armada, Valparaíso, 1911.

Aborígenes australes.
Alvaro Barros, Santiago de Chile, 1974.

Vocabulario

Alacalufe: (háluc-vulup, como ellos mismos se denominan.) También kahuéshkar o qawashkar y hekaine. Creían en Xolas, el Ser Supremo y en Ayayema, deidad del mar que les volcaba sus canoas.

Búho blanco: *Asio flammens suinda*, Viellot. Vulgarmente *cat face owl*.

Bufarrón: Bujarrón, sodomita, pederasta.

Caspi: Espiritu.

Céip: *Zonotrichia copenisis australis*, chincol austral.

Cors: Calafate, arbusto espinoso, de flor amarilla y fruto dulce, comestible.

Caranca: Ganso de los canales, que se alimenta de un alga llamada luche.

Coscoroba: *Cignus coscoroba*, especie de cisne.

Comesebo: *Pygarrhicus albogularis*, ave que taladra sus nidos en los troncos.

Chonqui: Sinonimo vulgar de alacalufe.

Chulengo: Guanaco recién nacido.

Chulenguero: Rebenque para matar guanacos.

Chimango: Halcón perdiguero.

Chiva: Barba recortada en punta (argentinismo).

Champalla: Aletas de lobo de mar.

Dormilona: *Muscisaxicola albilora*. Lafresnaye.

Euska: Hongo.

Fío-fío: *Elaenia albiceps chilensis*. Hellmayr.

Gemntana: Espíritu del árbol niño.

Hohopen o **Herbopen**: Montaña al sudeste del lago Fagnano, según el mapa levantado por el geólogo Gunnar Andersson, en página 167, de *Viaje al Polo Sur*.

Hálpen: Ballena devoradora de hombres en el matriarcado ona.

Háse: Espíritu del árbol seco.

Harciai: Espíritu de la piedra negra.

Holemin: Espíritu del cielo, especie de médico.

Huaiyuhuen: Espíritu de un individuo que viaja y regresa comunicando vaticinios y premoniciones.

Haind o **jaind**: Colegio para las iniciaciones.

Kon o **jon**: .individuos con facultades parapsicológicas.

Kuanip: Héroe máximo de los onas, una especie de Prometeo .

Kloketen o **kokleten**: Las ceremonias de iniciación.

Konik-Scion: La isla blanca que está dentro del cielo, especie de Olimpo o Paraíso a donde iban a morar los antepasados onas.

Karkai: Carancho, ave de rapiña.
Kénos o **Quenós**: Enviado de Timaukel para poblar el Onaisin.
Krá: Luna.
Krén: Sol.
Men: Sombra.
Nar: Sangre.
Pava: Tetera (argentinismo).
Redosa: Punta o bahía que abriga a un buque del viento.
Siáskel: Monstruo caníbal.
Schoort Sc: Espíritu de la piedra blanca.
School-teen: Tubérculo blanco comestible.
Sáica: *Pezites militaris militaris*, Linnaeus, loica chilena.
Sorabo o **sorabio**: Antiguo pueblo eslavo, autóctono de las cuencas del Elba y del Saale.
Tenk: Foca.
Tai-conno: Semilla de granos que se muelen en piedra, se cuece con grasa de foca.
Timaukel o **Temaukel**: Ser Supremo.
Tamtán: Hija del Sol y de la Luna.
Tane: Hermana de Halpen, otro espíritu del matriarcado.
Tumbear: De tumbero, hombre flojo que come sin trabajar.
Vatahuineiva-sef: El Antiquísimo, dios de los yaganes.
Wollapatuch: El Gran Asesino, por dar muerte a los hombres; otra denominación del dios de los yaganes.
Yaganes o **yámanas**: Aborígenes de la zona comprendida entre el Cabo de Hornos y el Canal Beagle.